

00/63

PERFILES DE LA PATRIA

(CRONICAS ESCRITAS PARA EL
COLOMBIANO DE MEDELLIN).

JAVIER GUTIERREZ VILLEGAS

13

Colección: ACADEMIA
ANTIOQUEÑA DE HISTORIA
Medellin, 1970

ACA
Cita

Presentación

Presento un nuevo volumen de la colección de nuestra Academia; no presento, por además innecesario, al autor del volumen.

Entre lectores avisados y varones cultos de Antioquia, Javier Gutiérrez Villegas es ampliamente conocido y por sobra de merecimientos justipreciado. Pedagogo e historiador, es copiosa la legión de sus alumnos y valiosa la aportación de sus escritos. Su vida ha sido magisterio. Aprender avaramente para dar generosamente. Esclavizarse de los libros sabios y los folios eruditos para después repartir con holgura a los que buscan sabiduría y conocimientos.

Don Javier, desde el momento en que se graduó de Institutor en la Normal de Medellín en 1943, ha vivido atado a la monotonía cotidiana y heroica de la enseñanza. Ha dictado clases en el Liceo de Santa Rosa de Osos, en las Normales de Varones de Manizales y Medellín, en el Liceo de la Universidad de Antioquia. Y la pulcritud de su vida, el prestigio de sus cátedras, el don de gobernar, la capacidad de sintonizar con el muchacho de hoy lo han elevado a las rectorías de afamados planteles: Bachillerato nocturno de la Universidad, Liceo Marco Fidel Suárez y en la actualidad Liceo Jorge Robledo. De esta manera su nombre joven se une, para recibir iluminaciones y persistencia, a los nombres tutelares del mariscal infortunado que fuera Padre de Antioquia y del soñador desventurado y glorioso que trazó la recta de su vida desde la chocita de Hatoviejo hasta el Palacio de los Presidentes en Bogotá. De tan claros varones ha recibido Javier Gutiérrez Villegas normas de alto vivir y de noble operar.

Es fácil decir que lleva veintisiete años de magisterio. Pero qué cantidad y qué calidad de entrega, de vocación ardua, de apostolado paciente y dadivoso el que se cobija y se entraña en esa cadena de jornadas escolares!

Durante veinticinco años Javier Gutiérrez Villegas ha sido profesor de historia de Colombia. Veinticinco promociones de muchachos han aprendido de él las maravillosas lecciones de la historia patria. En exponerla, en mostrar sus raíces y sus epifanías Don Javier ha sido claro, profundo y elocuente. Ha logrado que sus discípulos conozcan el derrotero de Colombia, escudriñen su espíritu, aprecien a sus creadores y prohombres, vivan sus etapas de infortunio y de gloria y deduzcan que por Colombia es bello trabajar y sería dulce morir.

Por sus colmados merecimientos de profesor, Don Javier llegó como por derecho propio y por derecha vía a la Academia Antioqueña de Historia. Fuimos unánimes en designarlo para correspondiente y en pocos meses ha pasado, también por unanimidad, a la categoría de numerario. Sus artículos o reportajes, como ahora dicen, sobre los héroes del sesquicentenario de la independencia le han granjeado este ascenso, de celeridad no común en los anales de la Academia. Que no ha sido un desacierto lo pueden comprobar los mismos lectores de esta recopilación decretada por la Academia como un galardón al catedrático de historia, al rebuscador erudito, al expositor ameno y caluroso. A su hora se publicaron estas monografías en "El Colombiano" de Medellín. Ahora se recogen, para otorgarles persistencia, en este volumen tan leve de apariencias como denso y jugoso de contenido.

Es un maestro el que habla, pero esta vez con la palabra escrita que perdura. Profesor, historiador, académico, Javier Gutiérrez Villegas hace de Colombia un amor y de su historia una apasionada asignatura.

CARLOS E. MESA c.m.f.

LA ESTRELLA IMPLACABLE DE DON ANTONIO NARIÑO

Nacido en la opulencia no tuvo más que legar, en el momento supremo, que las cenizas a su Patria y el recuerdo a sus hijos. Toda su vida fue una carga a la bayoneta para ganarse las cuatro paredes de una prisión. Soñó, antes que nadie, una nacionalidad soberana, libre y democrática. Su injusta estrella lo retuvo en las mazmorras, mientras se libraban las épicas jornadas del 20 de julio y del 7 de agosto, que él preparó y profetizó. Bolívar lo llamó "uno de los más célebres e ilustres hijos de Colombia".

DE CLARA Y HOLGADA ESTIRPE

El atento viandante que cruza ante el Palacio de la Carrera en Bogotá, descubre, a la altura del portalón, una placa consagratoria: "Aquí nació Nariño. 9 de abril de 1765". Esta vasta mansión fue una de las más suntuosas y ricas de la época colonial. Al ser adaptada años más tarde, tal como era cuando vio nacer al Precursor, para sede de los Presidentes de Colombia, entró a constituir, al lado de la Quinta de Bolívar, del Palacio de San Carlos y del Capitolio Nacional, uno de los magnos escenarios de nuestra vida republicana. Allí fundaron hogar un hidalgo español, don Vicente de Nariño y Vásquez y doña Catalina Alvarez del Casal, del más rancio solar santafereño. Fue Antonio el cuarto entre los doce vástagos del linajudo tronco familiar. Fuera de ser Contador Oficial Real, don Vicente alternaba

los menesteres de hombre de alto mundo, con las lecturas acuciosas, de modo que logró acumular la más numerosa y selecta biblioteca de que se tenga noticia, en el culto ambiente capitalino. Así se desprende del agotador inventario de bienes confiscados a Nariño, durante el proceso por sedición. En lista que copa decenas y decenas de pliegos, entre muebles, atavíos, trajes, adornos, testimonios del boato que respiraban las 28 alcobas de su casa, figuran más de 6.000 volúmenes de medicina, agricultura, derecho, literatura, ciencias naturales, religión, artes, física, química, astronomía y sobre todo, lo más osado y candente del pensamiento revolucionario francés de la segunda mitad del siglo XVIII.

LA UNIVERSIDAD DE LOS LIBROS

Tenaz autodidacto, la nutrida biblioteca de su padre, enriquecida copiosamente por el Precursor, vino a ser su verdadera Universidad. Y la Tertulia que fundó y nombró con su apellido procer, el centro de las inquietudes políticas y literarias que por entonces agitaban al mundo y embargaban la atención de las cabezas pensantes. En ámbito tan propicio, Nariño se preparó largamente para el desempeño tumultuoso de su misión. Desde su temprana y fogosa juventud, poseía una ilustración y un prestigio de perfiles seductores. Venía dotado de las tres condiciones que un pensador señala, como estigma de los conductores de pueblos: la constancia en la obra, la palabra armoniosa que subyuga y deslumbra, y el desprendimiento que entrega las energías de una vida a las veleidades de la suerte. Y de sobra, dotólo la naturaleza de bizarro continente y de hechizante carácter. Era de fisonomía hermosa, escribió Vergara: labios y nariz borbónicos y ojos de mirada penetrante y dulcísima. El tim-

bre de su voz era gratisimo, y hablaba con mucha afluencia y en términos muy escogidos: como hijo de un español había aprendido a la viva voz el buen acento castellano, el que combinado con el acento nativo, dulce y lánguido, hacía más encantadora su voz. Era activo, insinuante, emprendedor. y su carácter era tanto más dominante cuanto que no lo dejaba conocer a los mismos que dominaba por medio de la fascinación que ejercía. Tal era el hombre que primero habló de independencia y libertad; el que recogió más laureles y más espinas entre nosotros; el que hubiera ocupado el lugar de Bolívar en la historia a no haberle perseguido continuamente un hado inexorable, de tal manera que si Nariño hubiese vivido en Grecia, se diría que un dios ofendido concitaba contra él las iras del Olimpo, como se cantó de Eneas que había sido perseguido por Juno. Sus aventuras llegaban hasta la novela, y el rigor de su fortuna solamente se iguala a la de aquellos hombres que en la historia antigua se inmortalizaron por desgraciados....

EL ENORME DELITO

A la edad de 24 años Nariño fue Alcalde Ordinario de Santa Fé de Bogotá y Tesorero de Diezmos luego. Introdujo al país una imprenta que bautizó con el sugestivo mote de "La Patriótica". Ha bebido, dice su excelso biógrafo don Raimundo Rivas, las ideas renovadoras dispersas en volúmenes que mantiene ocultos en su morada, y su propaganda ha sido verbal, deslizada al oído de amigos y relacionados. Mas él desea hallar concretado en un solo escrito el programa de la transformación política que sueña para su tierra natal, y he aquí que de improviso, en el tomo III de la Historia de la Asamblea Constituyente de Salart de Monjoie y que los amigos de la li-

bertad editaron en París, encuentra los 17 artículos de Los Derechos del Hombre y del Ciudadano con que la Revolución Francesa dio golpe al derecho divino de los reyes y abrió a la humanidad una nueva era. En un solo cuerpo de doctrina, sintetizado en forma lapidaria, encuentra el explosivo que ha de echar por tierra el edificio colonial y dar paso a la igualdad, la libertad y la fraternidad entre los hijos del Nuevo Mundo. Nariño se encerró en su casa para traducirlos e imprimirlos, creyendo como él mismo dice "no obrar mal, puesto que hacía otro tanto para leer la Sagrada Biblia".

Denunciado ante las autoridades, en vano trata de vindicarse de su conducta de conspirador. Un Oidor de la Real Audiencia, a la cabeza de fuerte tropa, le intimó rendición en la mañana del 29 de agosto de 1794. Comenzaba un calvario sin término. Toda su vida, apunta Rafael Azula Barrera, fue una carga a la bayoneta para conquistarse una celda. Por extraña coincidencia, Nariño debió purgar un año de prisión, por cada uno de los Artículos de los Derechos del Hombre. En su Defensa ante el Senado en 1823, el Precursor se refiere a "16 años de prisión, encierro, calabozos, grillos y cadenas, por haber publicado los sacrosantos Derechos del Hombre, 16 años que ahora se han renovado en otros tantos de oprobio y miseria y que no han sido bastantes para castigar el delito, el enorme delito de.... Los Derechos del Hombre".

DE LA OPULENCIA A LA MISERIA

Confiscados y rematados sus bienes y acusado de un supuesto alcance en la Tesorería de Diezmos, Nariño pasó de potentado a mendigo. Me quedé sólo, explica, con un corto número de parientes y amigos que arrostraron el peligro, y

el resto me declaró la guerra. Condenado a 10 años de presidio en Africa, doña Magdalena Ortega, su fuerte y admirable esposa, y sus tiernos hijos, sumidos por el azar en lamentable ruina, debieron mendigar por las calles para sufragar los gastos del viaje. Era preciso, en semejantes trances, armarse de templanza, asumir con ánimo estoico las desventuras. Y así solía consolar a los suyos: "es preciso en esta vida andar siempre con un par de alforjas, como los capuchinos echar los malos ratos en la de las espaldas y los buenos sólo dejarlos en la del pecho". Al desembarcar en Cádiz, logró fugarse. Dirige entonces memoriales a la Corte y en viajes incógnitos por Francia e Inglaterra, aboga inútilmente por la independencia de su Patria. Un día resuelve, disfrazado de sacerdote, regresar a Santafé. Ante el temor de ser descubierto, huye a Tunja, al Socorro, a Girón. En tierra de Comuneros, el numen de Galán le inflama en rebeldía. Lanza proclamas, reúne al pueblo en las plazas, lo incita a faenas guerreras. Porta, como único equipaje "una hamaca o chincorro de pita, que le costó un peso, un jarro de hojalata, un pocillo de madera y dos mudas de ropa". Por gestión de la esposa atribulada, Nariño logra un indulto del Virrey don Pedro Mendinueta, bajo promesa de sumisión y lealtad a su gobierno, y abandonando la loca aventura, comparece dispuesto a relatar "sin ocultamientos y sin disimular cosa alguna de cuanto pudiese servir para la tranquilidad pública".

UNA CADENA DE CADENAS

Todo era falaz promesa. Agudo anzuelo para atraparle de nuevo. Tras tormentosa prisión de seis años, Nariño adquiere una tuberculosis pul-

monar que lo coloca a las puertas de la muerte. Una Junta de médicos, presidida por el sabio Mütis prescribe aire puro, paz en el campo y pócimas de leche de burra con yerbas aromáticas. Don Francisco Mesa, cura de Turmequé, tío de doña Magdalena, le franquea las puertas de su hacienda. Se llama "La Milagrosa" y como tal actúa, sobre aquel organismo en escombros. Renacido al contacto de la naturaleza, rehecha la economía doméstica, Nariño retorna a sus andanzas sediciosas. Entabla relaciones con el revoltoso Canónigo don Andrés Rosillo; el peligroso rozamiento es causa de nuevo infortunio. Ahora se le confina a las bóvedas de Bocachica en Cartagena, por orden de la Virreina, "hasta que la muerte lo rinda".

En la azarosa travesía por el Magdalena, en compañía de su hijo del mismo nombre, logra otra fuga espectacular. Antes de lanzarse a las aguas en frágil canoa, deja a don Angel González, el gentil y adormilado comandante, esta caballerosa esquila: "Muy señor mío: la imperiosa ley de la necesidad me obliga a dar un paso contrario a mis sentimientos. La compañía de los "ángeles" es muy buena para ir al cielo, pero no para ir a un castillo a ser cargado de cadenas y de grillos. Esta razón me impele a separarme de su buena compañía. Su atento servidor, Antonio Nariño". Tres días después los prófugos llegaban a Santa Marta y se hospedaban en casa del cura, a la espera de un barco que los llevase a tierras lejanas. Pero "un maldito catalán", los denunció. Jamás me avergonzaré de este paso, dijo Nariño. Antes que yo huyera, habían huído Aníbal, Temístocles, Alcibiades, Diágoras, Anaxágoras y Demóstenes, sin que estos grandes hombres hayan perdido nada de su reputación por haberse librado de la injusticia que los perseguía.

En vergüenza pública, es conducido a Cartagena y aherrojado en inmunda mazmorra, destinada a los condenados a muerte y en donde desagua el caño de los demás calabozos. Puede pensarse, apunta Juan Lozano y Lozano, en lo que son seis meses, dos años, de vivir vida de bestia, en la oscuridad profunda, en medio del fango, comiendo lavazas inmundas, sin noticia alguna del mundo exterior, y mucho menos de los seres amados y desamparados; y ello a tiempo que siete varas de pesada cadena atan tobillo y muñeca en carne viva, a una bola de hierro casi inamovible? Entre tanto, en lejanos horizontes, alborean para la Patria los días gloriosos de 1810. Arriba a Cartagena, de paso para Santafé, don Antonio Villavicencio y obtiene que se le cambie la letal celda, por las cárceles de la Inquisición.

COMO EL PROFETA BIBLICO

Un día, anota Azula Barrera, lo sorprende en Cartagena la noticia de lo sucedido en Santafé el 20 de Julio. Siente la emoción de su obra. Diez y seis años han pasado desde el instante en que se entregó, en espíritu y en verdad, a la aventura revolucionaria, y estaba ya cansado de gritar para que despertara la raza. Sólo que se encontraba ausente de aquel escenario levantado con tanto esfuerzo. Como el profeta bíblico había bajado de la montaña tempestuosa con las tablas de la nueva ley y veía a lo lejos la tierra prometida donde otros caudillos conducirían al pueblo, mientras él estaba condenado a no pisar las lindes que tanto ansiara. Apenas a diciembre de aquel año memorable, le fue posible llegar a la capital. La indiferencia con que fue recibido se palpa en una nota del Diario de J. M. Caballero, que expresa, término más, término menos: En esta fecha llegó a Santafé don Antonio Nari-

ño, luego de purgar duras prisiones en Cartagena.

EL SEÑOR PRESIDENTE

Con su llegada a Santafé en 1810 empieza para Nariño la accidentada vida pública. En 1811 funda el periódico La Bagatela, destinado a combatir el gobierno del presidente Jorge Tadeo Lozano en quien él y sus compatriotas independientes veían un trasunto del odioso régimen real. Malicioso, zumbón, mordaz, Nariño derribó al mandatario, de unas plumadas. Bastó un editorial titulado "Noticias muy gordas". Y mientras Tadeo Lozano tomaba las suyas hacia el hogar, el pueblo ofrecía a Nariño las riendas del poder. Como jefe del partido Centralista empeña sorda lucha contra los Federalistas, comandados por don Camilo Torres. Cimentada la unión, luego de inútil guerra civil que él ganó, declara la independencia de Cundinamarca y acomete la campaña del sur, contra los realistas. Envalentonado con los triunfos del Alto Palacé, Calibío, Juanambú y Tacines, creyó que se tomaría a Pasto sin un tiro de fusil. Sus tropas desertan torpemente y el general, abandonado de todos, se entrega al enemigo. El gesto arrogante lo libra de la ira de los pastusos. Tampoco se cumple la orden de fusilamiento dictada contra él, en tres veces. Era el año de 1814 y lo esperaban las cárceles de Guayaquil, el Callao y finalmente Cádiz en donde, llagado y enfermo, lo sorprende la batalla de Boyacá.

EL ENCUENTRO CON BOLIVAR

En 1820, gracias a la revolución de Riego y Quiroga, Nariño regresa libre a su Patria. El Libertador se apresura a recibirlo, en Achaguas:

“Entre los muchos favores que la fortuna ha concedido últimamente a Colombia, le escribe, cuento como el más importante el de haber restituído los talentos y virtudes de uno de sus más célebres e ilustres hijos. V. S. merece por muchos títulos la estimación de sus conciudadanos, y muy particularmente la mía. Celebraría infinito que acelerase V. S. su marcha y me anticipara el posible placer de saludarle y estrecharle por vez primera entre mis brazos”. Nombrado vicepresidente interino de la Gran Colombia, Nariño recibe el encargo de instalar el Congreso de Cúcuta en 1821. Derrotado en las elecciones por el general Santander, ve una vez más, derrumbarse el castillo. Lo espera el último capítulo: el congreso de 1823 en que toma asiento como senador por Cundinamarca.

EL CANTO DEL CISNE

La Patria que Nariño había soñado, hecho posible, creado, lo acusa, lo zahiere, lo calumnia. Patricio y repúblico, agrega Lozano y Lozano, es irrespetado y ultrajado por los mozaletes de la política. Diego Gómez y Vicente Azuero “dos jóvenes que ni siquiera habían nacido, cuando yo ya sufría por la Patria”, tratan de evitar su ingreso a la corporación, acusándolo de injustos cargos. No se nos ha borrado todavía, dice don Mariano Ospina Rodríguez, la profunda impresión que en nuestro ánimo produjo la poderosa voz del decano de los próceres de nuestra independencia. Mal cerradas las cicatrices que las cadenas de los tiranos habían dejado en las piernas del valiente soldado, apenas podía andar, y cada paso que daba era una elocuente desmentida a las calumnias de sus enemigos... El Senado entero conmovido inclinaba delante de él sus respetables canas en señal de asentimiento y res-

peto. Nosotros, enternecidos, entusiasmados, derramábamos lágrimas y batíamos las manos desalados....

De aquellas miserias humanas, entre el lodo que le lanzaron los adversarios delirantes, nació la pieza magistral de Nariño: la Defensa ante el Senado. Fue el canto del cisne. A la vez que la joya regia e insuperable de la oratoria civil, entre nosotros.

A LA ESPERA DE LA MUERTE

A fines de 1823, enfermo y desilusionado, buscó albergue silencioso en la Villa de Leiva. El 12 de diciembre, refiere el biógrafo Jorge Ricardo Vejarano, su médico de cabecera envía a preguntar por su salud, creyéndolo en cama. El muchacho lo encuentra a caballo y Nariño le da esta respuesta: "Que vea que se le ofrece para el país de las almas, pues estaba ya a caballo y en marcha". El día 13 le pide a su confesor que tenga listos unos músicos para que entonen salmos en el momento que él indique. Hasta el último instante sostuvo en su mano y estuvo mirando un reloj, seguramente para anotar el decaimiento de su pulso. Así, hablando y agonizando durante tan largas horas, llegó el momento en que se durmió al parecer. El Precursor había muerto. Eran las cinco de la tarde.

A nadie, en Colombia, se le caen de la memoria las últimas palabras de don Antonio Nariño: "Amé a mi Patria; cuánto fue ese amor, lo dirá algún día la historia. No tengo qué legar a mis hijos sino mi recuerdo. A mi Patria le dejo mis cenizas".

CAMILO TORRES, VERBO PROFETA Y MARTIR.

Bolívar lo apellidó "el más respetable ciudadano de la Nueva Granada". El Memorial de Agravios fue calificado de evangelio de la revolución y magno documento panamericano. Sus contemporáneos afirmaron que "ni el Areópago de Atenas, ni el Senado de Roma, escucharon una voz más elocuente que la suya". En mayo de 1810, en carta a un tío suyo, presagió la terrible tempestad. Un español ofreció inútilmente a Morillo, como rescate, en oro fino, lo que pesara la hercúlea figura del tribuno.

LAS LETANIAS DEL MAESTRO VALENCIA

Una multitud silenciosa, conmovida, seguía el magistral discurso de Guillermo Valencia al descubrir en Popayán la estatua de Camilo Torres, en 1916, centenario de su atroz ejecución. De repente, inflamado en fuego interior, en el paroxismo de aquella catarata elocuente, soltó los pliegos y con pausa cortante, con voz grave, ideó la más original paráfrasis de las letanias:

Alma de Torres, alúmbranos!
Martirio de Torres, confórtanos!
Virtud de Torres, inspíranos!
Verbo de Torres, muévenos!
Gloria de Torres, aliéntanos!
Sangre de Torres, sálvanos!

Quedaron vibrando en el aire, sonando en las almas como fino broche, a modo de epílogo feliz a los tres momentos estelares, a los tres momentos supremos, ápice de inaccesibles alturas espirituales, que en opinión del orador, le granjearon la inmortalidad al payanés epónimo. Tres momentos que corresponden al Memorial de Agravios, al discurso de Tunja para el General Simón Bolívar, y a la trágica mañana del 5 de octubre de 1816.

DE LA FECUNDA POPAYAN

Camilo Torres nació en Popayán en 1766. Hijo de don Francisco Jerónimo de Torres y de doña María Teresa Tenorio, estaba ligado a linajudas cepas del lugar, era primo del sabio Caldas y descendía del padre de ciudades, don Sebastián de Belalcázar. Hizo estudios primarios y secundarios en su ciudad natal y en el aprestigiado Seminario fue discípulo del doctor José Félix de Restrepo, precursor de la enseñanza experimental, templado filósofo cristiano y gestor del movimiento antiesclavista. A la edad de 22 años pasó a Bogotá y cursó Humanidades y Derecho Civil y Canónico en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Y de tal suerte brilló en aquel claustro, llamado "la cuna de la República", que como complemento a los títulos que le confirió, fue servido en designarlo consiliario y catedrático y en ponerlo al frente de la vicerrectoría, cuando frisaba apenas por los 26. La práctica forense, la personal prestancia, la energía, la serenidad y la constancia, hicieron de él a un guión y conductor del pueblo y al precursor jurídico de la independencia.

LA GUERRA DE LOS PASQUINES

Con el proceso seguido a Nariño por la publicación de Los Derechos del Hombre en 1794, coincidió la llamada "guerra de los pasquines", que alborotó a Santafé hasta los rincones y puso en tensión a las autoridades virreinales. El más explosivo, fijado en una tienda de la calle real, decía:

Si no quitan los estancos,
si no cesa la opresión,
se perderá lo ganado,
tendrá fin la usurpación.

Fueron sindicados, entre muchos el mismo Nariño, Francisco Antonio Zea, Sinforoso Mutis, sacerdotes, personas allegadas a los colegios del Rosario, de San Bartolomé y Santo Tomás, amén de fogosos estudiantes de estos claustros. Las cárceles fueron insuficientes para albergar a los detenidos y varios sufrieron hasta cinco años en estrechos calabozos, cargados de grillos, bajo la más cruel e inaudita vigilancia. Era apenas lógico, que sobre Torres recayesen las sospechas. Y un día, cuando se hallaba entregado a su estudio en El Rosario, un oidor y dos soldados le intimaron orden de entregar las llaves de su aposento, para levantar severa pesquisa. Escritos en francés la mayor parte de los libros de Torres, el suspicaz ministro, declaró: "Gracias a Dios, que no sé, ni quiero saber la lengua francesa". Salido con buena suerte de semejante trance, Torres escribió a su padre: "Yo, que a la circunstancia de vivir en el Colegio añadía la de entender el francés, que ya muchas gentes de aquí lo reputan como delito y basta en el día para ser un hombre sospechoso, y la de ser amigo de Zea, temí por

instantes mi prisión; pero por fortuna quiso Dios que todo terminase en el escrutinio de mis libros y papeles, en que no se halló la menor cosa ni vestigio sospechoso”.

EL MEMORIAL DE AGRAVIOS

Perpetrado el zarpazo napoleónico contra España, en 1808, la Junta Suprema de Gobierno en la Península convocó a unas Cortes e invitó a las Américas a enviar sus respectivos diputados. Torres fue elegido por sus conciudadanos para llevar dicha representación, pero el virrey de Santafé vetó su nombre. Ante la manifiesta desigualdad numérica en contra de las Colonias, como la que va de 9 a 36, Torres fue comisionado para redactar una exposición de motivos y en efecto elaboró el que se ha llamado Memorial de Agravios y cuyo título verdadero es “Representación del Cabildo de Bogotá capital del Nuevo Reino de Granada a la Suprema Junta Central de España, en el año de 1809, escrita por el señor doctor José Camilo de Torres, encargado de extenderla como asesor y director de aquel cuerpo”. El enérgico documento fue autorizado en principio pero luego se le archivó. Si circuló clandestinamente entre los patriotas, su publicación data apenas del año de 1832.

No sabe uno qué admirar más en aquellas cláusulas de corte clásico, que recuerdan la majestad exuberante de Marco Tulio, dice Guillermo Valencia: si la habilidad del político o la ciencia del historiador; si la documentación del estadista o la excelsitud del filósofo; si la exposición del profesor o la solidez del jurisperito; si la diafanidad y gentileza del estilo o la profundidad del concepto; si la cortesía en las palabras o la dignidad del reclamo; si la sutileza para su-

gerir o la energía para impugnar; si el respeto por la tradición, en lo que tenía de bella y justa, o el tenue relampaguear del patriotismo, del entusiasmo y de la cólera, constreñidos por las circunstancias.

UN PRESAGIO INFALIBLE

Don Camilo Torres participó activamente en los movimientos que desembocaron en la conmoción popular del 20 de julio de 1810. En reuniones que se verificaban generalmente en el Observatorio Astronómico, solía decir, en lenguaje gráfico, que la independencia era ya fruta madura y que sólo faltaba "ponerle el cascabel al gato". Una carta a su tío don Ignacio Tenorio, fechada a 29 de mayo de aquel año, resultó a la postre, infalible presagio: "Yo abro los ojos, le decía, y no miro por todas partes sino nubes negras que amenazan con una tempestad terrible... Nuestros derechos son demasiado claros, son derechos consignados en la naturaleza y sagrados por la razón y por la justicia. Ya está muy cerca el día feliz, este gran día que no previeron nuestros padres cuando nos dejaron por herencia una vergonzosa esclavitud... Nada apetezco, a nada aspiro, y viviré contento con un pan y un libro, pero conozco que ha llegado el momento feliz de la libertad de mi patria, y que si se malogra ahora esta ocasión, nuestra esclavitud quedará sellada para siempre".

Torres fue Vocal de la Junta Suprema de Santafé, constituida a raíz del 20 de julio. Su participación en aquel día glorioso y en los subsiguientes, fue prudente y categórica. Así se desprende del testimonio de Caldas, quien en compañía del doctor Joaquín Camacho, redactó el Diario Político, primer periódico libre de aquellas jornadas luminosas. Caldas, escribió: "To-

res, éste que tuvo valor de decir verdades terribles a los antiguos funcionarios, que echó en cara a España sus procedimientos para con los americanos, que formó esa grande, enérgica y profunda Instrucción para el Diputado del Reino, esa pieza maestra de elocuencia y de política, esa pieza que mereció el epíteto de sediciosa... Este Torres, modesto, prudente, silencioso, pero profundo, firme y digno de haber sido compañero de Catón y de Bruto, sostuvo con decoro y con prudencia nuestra libertad en esta noche memorable”.

LOS DOS GOBIERNOS

Los balbucesos de La Patria Boba, o mejor, La Patria Niña, como recomienda llamarla el profesor López de Mesa, se caracterizaron por la pugna entre Federalistas, comandados por Torres y los Centralistas, encabezados por Nariño. El gran biógrafo de don Camilo Torres, Manuel José Forero, luego de analizar a la luz de documentos irrefutables, la sonada controversia, concluye que no tuvo los caracteres trascendentes de que la hemos visto dotada en nuestra literatura historial. Pudiera creer alguno, afirma, en una fiera enemistad entre Torres y Nariño. Nada de eso. Defendieron uno y otro sus conceptos con ardiente celo, pero subordinando a cada hora sus pensamientos a la gloria común. Baste recordar que cuando Nariño se presentó ante los legisladores de Cundinamarca, en junio de 1813, a manifestar sus temores ante la llegada de los agentes del absolutismo, no vaciló en recomendar que de modo sincero se adoptase la forma federal, aunque él personalmente no creyese en su conveniencia y virtud.

Los representantes de las provincias de Antioquia, Cartagena, Popayán, Neiva, Pamplona y

Tunja, reunidos en Santafé, proclamaron, en noviembre de 1811, la confederación, bajo el nombre de Provincias Unidas de la Nueva Granada. La máxima autoridad reposaba en el Congreso que se trasladó a Ibagué, luego a la Villa de Leiva y finalmente a Tunja. Torres fue elegido presidente de la corporación y jefe del Ejecutivo Nacional. Sobrevino el enfrentamiento entre éste y el presidente de Cundinamarca, don Antonio Nariño, y se desató la guerra civil. Obtenida por el caudillo de Cundinamarca la victoria del 9 de enero de 1813, no concluyó este mes sin que los dos jefes lograsen un acuerdo en aras de la seguridad nacional. "Estoy convencido, manifestó Torres a Nariño, de la necesidad de la paz entre los dos gobiernos". Asentada la unión, el Congreso de Tunja confió al Precursor la suprema comandancia del ejército, a fin de que acudiese al sur a defender el territorio amenazado. La deplorable derrota en Pasto y la subsiguiente larguísima prisión, privaron una vez más, a la Patria apremiada, de las luces y el brazo de quien, en franca armonía con Torres, hubiese sido clave en sus inciertos destinos.

PROFETA Y SOSTEN DEL LIBERTADOR

Ante el clamor del General Simón Bolívar, por liberrar a su patria venezolana, como primer paso hacia la emancipación de la América oprimida, el Congreso de Tunja y el gobierno de Cundinamarca le proporcionaron auxilios para "la campaña admirable" de los años 13 y 14. Más de 500 hombres y valiosa dotación bélica, conformaron el generoso contingente. Hubiese bastado con los inmortales Atanasio Girardot y Antonio Ricaurte, mártires de aquella descomunal contienda; con soldados de la talla de Francisco de Paula Santander, Joaquín París, Hermógenes Maza

...A los éxitos resonantes del principio, sobrevinieron las derrotas de la Puerta, de Urica y Aragua y Bolívar, solitario y perseguido, acudió de nuevo a nuestra Patria.

Ante las barras del Congreso de Tunja, Bolívar pintó, en cuadro real, los accidentes de la campaña. Cuando comienza la relación del gran desastre, dice Valencia, interrúmpelo el Presidente Torres con estas tres frases proféticas que tienen la brillantez, la cohesión y la belleza de un diamante rarísimo: "General: vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada. Con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso Granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre".

LA RUINA DE LA REPUBLICA

Cuando Nariño abrió operaciones sobre los realistas en el sur, entró a desempeñar el gobierno don Manuel Bernardo Alvarez. Ante las permanentes muestras de hostilidad contra los federalistas, el Congreso de Tunja confió a Bolívar la misión de tomarse a Santafé. Cumplida en incruento capítulo, el año 14 terminó con el triunfo de las ideas preconizadas por Torres. Se encomendó el mando a un efímero triunvirato y en 1815, el tribuno payanés fue elegido de nuevo, presidente de las Provincias Unidas. En todo su furor la reconquista de don Pablo Morillo, Torres venía a tomar las riendas de una Patria agonizante. Prueba es que, 17 días después, las tropas del rey daban el golpe de muerte, a la heroica Cartagena. Torres renunció y fue reemplazado por el poeta José Fernández Madrid. En verdad, no trató de escurrir el bulto, antes bien pretendió reunirse a sus compañeros, replegados en la

provincia del Cauca. Por ello, desoyó las insinuaciones de un sacerdote amigo, quien le instó a que se fuese con él, prometiéndole ocultarlo contra todo riesgo.

LA ATROZ EJECUCION

La orden de Morillo a don Juan Sámano era contundente: "Luego que usted aprehenda a Camilo Torres, Jerónimo Torres, Manuel Rodríguez Torices y José María Dávila, sin más diligencia que la identidad de sus personas, los pasará usted por las armas". Torres debió caer en manos de los realistas en julio del nefasto año 16. En sus cartas de entonces, hasta el día del sacrificio, conmueve dolorosamente la preocupación del prócer, por sus prendas adorables: la esposa y los hijos. Tenía razón. Luego serían desterrados de Santafé, privados de su casa y haberes y sumidos en tal miseria, que el Libertador Bolívar, en gesto admirable, destinaría parte de su sueldo para subvenir a sus necesidades.

Con Torres sufrieron el suplicio, el 5 de octubre, Rodríguez Torices, José María Dávila y el Conde de Casa Valencia. El día 4, refiere una tradición, se presentó ante Morillo un rico español, don Jerónimo de Auza. Vengo, dijo, a interesar la piedad de V. E. en favor de un sujeto virtuoso y sabio, amigo mío. Vamos, contestó Morillo, cómo se llama? Camilo Torres. Ah, sí! El Catón granadino, el ideólogo que es la causa de la revolución. Es imposible perdonarlo! Doy en oro, explicó Auza, el peso equivalente a su cuerpo. Morillo respondió: Si usted insiste lo haré colgar también, al lado de su querido amigo Torres. Ignoraba, remata Guillermo Valencia, que aquella víctima estaba destinada a la inmortalidad, que no gusta de rescatar con el oro sino con el bronce.

En la plaza mayor de Santafé se prepararon cuatro banquillos. Sobre los dos del centro, destinados a Torres y a Rodríguez Torices, pendían las horcas. José Belver, testigo de la horripilante escena, la condensó para la posteridad: Destrozaron totalmente las balas el rostro de don Camilo Torres, de modo que nadie hubiera podido reconocer sus facciones. Los soldados, prevenidos sin duda, acribillaron su cabeza. Calientes los cadáveres, el verdugo se apoderó de los dos citados, y los alzó en la horca. Por orden de Morillo, en la misma tarde del 5 de octubre, se les descolgó para que las cabezas fueran cercenadas y puestas en sendas jaulas de hierro. Así permanecieron hasta el día 14 en que, por ser cumpleaños de Fernando VII, se permitió que se les diera sepultura. Todos vimos, recuerda don José Manuel Groot, los gallinazos parados sobre esas jaulas, descarnando las cabezas de aquellos dos ilustres americanos.

Los despojos del Cicerón colombiano, se extraviaron. Una urna vacía los espera, inútilmente, en el panteón de los próceres de su ciudad natal.

EL 20 DE JULIO DE 1810

Grito de la Revolución o grito de la Independencia? Ahora dos meses, dijeron los patriotas, temblaría un escritor al poner las dulces palabras "Libertad, Independencia", y hoy hacen su consuelo y sus delicias. No tiene importancia aclarar si fueron "trompadas" o si fue "una paliza" lo que Antonio Morales propinó a González Llorente; el hecho es que ahí comenzó la guerra de emancipación. Ve tú a morir con los hombres, dijo una madre a su hijo: nosotros marcharemos adelante y presentaremos nuestros pechos al cañón. Pensadores y actores de aquella jornada memorable.

REVOLUCION O INDEPENDENCIA?

Data de muy viejos tiempos la controversia entre nuestros historiógrafos, tendiente a puntualizar si en relación con el 20 de Julio de 1810, resulta más apropiado decir "día de la Revolución" o "día de la Independencia". Sostienen los primeros que en el fondo no hubo intenciones separatistas de España, si se piensa en la muy cortés fórmula de vasallaje, consignada en el Acta, de "no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del Pueblo a otra persona que la de su augustó monarca don Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros". Tal adhesión a la realeza, en opinión de Luis Martínez Delga-

do y Sergio Elías Ortiz, obligada por las circunstancias, fue más o menos la misma que se hizo constar en documentos de igual clase en Quito, en Caracas y en Buenos Aires, e históricamente constituyó el punto débil que desvirtuó el alcance del movimiento. Además, al expresar que "el rey Fernando VII "viniese a reinar entre nosotros", bien sabían los pensadores del 20 de Julio que proponían un imposible y en efecto se confirmaba que el ex-Virreinato de la Nueva Granada, quedaba desligado de toda autoridad real, si dicha autoridad no se ejercía desde aquí, personalmente, por su dignatario.

A quienes respaldan el tono abiertamente sedicioso y separatista, les ha bastado repasar los periódicos que circularon a partir de aquella fecha y que fueron, a no dudarlo, la viva manifestación de la voluntad de conductores y de conducidos. El primero circuló una sola vez, el 17 de agosto de 1810, con el título de "La Constitución Feliz". Y estuvo dirigido y redactado por el benemérito don Manuel del Socorro Rodríguez, natural de Cuba, quien solía llamarse a sí mismo "el más amante de su soberano de cuantos han nacido en la América". En su estilo altisonante, el decano de nuestros periodistas y bibliotecarios, decía: "En la tarde del viernes 20 de Julio día de Santa Librada, parece que por un arcano misterioso de la Divina Providencia estaba decretada la libertad de esta Capital y de todo el Reino. Quién hubiera creído jamás que un motivo tan ridículo (la reyerta entre Morales y González Llorente) había de ser el principal fundamento de la libertad de la Patria, y feliz mutación del gobierno tiránico que por tanto tiempo había oprimido a la inocencia?... Oh noche de encanto y bendición! Tú fuiste entre los horrores de un alboroto popular, mucho más dichosa que los días

más claros y brillantes... Tú, en fin, serás escrita con caracteres indelebles en láminas de oro y grabada también en todos los corazones de los generosos hijos del Nuevo Reino de Granada..."

En "El Diario Político de Santafé de Bogotá", dirigido por el Sabio Caldas y el doctor Joaquín Camacho y que circuló hasta el número 46, entre el 27 de agosto de 1810 y el 1º de febrero de 1811, se lee: "Nosotros, que el día 20 de Julio de 1810 conquistamos nuestra independencia; nosotros, que formamos una Junta en quien depositar la autoridad... Con qué placer revolverán nuestros nietos el Diario Político para leer los nombres de sus padres, de estos padres virtuosos que les dejaron en herencia la libertad! Sí, nosotros vamos a poner los fundamentos de nuestra historia, de una historia en que reinen la verdad y la justicia... Escribimos en el seno de un pueblo libre, escribiremos con libertad... Concentremos nuestras fuerzas, el calor dulce y moderado del sol derrite los metales en el foco. Hagamos ver a esa Europa orgullosa, que tenemos virtudes y que somos dignos de formar una nación libre: hagámosle ver que podemos resistir a sus escuadras, a sus ejércitos y a su cañón con nuestra reunión pacífica y fraternal; que desde Cúcuta hasta Loja, desde las llanuras del Orinoco hasta el Chocó no se oiga sino una voz, y que no haya sino una y que no haya sino unos mismos sentimientos. Libertad, independencia, subordinación a las autoridades, patriotismo, humanidad".

Finalmente, "El aviso al Público", dirigido por Fray Diego Padilla, que circuló hasta el número 19, entre el 29 de septiembre de 1810 y el 2 de febrero de 1811, expresaba: "Mucho es sin duda lo que hemos padecido bajo la tiranía. Mucho es también lo que hemos hecho para adquirir nuestra libertad... Oh dulce, oh santa Liber-

tad! Tres siglos de suspiros te han deseado, millares de infortunios han preparado tus caminos, y al fin, después de infinitos males y desgracias has descubiertó a nuestros ojos tu rostro halagüño...

Nada de ditirambos rodillones al suspirado Fernando, en esta prensa libre, concluyen Delgado y Ortiz, ninguna alusión, ni aún para salvar las apariencias, a otra soberanía que la del pueblo neogranadino, constituído en dueño de sus destinos. Sus directores sabían lo que querían y a dónde iban. Estaban en las interioridades del "gran secreto", de que habla en sus memorias la hija del Tribuno del Pueblo, doña Josefa Acevedo de Gómez y obraban de conformidad. Se necesitaba decirlo así, con frases rotundas y de afirmación política, aunque el camino por recorrer era largo y colmado de peligros, de que ellos mismos serían víctimas sacrificadas en el altar de la Patria nueva, para que los pueblos fueran adquiriendo conciencia del fenómeno político, social y económico que se había operado con su voluntad y en sus consecuencias, en la nueva fase de su historia que le daba entrada a la convivencia con las naciones libres y soberanas del orbe.

LO CUENTA QUIEN LO VIO

Mucho se ha especulado sobre si fueron "trompadas" o si fue "una paliza" lo que Antonio Morales propinó a González Llorente. El doctor Eduardo Posada observa que la aclaración no tiene importancia; el hecho es que ahí comenzó la guerra de independencía.

Dos son las relaciones inmediatas de la revuelta veintejuliera, tenidas por clásicas: la suscrita por don Manuel del Socorro Rodríguez, en La Constitución Feliz y la que se atribuye a Caldas, que apareció en el Diario Político. Resulta,

sin embargo, particularmente pintoresco el siguiente relato, de una carta de don Ignacio Borda al ciudadano N.N., de Cartagena: "Mi estimado amigo: Después de mi última, tengo tantas cosas que decirte, que no sé por donde comenzar, ni si acierte a hacerlo, porque estoy tan atolondrado, y todavía creo estar en sueños. Los sucesos son tan memorables, que no han tenido ni tendrán iguales en América. Tú lo dirás después que los hayas leído. El viernes 20 del corriente, como a las doce del día, comenzó en la Calle Real a divulgarse la especie de que Llorente había dicho iniquidades contra los criollos, con motivo de habersele ido a prestar unos adornos, entre otros un florero para el recibimiento de Villavicencio. La voz se fue esparciendo, y tuvo la fortuna de electrizar a varios patricios, y particularmente a Francisco Morales, en términos que, no pudiendo contenerse, le dijo a Caldas, que pasaba por el frente de la puerta de Llorente, que no le hiciese atención alguna a éste, porque era un pobre sastrezuelo, y había dicho mil cosas contra los criollos. Llorente, que estaba a la puerta lo negó, y con este motivo levantó Morales la voz y se comenzó a agregar gente, dirigiéndose toda en pelotón hacia la tienda, gritando todos desafortadamente, y en particular los tres Morales, padre e hijos. Antonio, aunque procuraron contenerlo, se metió hasta dentro del mostrador y hartó de palos a Llorente, que por pura casualidad escapó vivo de entre las manos de éste y de un inmenso pueblo que se había congregado..."

De la versión de Rodríguez, vale anotar algunos datos: "En la noche del 20 de Julio se dieron a conocer un gran número de sujetos de consumada prudencia, rectitud de intención, y acendrado patriotismo. Los hombres más silenciosos y escogidos abrieron sus labios de repente, y la

energía de su lengua patentizó los generosos sentimientos de su corazón. En una palabra, allí se vieron hablar muchísimos que eran mudos por la opresión y la tiranía: y tú, oh dulce y encantadora elocuencia! rompiendo las cadenas de la cruel esclavitud en que yacías oprimida, recobraste en un momento tu imperio majestuoso, haciendo ver que la ilustre América es también madre de sabios Demóstenes y Cicerones. Ah, cómo pudiera yo insertar aquí los elocuentísimos discursos que se pronunciaron de repente en aquella noche: pavorosa por la multitud y gritería, pero bella y feliz por los grandes aciertos que en ella se admiraron!

De Caldas resalta este episodio, digno de la historia espartana: "Una mujer cuyo nombre ignoramos, y que sentimos no inmortalizar en este Diario reunió a muchas de su sexo, y a su presencia tomó de la mano a su hijo, le dio la bendición y dijo: ve a morir con los hombres; nosotras las mujeres marcharemos adelante; presentaremos nuestros pechos al cañón; que la metralla descargue sobre nosotras, y los hombres que nos siguen y a quienes hemos salvado de la primera descarga, pasen sobre nuestros cadáveres, que se apoderen de la artillería y libren la Patria. Pregunto: hay heroínas entre nosotros? Qué nos puede presentar más grande la historia griega y romana? El sexo delicado olvidó su debilidad y su blandura cuando se trataba de la salud de la Patria".

LA JUNTA DE GOBIERNO Y SUS ALCANCES

Al amanecer del 21 quedó constituída la Junta Suprema de Gobierno, que asumió el poder, en toda su plenitud. Todo estuvo previsto y calculado por los prohombres de aquella fecha. Las más importantes ramas de la administración, que-

daron en manos de patriotas esclarecidos. En la sección de "Negocios Diplomáticos Interiores y Exteriores", figuraron don José Miguel Pey, alcalde ordinario de Santafé y quien vino a ser, realmente, el primer mandatario de la República; don José Acevedo y Gómez, el Tribuno del Pueblo; don Frutos Joaquín Gutiérrez y don Camilo Torres. Entre los vocales de los "Negocios Eclesiásticos", se nombró a don Juan Bautista Pey, Gobernador del Arzobispado y al revoltoso Canónigo don Andrés Rosillo, libertado de su larga prisión, el día 21. La rama de "Gracia, Justicia y Gobierno", sería atendida, entre otros por el doctor Joaquín Camacho y don Antonio Morales. La sección de "Guerra", por don Antonio Baraya y don Francisco Morales. La "Hacienda Pública", por don Manuel Pombo, don José París y don Luis de Azuola. Y la "Política y Comercio", por don Sinfороso Mutis, don José Ortega, al lado de respetables expertos en la materia.

En cuanto a los alcances y proyecciones del movimiento, pueden resumirse así:

- 1º—Derrumbamiento de la autoridad española, depositada en el Virrey Amar y Borbón a quien, más por cortesía que por otra cosa, designaron presidente titular de la Junta Suprema.
- 2º—Predominio de la voluntad popular, con garantías para escoger a sus gobernantes.
- 3º—Cambio de un régimen omnímodo, excluyente e intocable, por un gobierno de esencia democrática, personificado en sus diversas ramas por sujetos competentes, casi todos de América.
- 4º—Desconocimiento de la legislación española, en cambio de una estructura nueva y propia,

radicada en un tercer poder, el legislativo, claramente previsto en el Acta.

5º—Transformación social y económica basada en el reconocimiento de los valores nativos y en la merma y buena medida de los impuestos, que ya no irían a parar a las arcas reales, sino al erario público, para beneficio común. Se había cumplido, pues, en el espacio de pocos días, un programa de tan grandes proyecciones, que al decir de Delgado y Ortiz, en nada se parecía esto a lo anterior, a tal extremo que bien pudo decir el notable tribuno que encauzó el movimiento, don José Acevedo y Gómez, que allí empezaba “la segunda época de América”. Cuando menos, para esta porción neogranadina principiaba el 20 de Julio de 1810 un nuevo período histórico, perfectamente delimitado, por la más honda de las transformaciones de la época colonial.

PENSADORES Y ACTORES DEL 20 DE JULIO

De brazo con don Camilo Torres, cerebro de la revolución, tomaron parte numerosos republicos, honra y prez de la Patria. Un velo de olvido y de ingratitud, ha caído sobre los más. El Banco de la República, en 1960, sesquicentenario del 20 de Julio, publicó un precioso volumen, desagradio muy oportuno a sus memorias. Cómo podrá pintar, escribe Caldas, los debates, las arengas, el calor; cómo las agitaciones de un pueblo inmenso, enérgico y activo? Cómo individualizar las operaciones de los Peyes, Barayas, Moledos, Pardos, Gómez, Herreras, Azueros, Gutiérrez, Carboneles y de tantos otros celosos de nuestra libertad?... No debe olvidar la Patria que Acevedo fue el que primero arengó al pueblo, cuando nuestros opresores estaban en el solio y empuña-

ban la espada, él explicó varios derechos sagrados del pueblo, y dijo: Si perdéis estos momentos de efervescencia y calor, si dejáis escapar esta ocasión única y feliz, antes de 12 horas seréis tratados como insurgentes. Ved los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan.

Acevedo y Gómez había nacido en Monguí en 1775. Perseguido por los secuaces de Morillo, huyó a las selvas del Amazonas y luego de un año de atroces padecimientos, encontró la muerte en un paraje solitario.

José María Carbonell, santafereño, quedó retratado de cuerpo entero por Morillo: "Carbonell fue el primer presidente de la Junta tumultuaria que se formó en esta capital, quien puso los grillos al Excelentísimo señor Virrey Amar, y lo condujo a la cárcel; el principal autor y cabeza del motín, el que sedujo a las revendedoras y a la plebe para insultar a la Excelentísima señora Virreina, cuando la pasaban presa de la Enseñanza a la casa del Divorcio; Ministro Principal del Tesoro Público; acérrimo perseguidor de los españoles americanos y europeos que defendían al Rey, y uno de los hombres más perversos y crueles que se han señalado entre los traidores".

Miguel de Pombo, ante la actitud vacilante del Oidor don Juan Jurado, dijo esta frase memorable, que recogió el Diario Político: "Qué hay que temer? Los tiranos, señor, perecen, los pueblos son eternos". En su hoja de acusación y sentencia, se lee: "Era abogado de la antigua Real Audiencia. Fue vocal de la primera Junta tumultuaria y Diputado al Congreso... Autor de muchos escritos revolucionarios que contenían máximas heréticas y sediciosas, de Constituciones para el Estado, y uno de los más tenaces sostenedores de la independencia y enemigos del Rey".

Los Morales fueron tres: don Francisco Morales Fernández y sus dos hijos, los doctores

Francisco de Paula y Antonio Morales Galavís. El padre, subió al patíbulo por haber sido "uno de los primeros alborotadores, con sus hijos, para alarmar al pueblo de Santafé, el 20 de julio, dando impulso a las convulsiones populares". El doctor Francisco Morales Galavís y su hermano Antonio, escaparon del cadalso: el primero ejerció, después de la batalla de Boyacá, importantes cargos en la rama de Justicia. Antonio, doctor en Derecho del Rosario, fue más tarde General de la República y diplomático. Pero pese a tan altas ejecutorias, la historia seguirá repitiendo que Antonio, aunque procuraron contenerlo, hartó de palos a Llorente el 20 de julio de 1810.

CALDAS O LAS FRONTERAS DE LA GENIALIDAD

Caldas señala la aurora del pensamiento colombiano. Despertó a las aficiones científicas al calor de las enseñanzas de José Félix de Restrepo. Nunca genio y virtud en mayor grado, juntó un mortal, dijo Rafael Pombo. Humboldt lo llamó "prodigio de la astronomía". Encargó a sus amigos la elección de una novia y se casó por poder, sin haberla visto nunca. Un acto de cortesía del Sabio hizo saltar la chispa del 20 de Julio. Marchó al cadalso horro-rizado y afligido.

LA EXPIACION DE ESPAÑA

Uno solo de los incontables americanos, víctimas de la feroz guerra de independencia, arrancó de España golpes de pecho: Francisco José de Caldas, apellidado el Sabio. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quintaesencia del pensamiento hispánico, su máximo erudito en todos los tiempos, escribió: Francisco José de Caldas, el más ilustre de los discípulos de Mutis, a quien España debe un monumento expiatorio, fue víctima de la ignorante ferocidad de un soldado, a quien España confió en mala hora la delicada tarea de pacificar sus provincias ultramarinas. Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y a quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco o seis mil

plantas y dio grande impulso a la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles de las diversas ramificaciones de los Andes, para dar a conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene a su desarrollo; inventó un método para medir alturas, mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó el Observatorio Astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y lo dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente a veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus Memorias sobre la geografía del Virreinato y sobre el influjo del clima en los seres organizados, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt”.

En la Biblioteca Nacional de Madrid, de otro lado, a la entrada de la sala de lectura, se encuentra una artística lápida que representa a una matrona que besa la frente de un militar y que, en su parte literal, dice: “Perpetuo desagravio de la Madre España a la memoria del inmortal neogranadino Francisco José de Caldas”.

UNA TENAZ APLICACION

Hijo de don José Caldas y de doña Vicenta Tenorio, Caldas nació en Popayán en 1768. En el Colegio Seminario de esta ciudad, recibió lecciones de José Félix de Restrepo, consagrado por Guillermo Valencia como “maestro de gigantes”. Por fortuna, escribe Caldas a Mutis, me tocó un catedrático ilustrado, que detestaba esa jerga escolástica que ha corrompido los más bellos entendimientos; me apliqué bajo su dirección al estudio de la aritmética, geometría, trigonometría, álgebra y física experimental, porque nuestro cur-

so de filosofía fue verdaderamente un curso de física y matemáticas. Tan grande era el entusiasmo del joven estudiante por la ciencia de sus simpatías, nos relata su más devoto biógrafo y discípulo, don Lino de Pombo, que trasnochaba de ordinario cultivándola, y solía la aurora sorprenderle olvidado de sí sobre sus problemas. Advertidos sus padres de estas frecuentes vigili- as, se las prohibieron, y aún le privaba de la luz su madre a la hora regular de acostarse, para que durmiera; pero él dábase arbitrios para eludir su tierna vigilancia, fingiéndose dormido, y tarde de la noche se procuraba vela encendida para continuar sus tareas.

Cuatro libros que una feliz casualidad arrojó a Popayán, le daban nociones de la ciencia astronómica y de sus instrumentos. "Sus deseos, su furor por la astronomía, le sugerían recursos". Tan asidua consagración a las abstrusas disciplinas científicas, las constantes vigili- as, acabarían por precipitar una crisis. Ya sabría usted, le dice a don Santiago Arroyo, la prohibición que los médicos, en especial el doctor Mariano, me hicieron de cualquiera lectura sólida o seria que pidiese mucha atención y en que trabajase la mente. Yo jamás he podido apagar aquel gusto, aquella satisfacción que se experimenta en el estudio. Solo la sepultura es capaz de agotar la inclinación a la lectura. Qué dolorosa me sería esta determinación.

NI ABOGADO NI COMERCIANTE

Por obedecer a sus padres, Caldas pasó a cursar Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y optó el título de abogado, cuando contaba 20 años. "Yo no había nacido para jurisconsulto, afirma. A pesar de los castigos, reconvenciones y ejemplos, no pude tomar gusto

a las leyes ni a Justiniano, y perdí los tres años más preciosos de mi vida". De regreso a Popayán, oprimido por la dura situación económica de su familia, se dedicó a actividades mercantiles que no le dieron resultado. Concentrado, ahora sí, en la órbita de su vocación, viajó incansablemente, observó, anotó, pisó firmemente en el campo de las investigaciones más atrevidas y de los descubrimientos más audaces. Ya era el sabio, el inventor, el científico, que podía presentar a Mutis, a Humboldt, a Bonpland, a los mismos pensadores de la culta Europa, el fruto de sus lucubraciones y aciertos.

UN PRECIOSO ARSENAL

Para hacerse merecedor a colaborar con don José Celestino Mutis y a alternar con él en la tarea imponderable de la Expedición Botánica, Caldas le presentó el valioso material que había acumulado desde 1802, hasta ese año de 1805. Según la propia relación, consistía en un arsenal de 16 cargas comunes "en un herbario respetable de cinco o seis mil esqueletos, dos volúmenes de descripciones, muchos diseños de las plantas más notables, semillas, cortezas de las útiles, algunos minerales, el material necesario para formar la carta geográfica de la mitad del Virreinato, la carta botánica y la zoográfica, los perfiles de los Andes en más de nueve grados, la altura geométrica de las montañas más célebres, más de mil y quinientas alturas de diferentes pueblos y montañas deducidas barométricamente, un número prodigioso de observaciones meteorológicas, un volumen de astronómicas y magnéticas, y algunos animales y aves. Además, una colección numerosa de impresiones de las plantas vivas sobre el papel, con el auxilio de una prensa portátil, y dos volúmenes descriptivos de usos, costumbres,

industria, agricultura, tintes, recursos, población, enfermedades endémicas, vicios, literatura, etc. en el país recorrido.

CON HUMBOLDT Y BONPLAND

Los sabios Alejandro de Humboldt, alemán, y Amadeo Bonpland, francés, llegaron a Santafé en julio de 1801, con permiso de la Corona, con el objeto de estudiar la naturaleza americana y ensanchar sus observaciones científicas. Desde fines de dicho año hasta mediados de 1802, Caldas los acompañó, en las exploraciones por el sur. El reputado sabio alemán llegó a afirmar que era asombroso que este joven americano se hubiese elevado hasta las más delicadas observaciones de la astronomía, por sí mismo, y con unos instrumentos hechos de sus manos. Caldas anhelaba acompañar al Barón hasta el fin de su viaje por América y en efecto Mutis solicitó a aquel que lo llevara consigo. "El carácter de Humboldt y el de Caldas eran muy diferentes". "El primero, escribió el sabio payanés a Mutis, tiene una viveza que ya toca en inquietud, locuaz, amante de la diversión y de la sociedad; el segundo con un fondo de actividad conserva un cierto grado de lentitud en sus operaciones, taciturno, de una vida austera y amante del retiro, su semblante frecuentemente tranquilo; rara vez risueño, no salta, no canta, no corre, no lucha". Lo cierto fue que Humboldt engañó a Caldas con dilaciones, hasta concluir que "he decidido viajar solo". El desprecio del sabio europeo, calificado por Caldas de "golpe terrible, de rayo", avivó en él el fervor por la naturaleza y refugiado en la protección de Mutis, continuó las labores como miembro activo de la Expedición Botánica y después como director del Observatorio Astronómico. Se ha atribuido a envidia la negativa de Humboldt

pero puede deducirse con evidencia, concluye Julio César García, que la causa fue solo incompatibilidad de caracteres, la austeridad del joven granadino hacía de él un compañero incómodo para el ilustre viajero. Por otra parte, Humboldt no fue parco en elogios para Caldas y contribuyó a la gloria de éste con la publicación en Europa de sus descubrimientos, especialmente del hipsómetro.

EN EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

El Observatorio Astronómico de Santafé, el primero que se construía en América, fue iniciado por cuenta de Mutis en 1802. Los días más felices de Caldas corresponden a la época en que fue su primer director. "Yo soy feliz en esta soledad, le escribe a don Antonio Arboleda. Nada turba un reposo fundado en unos conocimientos sublimes y virtuosos". En otra oportunidad, embelesado en sus experiencias astronómicas, dice: "La una de la mañana era, y no podía dejar el cielo ni mi telescopio. Saturno y Júpiter volvían y revolvían en mi imaginación. Sus zonas o fajas, el anillo, los satélites, todo llenaba mi alma de placer y de contento. Ah, créamelo usted, no me habría trocado en la noche del último de noviembre por César, después de la batalla de Farsalia. Qué pueriles se me hacían los gustos y placeres de los poderosos".

EL SEMANARIO DEL NUEVO REINO DE GRANADA

En 1808 apareció el primer número del Semanario del Nuevo Reino de Granada, dirigido por Caldas. La prosa científica, en concepto de Menéndez y Pelayo, apareció adulta y perfecta, casi por instinto, en algunas páginas del director

y de sus colaboradores. Allí están las primicias de la cultura bogotana que de un salto, pareció ponerse al frente de la de todas las demás regiones americanas, sin excluir a México, donde paralelamente había comenzado a desarrollarse un movimiento análogo.

La lista de los escritos de Caldas comprende 44 títulos, fuera de un volumen de cartas publicado por la Academia Colombiana de Historia. De todas sus piezas, el erudito biógrafo, doctor Alfredo Bateman, señala con singular preferencia la Memoria sobre el "Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la Economía y al Comercio". Allí se mostró, dice, como un autor afortunado, de conocimientos completos, ya que analizó a cabalidad todos los aspectos físicos, geológicos y especialmente sociales, pudiéndose decir que para la época agotó la materia, dando al mismo tiempo un ejemplo de cómo debe ser una monografía de carácter geográfico. Esta labor que realizó Caldas en medio de angustias económicas, atento a otras obligaciones, hace que merezca con toda justicia el dictado de "Padre de la Geografía Colombiana".

LOS AMORES PLATONICOS

Temperamento tan audaz y firme en las esferas del conocimiento, se mostraba tímido y receloso en la vida rutinaria. Así, cuando quiso contraer matrimonio, encomendó a sus amigos la elección de la novia, entre sus paisanas de Popayán. "No busco belleza, ni riquezas, dijo. Virtud, nacimiento, esto basta a todo corazón bien formado". Sorprende seguir, a través de las Cartas de Caldas, juiciosamente compiladas por el doctor Eduardo Posada, el galante itinerario que comenzó en febrero de 1810 y remató en el matrimonio por poder, en mayo del mismo. Son misi-

vas saturadas de un casto ardor, delirantes, insólitas para una mujer, doña Manuelita Barahona, a quien jamás había visto. Asimismo, contrista repasar la última, dirigida a su esposa, luego de caer en manos de los enemigos. "El adiós que te dí puede ser el último si los españoles nos subyugan... Por lo que mira a mí, te he sido escrupulosamente fiel... En esto tú no has sido muy prudente, y tu conducta en mi ausencia no deja de darme motivos de inquietud, que han amargado mi corazón delicado y sensible... Cuida, hija mía muy amada; cuida de la educación de Julianita y del hijo que tienes en el vientre; enséñales a temer a Dios, y aunque huérfanos y pobres, que sean virtuosos... Guárdame en tu corazón, que yo te guardo en el mío, y te amaré hasta la muerte".

SALTO LA CHISPA

El Congreso de la República de 1880 declaró a Caldas "Varón eximio, mártir y fundador de la independencia y libertad de la Patria". En el Observatorio Astronómico, al abrigo de toda sospecha, mediante el mecenazgo de Caldas, solían reunirse, en los preludios de la revolución, sus caudillos e ideólogos: Camilo Torres, José Acevedo y Gómez, Joaquín Camacho, Frutos Joaquín Gutiérrez, Antonio Baraya, José María Carbonell, cuáles más. Caldas abrazó la causa republicana y en compañía del doctor Joaquín Camacho, dirigió y redactó el Diario Político de Santafé de Bogotá, en que se sostuvieron con ardor los derechos del pueblo y se informó de los acontecimientos que siguieron a la fecha fausta del 20 de Julio. Se debe a la pluma del sabio, la mejor relación de los incidentes. De ella se desprende que por un acto de cortesía de parte suya, saltó la chispa de la revolución. Oigámosle: "D. José Llorente, espa-

ñol y amigo de los Ministros opresores de nuestra libertad, soltó una expresión poco decorosa a los americanos; esta noticia se difundió con rapidez y exaltó los ánimos ya dispuestos a la venganza. Grupos de criollos paseaban alrededor de la tienda de Llorente, con el enojo pintado en los semblantes. A este tiempo pasó un americano que ignoraba lo sucedido, hizo una cortesía de urbanidad a este español; en el momento fue reprendido por don Francisco Morales, y saltó la chispa que formó el incendio y nuestra libertad”.

Caldas omitió decir que “el americano que pasó” fue precisamente él. El doctor Rodríguez de Piñeres es de opinión que todo estaba preparado de antemano, para provocar el suceso tal como aconteció. Si nó, pregunta él, qué estaba haciendo Caldas tan a deshora por la Calle Real, cuando debía estar en el Observatorio? Esto se confirma, concluye el citado Alfredo Bateman, con el aplazamiento que hizo Caldas de su viaje a La Plata, a encontrar a su esposa, que debía haber tenido lugar el día 7.

CALDAS EN ANTIOQUIA

En la desdichada guerra civil de 1812, Caldas se enroló en las filas federalistas, en contra del General Nariño. Derrotadas por éste en el combate del 9 de enero de 1813, Caldas se vino a Antioquia en donde fue acogido por el egregio Dictador, don Juan del Corral. Su permanencia en Antioquia, que según don Lino de Pombo “era uno de los más respetables Estados de la naciente Confederación, y se hallaba más tranquilo y mejor gobernado que todos los demás”, fue positivamente fecunda: fortificó los pasos del río Cauca, en compañía de Liborio Mejía; descubrió yacimientos de nitro y fundó la primera fábrica de pólvora en Medellín; fundió cañones, uno de

ellos con el bronce de una campana de la Veracruz, estableció la Casa de Moneda, dirigió la Maestranza de Rionegro, donde permaneció "obs- tinado en su empresa, armado de paciencia y sepultado más de dos meses entre los carbones y rollines, preguntando a la naturaleza y arrancándole sus secretos a fuerza de observaciones y experiencias". A principios de 1814 instaló en Medellín la Academia de Ingenieros Militares, primera escuela militar y primer instituto de ingeniería que funcionó en el país. Del discurso de instalación, pronunciado por Caldas, dice García Zamudio que es digno de ser firmado por cualquiera de los grandes militares del mundo. Cada frase es una enseñanza para la vida; un tratado completo sobre lo que es y debe ser el soldado; aún más: sobre lo que es y debe ser el hombre. Todo soldado colombiano debería llevar bajo su brazo esa pieza como su guía de conducta para la vida pública y privada.

POR LOS CAMINOS DEL TERROR

Llamado por el Gobierno General establecido en Bogotá, con el fin de que colaborase en la fortificación del territorio, Caldas abandonó a Antioquia. Todo en vano: finalizaba el año 15 y sobre la República empezaban a proyectarse las sombras del terror. Tomada la heroica Cartagena, perdidas las esperanzas, los patriotas iniciaron la desbandada. Caldas escogió la vía del sur, quizá en busca de su patria chica o del puerto de Buenaventura. En la hacienda de Paispampa, de su propio patrimonio familiar, fue sorprendido por el jefe patiano Simón Muñoz y se negó a aprovechar de la oportunidad que se le daba para huir, en vista de que igual favor no cobijaba a sus compañeros. A 22 de octubre de 1816, ocho días antes de la feroz ejecución, dirigió una car-

ta a Pascual Enrile, subalterno inclemente de Morillo, en la cual le pedía le conservase la vida, para poder dar término a unas investigaciones. "Es verdad, señor, le decía, que me dejé arrebatarse del torrente contagioso de esta desastrosa revolución, y que he cometido en ella algunos errores... Yo serviré a V. E., yo seguiré a V. E. a todos los puntos de la tierra a donde lo lleven su gloria y su deber; yo consagraré todas mis fuerzas y todo mi genio en contribuir a la gloria de un jefe tan ilustrado...". Fue un momento de flaqueza, comenta Gómez Restrepo. El hombre tal vez se hubiera resignado a la muerte, si el sabio no hubiera anhelado sobrevivir. Dado el carácter del genial payanés, dice don Jorge Álvarez Lleras, considerando las circunstancias del momento, teniendo en cuenta que como científico puro y como idealista sin segundo entre nosotros, no tenía aptitudes políticas de ninguna clase, la carta de Enrile lo coloca en la cumbre de lo inaccesible. Lo eleva a la categoría de los grandes valores de la especie humana, que han civilizado por la convicción filosófica y no por la fuerza de la espada.

Caía sobre Santafé el aciago día 29. Caldas salió, entre aguerrida escolta, del colegio del Rosario, en donde se le mantenía preso. En las históricas escaleras de aquel claustro, una placa de mármol recuerda que por allí descendió, camino del martirio y de la inmortalidad. La misma placa ha perpetuado la O partida con una línea, que según los testigos, Caldas estampó, con un carbón, sobre el muro y que interpretaron como: "Oh larga y negra partida". Probablemente, opinan otros, el Sabio quiso escribir una T, inicial de Thanatos, que equivale a "muerte".

En la plaza de San Francisco (hoy parque Santander), en compañía de su conterráneo Fran

cisco Antonio Ulloa, de José Miguel Montalvo, de Miguel Buch, gobernador del Chocó y de José León Armero, gobernador de Mariquita, Caldas subió al patíbulo "horrorizado y afligido". Murió a la primera descarga, dice el coronel Cruz Ojeda. Los ocho tiros le entraron por la espalda y le abrieron una inmensa tronera en el pecho.

LIBORIO MEJIA EL PRESIDENTE MARTIR

De la hidalga e histórica Rionegro al patíbulo en Santafé. El Batallón Antioquia y la victoria de El Palo. Su figura se destaca en la hora trágica, cuando ninguno quiere hacerse cargo de un ejército desfalleciente y él acepta con el compromiso de sacrificarse, antes que capitular vergonzosamente. Los defensores voluntarios de la Patria, no llegaban a seis. Ha sido el más joven de nuestros Mandatarios y el único que ha derramado su sangre al pie de sus altares.

LOS PRESIDENTES ANTIOQUEÑOS

Cronológicamente, Liborio Mejía fue el primer antioqueño que ocupó la Presidencia, en 1816, cuando la República desfallecía, en manos del Pacificador don Pablo Morillo. Le siguió don Juan de Dios Aranzazu, de La Ceja del Tambo, en 1841, en calidad de encargado, mientras duraba la ausencia del titular, General Pedro Alcántara Herrán. El doctor Carlos E. Restrepo, de Medellín, ejerció entre 1910 y 1914. Don Marco Fidel Suárez nacido en Hatoviejo (hoy Bello) fue Presidente de 1918 a 1921. El doctor Mariano Ospina Pérez, de Medellín, gobernó entre 1946 y 1950. Y el Contraalmirante Rubén Piedrahíta, natural de Yarumal, perteneció a la Junta Militar que rigió los destinos del país, entre 1957 y 1958.

DE LA HIDALGA RIONEGRO

En el hogar formado por don José Antonio Mejía y doña María Gutiérrez, nació Liborio Mejía en Julio de 1792. Entre 1808 y 1812, siguió estudios jurídicos en San Bartolomé y se ignora si llegó a doctorarse. En el interesante libro titulado "Bocetos biográficos de los Rectores de la Universidad de Antioquia", el doctor Julio César García lo alista entre los varones esclarecidos que a través de la historia, han regido los destinos del Alma Mater de Antioquia. En efecto, en junio de 1813, figura como profesor de Filosofía del benemérito claustro. Su ejercicio docente fue muy efímero, pues en julio del mismo, el Secretario del Dictador don Juan del Corral, don José María Ortiz, le ordena marchar, en compañía del Sabio Caldas hacia el sur, en el empeño de colaborar con él en la fortificación de Bufú. Las exigencias de la guerra de independencia, agrega García, no permitieron a Liborio Mejía perseverar en su labor educadora, pues no bien había regresado de asesorar a Caldas, sentó plaza de voluntario en el cuerpo que organizaba el Coronel José María Gutiérrez, apodado "El Fogoso", para marchar al Cauca. La suave pero enérgica manera de hacerse obedecer de sus subalternos, unida al valor que lo distinguía, le captaron bien pronto el amor de la tropa y el mayor prestigio, pues no en vano se había ejercitado en disciplinas pedagógicas.

EL COMBATE DEL RIO PALO

Dentro de la campaña de don Antonio Nariño en el sur del país, que remató desafortunadamente con su prisión, se destaca, como hecho posterior el triunfo de las fuerzas patriotas en el combate del río Palo.

Los restos del ejército del Precursor se habían retirado al Valle y el general Manuel Servez los logró reunir, bajo las órdenes del general José María Cabal. El jefe español Aparicio Vidaurrázaga, sucesor de Melchor Aymerich, marchó sobre los republicanos y las fuerzas chocaron a orillas del río Palo, a 5 de julio de 1815. Luego de un combate fulminante, los realistas se declararon en derrota y muchos se ahogaron al tratar de cruzar el río y los más quedaron tendidos en el campo o cayeron prisioneros. "El Batallón Antioquia, mandado por el Capitán Liborio Mejía, escribe el historiador Restrepo, y el de Popayán a órdenes de Pedro Murgueitio, fueron los cuerpos que más se distinguieron en esta jornada". Y don Raimundo Rivas, acucioso biógrafo de Mejía, concluye: "La batalla de El Palo fue la que alumbró como último rayo de victoria la frente de Liborio Mejía, quien refrendó en ella su fama de heroico". Vale anotar que en el Combate del río Palo, que libertó al Valle, peleó al lado de Mejía, en el Batallón Antioquia, el futuro Héroe de Ayacucho, José María Córdoba, quien a la sazón era Teniente.

LA PATRIA AGONIZANTE

Consumada la toma de Cartagena, el Virrey don Francisco Montalvo planeó con Morillo la dominación total del país. Varias columnas invasoras lo irían envolviendo, hasta concentrarse en la capital. Los tristes sucesos apenas se conocieron en Santafé, ya entrado el año 16. Don Camilo Torres, Presidente de las Provincias Unidas, dimitió el 16 de marzo. Al aceptar las riendas de una Patria agonizante, había dicho: "En tiempos menos borrascosos, tal vez el que os habla no hubiera hecho esfuerzos inútiles para dirigir la nave del Estado; pero cuando zozobra, cuando la

rodean por todas partes los peligros, no su moderación sino la fuerza de su convencimiento le ha hecho confesar francamente que no es el hombre a quien debiera estar confiada esta empresa. Sin embargo, la Patria ha exigido de él este sacrificio, y a su voz imperiosa nadié se debe resistir..." La autoridad pasó al doctor José Fernández Madrid, poeta y dramaturgo cartagenero; quien a su turno, expresó: "No soy el hombre extraordinario que el Congreso busca con tanta ansia para salvar la República; no me siento con las fuerzas necesarias para una empresa tan ardua e imposible; acepto por la fuerza el destino que el Congreso me confía, pero sin responder en manera alguna de los resultados". Tal era el pesimismo, hasta tal punto llegaba la angustia, que cuando Fernández Madrid invitó a los ciudadanos a alistarse para ir con él a la campaña, no llegaron a seis los voluntarios. Y como no era hora de soñar con triunfos imposibles, asienta Manuel José Forero, los miembros del Gobierno apenas pensaron en organizar las últimas defensas y en proveer acerca de la retirada al sur del país, no por cierto menos sembrado de enemigos de la República.

UNA DECISION CONTRA TODO

Ya las fuerzas del Rey, acampaban en Zipaquirá. Entre tanto Santander y Serviez, en busca de un último destello, tomaron la vía de Casanare. Con ellos salieron 2.000 hombres y a Pore llegaron 56. Por su parte, el Presidente Fernández Madrid se dirigió hacia el sur y llegó a Popayán, casi solo.- Allí encontró 700 soldados, restos del ejército que comandaba el General Cabal. Ante el descontento de la tropa con su jefe, éste renunció y la junta de guerra nombró al Teniente Coronel Liborio Mejía. A su turno el Pre-

sidente Fernández Madrid también dimitió y fueron elegidos, Presidente Dictador, Custodio García Rovira, y Vicepresidente, Mejía. Ausente García Rovira, Liborio Mejía fue investido de tanta responsabilidad. El nuevo Presidente Dictador, que apenas contaba 24 años convocó a todos los jefes y oficiales y se convino en que la división debería sacrificarse, antes que capitular vergonzosamente. Era preciso atacar a Sámano en sus mismas posiciones y luchar, como jamás se había hecho. Se declaró la guerra a muerte y en medio de un escenario fúnebre, con las banderas y las cajas de guerra enlutadas, se publicó la terrible disposición.

Expertos y valientes veteranos eran los camaradas suyos que le confirieron el comando en jefe del ejército republicano, tras la renuncia de Cabal, comenta don Fidel Cano, y le siguieron en el audaz ataque a las posiciones fortificadas de la Cuchilla del Tambo; y por último, eminentes miembros del Congreso eran los que le eligieron Vicepresidente de la República, con facultades dictatoriales, a sabiendas de que por ausencia de García Rovira le correspondería al punto y en las más críticas circunstancias el ejercicio del Poder Supremo. Verdad es que en aquella ocasión uno y otro nombramientos le destinaban, más que a los honores, al sacrificio; pero tal designación no recaía entonces, por lo regular, sino en quienes eran dignos de recibirla y capaces de aceptarla. Liborio Mejía probó elocuentemente que en ambos conceptos la merecía, pues en los dos desesperados combates que hubo de ordenar y dirigir como últimos esfuerzos por la salvación de la República y, ante todo, por el mantenimiento del honor patrio, se le vio a la cabeza de los más valerosos y enardecidos, así como fue luego de los más serenos cuando llegó la hora de presentar en el cadalso el pecho a los asesinos.

LA CUCHILLA DEL TAMBO

600 patriotas mal armados, a la voz de Liborio Mejía, se enfrentaron a 1.500 en la altura de la Cuchilla del Tambo, posición inexpugnable, según uno de los testigos, y que para mayor abundamiento había sido blindada de fuerte artillería. Era el 29 de junio de 1816. Al cabo de 3 o 4 horas, la mitad de los patriotas mordían el polvo y los demás se abrían campo, peligrosamente, por entre los contrarios. Los que esto lograron, al lado de su jefe Mejía, siguieron hacia la ciudad de La Plata. Don Juan Sámano entró triunfante a Popayán. “No se puede negar, decía, que acometieron con despecho estos malvados, por todas partes, llegando a menos de una cuadra de los atrincheramientos”. Parece casi milagroso, anota don Raimundo Rivas, que Mejía hubiera podido abrirse paso, espada en mano y gracias al empuje de su caballo, por entre los españoles victoriosos. Era que el destino quería con una última y melancólica pincelada delinear su figura: quitándole la gloria de morir al pie de la bandera de la República que se le había confiado, para esculpir la corona del mártir en la empuñadura de la rota espada del paladín vencido.

EN LA PLATA

El español Carlos Tolrá atacó con seis divisiones al puñado de patriotas que Mejía había logrado escapar y reunir. El desigual combate se realizó el 10 de Julio, a orillas del río La Plata y fue lógicamente funesto. Los realistas alcanzaron a pasar el río y acometieron a los patriotas por la espalda. De aquellos valientes, dice el parte, unos perecieron, otros quedaron en poder del vencedor y los menos se dispersaron. Liborio Me-

jía, el valiente Coronel Pedro Monsalve y varios oficiales más, cayeron prisioneros.

SERENO Y VALEROSO

Narran los historiadores que el 3 de septiembre del 16, Liborio Mejía subió al patíbulo, serena y valerosamente. En su "Relación de las principales cabezas de este Nuevo Reino de Granada", el Pacificador dice: "Liborio Mejía. Fue el último Presidente del gobierno rebelde, y General en Jefe de sus tropas que mandaba en la acción del Tambo contra el Brigadier Sámano. Retirándose con las reliquias después de haber sido derrotado, lo acabó de destruir el Comandante de Batallón don Carlos Tolrá y en seguida fue aprehendido por los indios estando fugitivo en los bosques. Pasado por las armas por la espalda en esta capital y confiscados sus bienes".

Al padre de Liborio Mejía se le confiscaron asimismo los bienes y se le encarceló. En una carta de la madre, años después, decía al Congreso: "Las cenizas del bravo Teniente Liborio Mejía, están perdidas. No hay un sepulcro, ni una inscripción que recuerde a la Patria al joven guerrero que sacrificó su vida por la libertad... Sólo os encarezco que no permitáis que el nombre de Liborio Mejía quede ignorado..."

Antioquia puede señalar con ufanía, remata don Fidel Cano, en el grupo de ilustres patricios y guerreros con que cooperó a la independencia y libertad de Colombia, la gallarda figura de Liborio Mejía, y a su vez Colombia mostrarla con orgullo entre las legiones de héroes y mártires que ella dio como contingente para conquistar y asegurar la emancipación de la América Española.

Bien haya, entonces, ante las diligentes Autoridades que en este año del sesquicentenario de la libertad, comandan los destinos de la madre Antioquia, la feliz iniciativa de la Academia de Historia, tendiente a alzar, en bronce heroico, la figura bizarra del capitán y mártir, gloria primerísima de sus entrañas.

GIRARDOT, UN ENAMORADO DE LA GLORIA

Más de 2.000 antioqueños se ofrecieron a la causa libertadora. José Félix de Restrepo, Francisco Antonio Zea y José Manuel Restrepo, en las lides del pensamiento y Atanasio Girardot, Liborio Mejía y José María Córdoba, en los campos de batalla, constituyen timbre más que glorioso para esta sección de la Patria. Girardot o una carrera temeraria de 22 años, que comenzó en la Plazuela de la Veracruz y coronó, heroicamente, en la cima del Bárbula. Esperen de un momento a otro, o la noticia de mi muerte, o la de una completa victoria que eternice el apellido de su humildísimo hijo, escribió a sus padres. El "nuevo Leonidas", lo llamó el Libertador.

DOBLEMENTE INMORTAL

En una bella página, digna de tan diestra pluma, don Efe Gómez recuerda la emoción creadora, la intensa gestación plástica, la conversión en duro y perenne bronce, del busto de Girardot, por el maestro Francisco Antonio Cano. Era el primer ensayo de fundición artística que se hacía en el país, por allá en vísperas del centenario del 20 de julio. Sin los recursos apropiados, sin taller, "inventando lo que está inventado hace más de dos mil años". Y el éxito siguió a aquel mar de noches de desvelo, de que habla el escultor, a

aquellas angustias y zozobras cuando, rotos los moldes, surgió limpia y desnuda la figura del héroe, como diciendo: triunfo! Allí quedaban para siempre, esos ojos saltados que se abren desmesuradamente, para captar el último rayo de vida; esa boca de rictus doloroso; aquel semblante que refleja, de modo vario, la cólera y el mortal abatimiento, lo mismo que la templanza, la dulce visión de la gloria, como premio a su generoso sacrificio.

Cano envió a Guillermo Valencia una nítida fotografía de su obra. Advierte el insigne payanés que a pesar de la pequeñez física del busto, resulta ser toda una agrupación escultórica. Porque en el muñón derecho se adivina el tricolor de la República y al gesto del combatiente herido, obedece, en el impulso irresistible hacia la cumbre, el invicto escuadrón del joven caudillo. Atanasio, observa Valencia, viene de "A", igual a sin, y "Thanatos", que equivale a muerte. Desde ahora, en su creación artística, Girardot será doblemente Atanasio, esto es, doblemente "inmortal".

MAS DE 2.000 ANTIOQUEÑOS

Las primeras noticias sobre los sucesos del 20 de Julio se conocieron en Antioquia, al mes siguiente. De inmediato, los patriotas secundaron el movimiento. El gobernador Don Francisco de Ayala citó a los Cabildos de Santafé de Antioquia, Medellín, Marinilla y Rionegro, para que escogiesen sus representantes a la Junta Suprema de Gobierno que se instaló en la ciudad de Robledo, capital de la provincia, en ese entonces. El selló oficial del gobierno, en 1811, es prueba fehaciente del fervor, de la resolución hacia la causa independiente y al decir de Julio César García "es el más completo resumen de la situación

de Antioquia, en aquellos años". En su campo de impresión, a modo de circunferencia, se lee esta arrogante leyenda: "República del Estado libre e Independiente de Antioquia". La primera Constitución antioqueña data del 21 de marzo de 1812 y fue sancionada en la sacristía de la ciudad de Rionegro.

La buena voluntad de Antioquia se manifestó ampliamente: la heroica y blasonada Marinilla, dio el primer paso y a la guerra marcharon 125 de sus hijos, de los cuales apenas regresaron 10. Una madre de la misma población, doña Simona Duque de Alzate, entregó sus cinco hijos al General Córdoba, para que muriesen por la Patria, en gesto que calificó de sublime el General Santander. De Sonsón, que apenas era un caserío, se pidieron 40 soldados y en señal de patriotismo, se presentaron muchos más. Por algo escribió Santander a Bolívar, a 26 de septiembre de 1820: "No quisiera que Antioquia diera un hombre más. Más de 2.000 le hemos sacado... Es la Provincia de donde no se ha recibido un reclamo por los empréstitos, reclutas y órdenes fuertes, y ya le llevamos sacados cerca de 400.000 pesos en barras de oro". Bien pudo afirmar don Tulio Ospina que "no hubo en la guerra magna un solo campo donde los antioqueños no derramaran su sangre en defensa de la independencia nacional".

UNA PLEYADE INSIGNE

Ante los peligros que amenazaban al Estado, Antioquia invistió de poderes omnímodos, al ilustre momposino don Juan del Corral. La primera medida que tomó, el 11 de agosto de 1813, a los pocos días de asumir los comandos fue la de declarar la independencia absoluta. Le habían precedido la Villa de Mompós y las Provincias de

Cartagena y Cundinamarca. El acta, firmada en Santafé de Antioquia, dice: "Que el Estado de Antioquia desconoce por su rey a Fernando VII y a toda otra autoridad que no emane directamente del pueblo o sus representantes, quedando para siempre separado de la Corona y Gobierno de España". Como consecuencia, dice el historiador José Manuel Restrepo, "de un extremo a otro pareció que ardía el fuego del patriotismo".

Al lado de los "dos mil y más" de que habla Santander, Antioquia dio a la Patria una pléyade insigne: a José Félix de Restrepo, magistrado probo, filósofo, libertador de los esclavos, profesor, entre otros, de los próceres Zea, Caldas, Torres y Ulloa; a José Manuel Restrepo, gobernador de la Provincia en 1819, congresista de Cúcuta en 1821 y Secretario de lo Interior, por elección de Bolívar, durante casi todo el lapso de la existencia de la Gran Colombia, amén de haber sido el historiador máximo de la revolución; a Zea, el primer vicepresidente y diplomático de la República, que hizo resonar el nombre de la Patria naciente, por todos los confines del orbe; a Girardot, el mártir del Bárbula; a Liborio Mejía el más joven y arriesgado de los mandatarios de la Nación, que pagó en el patíbulo sus arrestos; a José María Córdoba, apellidado "el más bravo de los generales de Colombia".

UNA FAMILIA DE HEROES

Don Luis Girardot, padre de Atanasio, nació en París. En Europa cultivó la escultura y abrazó la carrera de las armas. Vino al Nuevo Reino y se estableció en Tunja en donde casó con doña María Teresa La Rotta, madre de don Pedro Girardot, el primero de los tres héroes y mártires de aquel tronco, nimbado repetidamente, por la fama. Pasó a Cartagena y luego de desdeñar a

su esposa y de dejarla allí, se radicó en Medellín. En Santafé de Antioquia, al saber la muerte de doña María Teresa, contrajo segundas nupcias con doña Josefa Díaz, hija del Regidor don Juan Antonio Díaz, hijo del asturiano don Francisco Díaz del Mazo, hermano de la madre de Francisco Antonio Zea y tío del suegro del doctor Pedro Justo Berrío. Doña Josefa fue la madre de Atanasio y de Miguel, inolados ambos, en aras de la Patria. Dedicado a prósperos negocios en el comercio, la industria y la minería, don Luis Girardot llegó a ser hombre de arcas boyantes. Se trasladó a Honda y finalmente a Santafé de Bogotá. El rey Carlos IV le otorgó carta de naturalización y de tal modo se identificó con su Patria adoptiva, que en 1809 destinó la suma de 2.000 pesos para ayudar a España en sus gastos militares. Al estallar el grito del 20 de Julio, fue el primer europeo que ofreció sus servicios: allí estaban él, su hijo Atanasio y los caudales corrientes. A la muerte de Girardot, en el Bárbula, el patriota francés prometió a Bolívar vengarle, personalmente, en el campo de Batalla. El Libertador rehusó este sacrificio, pero en cambio debió enrolar en sus filas a Miguel, el vástago menor, decoro también de aquella estirpe guerrera. Y cuando no halló en el hogar, nuevos varones para ofrendar a la libertad, entregó 20.000 pesos para equipar la infortunada expedición de Cachirí. Ciñó finalmente la espada y huyendo de Morillo se afilió a las fuerzas del general Serviez. En Achaguas, trágicamente, rindió su última jornada.

Doña Josefa, entre tanto, contrajo nuevo matrimonio con el guerrillero patriota, Ambrosio Almeysa. A la muerte de éste, sobrevivió por muchos años y debió soportar atroz miseria. En memorial dirigido al Congreso Granadino, en solicitud de las pensiones que el Libertador había

decretado para su familia, rompe con estas palabras, síntesis de su grande e impercedero orgullo: "Yo soy, señores, la anciana madre del Coronel Atanasio Girardot....".

LA CUNA DE GIRARDOT

Se han disputado la cuna de Girardot, Santafé de Antioquia, Titiribí y Medellín. El litigio parece resuelto, definitivamente, a favor de la capital de Antioquia. El historiador J. M. Mesa Jaramillo en un estudio muy erudito titulado "El padre y la casa de Girardot", concluye que éste nació el 9 de mayo de 1791, en la casa que da a la Plazuela de la Veracruz, situada en el vértice de las calles de Boyacá y Carabobo. Dicha casa, sostiene, es la más memorable entre todas las de Medellín porque la habitó como propietario don Luis Girardot; porque en ella nació Atanasio; porque la poseyó y habitó don Juan Carrasquilla, Presidente de la Convención antioqueña de 1812; porque en ella vivió el doctor Mariano Ospina Rodríguez y allí nació su hijo don Tulio; porque en ella vivieron los dos eminentes antioqueños doctor Pedro Justo Berrío y Pascual Bravo.

DE LAS AULAS AL CAMPO DE BATALLA

Girardot adelantó en Santafé, estudios serios. El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario conserva en la sala rectoral su retrato y en placa consagratoria, lo llama: "ornamento de este Colegio, que le enseñó el amor a la República". El citado José M. Mesa Jaramillo sostiene que en 1810, comienzo de la revolución, el héroe antioqueño recibió título de Abogado del Colegio de Santo Tomás, expedido por Fray Mariano Garnica y Dorjuela, prócer de la independencia, su

Rector por aquellos días y primer Obispo luego, de la Diócesis de Antioquia.

Antes del 20 de julio, Girardot figuraba como Teniente del Batallón Auxiliar, al servicio de España. A partir de esta fecha, adhiere a la causa patriota. Las primeras armas las hizo en el combate del Bajo Palacé, contra el jefe realista Miguel Tacón, dueño y señor de las provincias de Popayán y Pasto. Tacón se preparó para resistir, parapetado en las cercanías del puente del río Cauca, cuando los patriotas se dispusieron a atacarlo, en marzo de 1811. El éxito de estos fue completo y el español debió replegarse hacia Pasto, mientras los vencedores entraban a Popayán. El Bajo Palacé, a la vez que fue el primer encuentro serio entre peninsulares y americanos, constituyó el pedestal de la fama de Girardot. Cuenta su jefe, capitán Antonio Baraya, que Girardot se enfrentó a una lluvia de balas, para poder clavar la bandera republicana en el puente sobre el río Palacé. Nadie mejor que el Libertador, valoró esta acción, en el Decreto de Honores, expedido el 30 de septiembre de 1813, día del sacrificio de Girardot: "Vencedor en Palacé de un tirano formidable, llevó por la primera vez el estandarte de la independencia bajo las órdenes del general Baraya, a la oprimida Popayán. Las circunstancias extraordinarias de esta batalla memorable, la harán interesante no solo al mundo americano sino a los guerreros valientes de todas las partes de la tierra. El joven Girardot osó aguardar el ejército enemigo en número de 2.000 hombres, con 75 en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subyugar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada; destinó setecientos hombres para desalojar los defensores del puente; pero el nuevo Leonidas resolvió perecer antes con sus

dignos soldados, que fueron todos muertos o heridos, y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de 200 cadáveres enemigos regaron con su sangre aquel campo célebre para consagrar en caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de Girardot salvaron a un tiempo a su Patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano”.

CONTRA EL PRESIDENTE NARIÑO

Tampoco escapó Girardot a aquellas luchas internas, entre centralistas y federalistas. Bajo las órdenes de Baraya, cargó en forma vehemente contra don Antonio Nariño y sus seguidores. Solemne y triunfal, montó sus trincheras en el cerro de Monserrate. Todos creyeron que se tomaría la capital, con sus grandes cañones y su tropa aguerrida. Una supuesta orden de Baraya, enviada por Nariño, lo mantuvo paralizado en la altura, mientras se libraba la acción del 9 de enero de 1813, que dio la victoria al caudillo de Cundinamarca. A propósito de tan tristes episodios entre hermanos, dice el padre Roberto M. Tisnés, en reciente y muy sabia biografía del mártir del Bárbula: “Fueron días y meses de agitación, de zozobra, de odios, de rivalidades, entre padres y hermanos y familiares en facciones banderizas y opuestas, de alarma e incertidumbre para todos, de luto y dolor para muchos, de efusión inútil de sangre para la Patria recientemente alumbrada a la vida de la libertad e independencia. Girardot, joven aún y no preocupado sino por la libertad de su Patria, se ve envuelto en tan grande torbellino, no puede escapar a él,

sigue a los desertores, ve prisionero a su padre de sus mismos compañeros de armas, se acuerda de su madre y de sus hermanas en Santafé, expuestos quizá a las represalias, indignas en sí mismas pero comprensibles, dado el nerviosismo y el apasionamiento del momento”.

EN LA CIMA DEL BARBULA

Con auxilios de la Nueva Granada, Bolívar emprendió la que se ha llamado “Campana Admirable”, de los años 13 y 14. Llevaba 2.000 hombres de Cundinamarca, Tunja, Cartagena, Mompos, Socorro y Pamplona; 22 piezas de artillería; 16.600 balas, más de 1.000 cartuchos de pólvora, 1.100 fusiles, 300 sables, 300 lanzas, 92 tiendas de campaña, vestuario, vituallas, víveres y brigadas, fuera del oro y la plata de sus arcas, según lo atestigua el general O’Leary. Y entre los soldados “la flor y nata” de la juventud granadina: Girardot, Santander, Maza, D’Elhúyar... para no citar sino algunos. “Seis grandes combates, que valen batallas, dice el general Bartolomé Mitre, ganados en un trayecto de 1.200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras... la reconquista de todo el occidente de Venezuela, de cordillera a mar, y la restauración de la República Independiente de Venezuela. Y todo esto con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo”.

“En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de Girardot han unido constantemente la victoria a las banderas que mandaba, escribió Bolívar en el citado Decreto de Honores. Las provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo, o gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado

bajo las órdenes de los jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos a los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte por libertar a Venezuela. Hoy volaba a sacrificarse por ella sobre las cumbres del Bárbula y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera”.

Jamás un héroe de la independencia recibió los honores tributados a Girardot. “El día 30 de septiembre será un día aciago para la República, a pesar de las glorias de que se han cubierto sus armas en este mismo día; y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos. Todos los ciudadanos de Venezuela llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del Coronel Girardot. Su corazón será llevado en triunfo a la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los Libertadores y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana. Sus huesos serán transportados a su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada. El cuarto batallón de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en el futuro el Batallón Girardot. El nombre de este benemérito ciudadano se inscribirá en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la Patria”.

El corazón de Girardot, llevado en verdad a Caracas, en medio de apoteosis grandiosa, fue a la reconquista española, motivo de cruel pleito por parte de Boves y de Juan Nepomuceno Quero que deseaban, contra el cristiano ánimo del señor Arzobispo Coll y Prat, retirarlo de la Catedral y exponerlo al ultraje. Triunfó este último y la reliquia veneranda reposa en el sitio de honor, que le fijó el Libertador. En cuanto a sus restos, jamás volvieron a la provincia de Antio-

quia. Sepultado el cadáver en la ciudad de Valencia, fueron ocultados, sin duda, para evitar una profanación, y al cabo, desapareció todo indicio sobre su paradero.

A mano izquierda de la autopista que conduce de Valencia a Puerto Cabello, nos detuvimos un día para contemplar el trágico escenario: yerma y leve, se alza la colina del Bárbula. En su ápice, la estatua del héroe, fundida en bronce, por amor de los venezolanos que lo cuentan como benefactor y padre. En la diestra, sostiene el pabellón que un día clavó sobre su suelo. Se lleva la izquierda al pecho mientras tambaleante, herido mortal, mira al sol, cara a cara, como debió mirarlo en aquel 30 de septiembre, tránsito definitivo de sus jornadas terrenas, hacia la claridad sin fin de la inmortalidad.

LA GUERRA A MUERTE

Se obedece, pero no se cumple. Tupac Amaru y José Antonio Galán, protomártires de la libertad americana. Doscientas cincuenta mil vidas, costó la guerra a muerte. El Decreto de Trujillo, abismo de sangre entre España y América. Nunca hubo un período, en ninguna edad ni país que recuerde la historia, de más premeditada carnicería ni de mayor crueldad. Boves, o "la cólera del Cielo que fulmina rayos contra la Patria". A españoles terribles, americanos terribles. El Negro Primero, una figura legendaria.

SE OBEDECE, PERO NO SE CUMPLE

Desde el arribo triunfal de las carabelas de Colón, pasando por las centurias memorables del Descubrimiento y la Conquista, a través del vasto letargo colonial, hasta los primeros sacudimientos republicanos, España se cuidó en dictar para sus posesiones de ultramar, leyes humanitarias. En el Fuero Juzgo, en las Siete Partidas, en las Leyes de Indias, en las Reales Cédulas, la pena de muerte estaba reservada a delitos de lesa majestad. Empero la Metrópoli se alzaba muy lejos y descubridores, colonizadores y fundadores, se dieron a violarlas o a interpretarlas a su talante. Ha pasado a la historia aquella fórmula, atribuída al grande y muy fiero Adelantado, don Sebastián de Belalcázar: "Se obedece, pero no se cum-

ple". Y así, cuando apenas apuntaban en suelo de América, los reales pendones de Castilla, diéronse los mismos protagonistas a lucha intestina, sin cuartel. Díganlo las encarnizadas guerras entre almagristas y pizarristas, con la consiguiente ejecución de don Diego de Almagro y el asesinato del Marqués Pizarro; la rebelión de Gonzalo Pizarro, quien pretendió hacerse Emperador, luego de la muerte del Virrey del Perú, don Blasco Núñez Vela; la insurrección de Alvaro de Oyón que estalló en La Plata para seguir hacia Neiva y Timaná, entre robos y matanzas, hasta rematar en Popayán en donde fue descuartizado; el insolente alzamiento del cojo don Lope de Aguirre, apodado "el tirano", quien desconoció al Rey Felipe II y lo desafió, cual si fuese de igual a igual; y, para acabar la cadena, el garrote vil que Belalcázar torció, en Loma del Pozo, a su antiguo colaborador y amigo, el Mariscal Jorge Robledo.

TUPAC AMARU Y JOSE ANTONIO GALAN

El indio Tupac Amaru, en el Perú, y José Antonio Galán, en nuestra Patria, abrieron con su propia sangre, el surco de la libertad. Tupac Amaru era un indio sin mezcla, con vieja sangre de los reyes del Sol, entre sus venas. Se le había bautizado con el nombre de José Gabriel Condorcanqui. Inflamado por la lectura de aquel Garcilaso Inca, relator de la historia de los reyes indígenas, se siente arrebatado por ansias de rebelión y de rencor. Compara la grandeza de su raza de antaño con la humillación del presente y le hierve en el ánimo el sojuzgado orgullo de los hijos del Sol. Un día de 1780 nos dice Juan Pablo Echagüe, invitó a un fastuoso banquete al Corregidor y a las autoridades españolas. En el apogeo de la fiesta, a una señal del huésped, cien manos de cobre abatiéronse recia y súbita-

mente sobre los comensales y los encadenaron. Siguió un levantamiento general. Condorcanqui se proclama heredero del Inca; adopta como emblema de vindicta el nombre de Tupac Amaru su antepasado; convulsiona la provincia entera y agrupa 60.000 hombres, que le siguen ciegamente. Tiempo después, en el Cuzco de sus mayores, Tupac Amaru afronta el suplicio. Su máscara de bronce no tiembla cuando aparece ante la muchedumbre; no tembló tampoco cuando le obligaron a presenciar los martirios de su tío, de su primo y de las mujeres de la familia. Pero un rugido salvaje explota entre sus labios, cuando le obligan a presenciar la tortura de su mujer y de sus hijos. Después a él, le cortaron la lengua. Y por último lo amarraron para descuartizarlo al tirón simultáneo de cuatro caballos, violentamente azuzados en direcciones divergentes. El ímpetu opugnado de las bestias no bastó a desmembrar el vigoroso cuerpo. "Por piedad" dispúsose entonces que se le cortase la cabeza al paquete de huesos descoyuntados, de músculos rotos y de carnes laceradas que palpitaban todavía.

Galán prendió la chispa, y 20.000 Comuneros hicieron tambalear el gobierno de Santafé. Sofocado el movimiento, mediante el engaño, cayó en poder del enemigo. "Condenamos a José Antonio Galán, reza la inicua sentencia, a que sea sacado de la cárcel, arrastrado y llevado al lugar del suplicio donde sea puesto en la horca hasta que naturalmente muera, que bajado se le corte la cabeza, se divida su cuerpo en cuatro partes, y pasado el resto por las llamas; su cabeza será conducida a Guaduas, teatro de sus escandalosos insultos; la mano derecha, puesta en la plaza del Socorro; la izquierda en la villa de San Gil; el pie derecho en Charalá, lugar de su

nacimiento; y el pie izquierdo en el lugar de Mogotes; declarada por infame su descendencia, ocupados todos sus bienes y aplicados al Real Fisco; asolada su casa y sembrada de sal, para que de esta manera se dé al olvido su infame nombre, y acabe con tal vil persona, tan detestable memoria, sin que quede otra que la del odio y espanto que inspira la fealdad de su delito”.

UN MARTIROLOGIO INCONTABLE

Nadie sabe, nadie podrá saber, el número de víctimas de nuestras luchas de independencia. Ni tasar el valor inconmensurable de aquellos que, hechizados por el sol de la libertad, se ofrecieron en holocausto, ante el altar de la Pátria. Cálculos muy serios hacen subir la cifra a 250.000. José Domingo Díaz afirma que en Venezuela, entre los años 13 y 14, hubo 131.000 muertos. El Virrey don Francisco Montalvo en su Memoria de mando al Rey, declara que los patriotas sacrificados por Morillo, Sámano y Enrile, entre los años 16 y 18, ascendieron a 7.000. Un testigo ático, como el Libertador Bolívar, pinta mejor que nadie, el desolador cuadro, en la Carta de Jamaica de 1815: “En cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus acontecimientos han sido tan rápidos y sus devastaciones tales, que casi la han reducido a una absoluta indigencia y a una soledad espantosa; no obstante que era uno de los más bellos países de cuantos hacían el orgullo de América. Sus tiranos gobiernan un desierto, y solo oprimen a tristes restos que, escapados de la muerte, alimentan una precaria existencia; algunas mujeres, niños y ancianos son los que quedan. Los más de los hombres han perecido por no ser esclavos, y los que viven, combaten con furor en los campos y en los pueblos internos, hasta esperar a arrojar al mar a los que, insacia-

bles de sangre y de crimen, rivalizan entre los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva. Cerca de un millón de habitantes se contaban en Venezuela; y sin exageración se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la tierra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo ha resultado guerra”.

NOMBRES MONSTRUOSOS

Espanta repasar los capítulos de la guerra a muerte. Produce escalofrío la lectura de episodios que por la crueldad, la sevicia, no parecen ejecutados por hombres, sino por bestias sedientas de sangre. Los apodos con que aparecen ante la historia, los secuaces de Morillo, son más elocuentes que el bárbaro relato de sus atrocidades: a González lo llamaban “el descuartizador”, a Rosete, “el degollador”, a Zuazola, “el desorejador”, a Cerberis, “el flagelador”. Don Aristides Rojas en sus “Siluetas de la guerra a muerte”, ha descrito mejor que nadie aquellas orgías de sangre humana, ofrecidas como por espectros del Averno, arpías en forma humana, contubernios del chacal y de la hiena. Es un cuadro ciertamente único en la historia, por el refinamiento de la crueldad, el número de las víctimas y la duración de la tragedia. Allí la mutilación, la tortura, el látigo, la soga, el hierro candente, los atroces sacrificios en masa, dictados por la venganza; las bacanales, las lágrimas, la algazara soldadesca; los cadáveres desollados en las calles de las aldeas, a la orilla de los ríos, en los valles solitarios; los ayes lastimeros, el hambre, la sed, el crimen con todos sus horrores y voluptuosidades, los caballos manchados de sangre que conducen a los demonios del cuchillo; Boves, Antoñanzas, que hacían andar con los pies desollados sobre arenas de

fuego; Rosete que marca con una R en la frente a los patriotas y a los hijos de éstos, Lizón, que bebía sangre, cortaba las manos a los niños menores de diez años y abría el vientre a las madres, Régules, de quien se dice que en un solo año, había inmolado 12.000 americanos, Barreiro, acusado de unir por las espaldas a los prisioneros, dándoles puntadas. Y cubriendo la retaguardia, impenetrable, incontenible, José Tomás Boves, “la cólera del Cielo que fulminaba rayos contra la Patria”, según expresión de Bolívar.

UN NUEVO ATILA

José Tomás Boves, asturiano de origen fue, entre los peninsulares “el héroe de la guerra a muerte”. Se le ha comparado con Atila y como él, “era frío, como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos”. No escasearán compatriotas que frunzan el ceño, anota Cornelio Hispano, ante estas páginas que tratan de revivir la sombra fatídica y mil veces maldita de aquel instrumento de la ira del Cielo, cuyo sólo nombre aún sobrecoge de espanto a los rústicos habitantes de los llanos de Venezuela. Inicialmente, Boves combatió al lado de los patriotas, a imitación de muchos peninsulares. Emponzoñado luego contra éstos, pasó a ser su más execrable enemigo.

En agosto de 1813, Boves preparó sus hordas en los llanos del Apure. A la cabeza de 7.000 hombres, hizo frente a Bolívar en el campo de San Mateo y huyó despavorido ante el sacrificio sublime de Ricaurte, que selló a favor de los republicanos, aquella acción imponderable. Toma entonces camino de Calabozo, su “sombria madriguera”. Desde allí le escribe a un cofrade: “Es-

pero de su eficacia, no deje uno sólo útil, para acabar con estos pícaros y luego descansar en el seno de la familia". Rehecho de varios fracasos, levantó un ejército de 5.000 lanceros y 3.000 infantes y volvió al combate. El anuncio de su aparición en los Llanos, agrega el citado Cornelio Hispano, fue como la trompeta del juicio final. Las poblaciones emigraban en masa, entonando letanías por el camino, como para hacer más pavoroso aquel cuadro de desolación. Aragua desaparece bajo las patas de los caballos de Boves y en Cumaná, tres mil cadáveres tendidos, dan testimonio de su paso. Entra luego a Valencia. En la noche del 10 de julio de 1814, relata un cronista, "reunió a todas las mujeres en un sarao, y entretanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y sacándolos afuera de la población (en el Morro), los alanceaba como a toros sin auxilio espiritual. Las damas del baile se bebían las lágrimas y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, mientras Boves, con un látigo en la mano, las hacía danzar el "piquirico", y otros sones de la tierra, a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas noches".

El 6 de julio Bolívar desocupa a Caracas. Solo quedaron en la ciudad, el Arzobispo y los Canónigos, las monjas y algunos frailes. Boves escribe al gobernador Juan Nepomuceno Quero: "Si a mi llegada a esa ciudad, que será dentro de 20 días, encuentro a un patriota, usted pagará con su cabeza".

Siguieron Barcelona, Santa Ana, otra vez Cumaná. El 5 de diciembre derrota en Urica a los patriotas: mas, en medio del combate, Ambrosio Bravante, hermano de una bella doncella

de quince años, que había sido ultrajada en presencia de sus padres, por Boves, y luego entregada a la soldadesca, esgrimió la lanza vengadora. Así concluyó aquella tiranía que duró seis meses. Brilló en el cielo de la patria momentáneamente, anota un escritor, como un planeta maléfico y repentino, y de su gloria militar solo quedó un reflejo sangriento, horror de realistas y de patriotas.

LA PROCLAMA DE TRUJILLO

A 15 de junio de 1813 Bolívar suscribió, en la ciudad de Trujillo, su Proclama de "la guerra a muerte". Venezolanos, dijo: Un ejército de hermanos enviado por el soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido a libertaros, y ya lo tenéis en medio de vosotros, después de haber expulsado a los opresores de las provincias de Mérida y Trujillo. Nosotros somos enviados a destruir a los españoles, a proteger a los americanos y a restablecer los Gobiernos Republicanos que formaban la Confederación de Venezuela... Tocado de vuestros infortunios no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hacían experimentar los bárbaros españoles, que os han aniquilado con la rapiña y os han destruido con la muerte... Así pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de América... Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como

traidor, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas... Españoles y Canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes sino obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, auncando seáis culpables”.

Abundan los conceptos, unos a favor y otros en contra, de la Proclama de Trujillo. Con enemigos implacables, escribe Juan Vicente González, necesitaba la revolución valerosas convicciones, manos fuertes que con la espada o la pluma, no temblasen nunca. Los furores de la defensa debían corresponder a los furores del ataque; la represalia no era un derecho, era un deber. La crueldad española tornó los corderos en lobos, agrega el citado Cornelio Hispano. Y Bolívar comprendió que mientras la opinión del país favoreciese a los españoles, la independencia era imposible. Por esto resolvió echar entre América y España un abismo que no pudiera llenarse sino con las inmensas moles de granito que se estaban ya elaborando en su cerebro y que se llamaron después Boyacá, Carabobo, Bomboná, Junín, Ayacucho, y ese insondable abismo fue la guerra a muerte: terrible necesidad de la época que aún hoy mismo no podemos recordar sin estremecernos. Las conveniencias de la política, en opinión del general O’Leary, dictaron este decreto y la dura necesidad exigió su cumplimiento. No nos atrevemos a decidir si el beneficio alcanzado con la independencia merecía la sangre con que se ha adquirido, pero sí hay motivos para creer que nunca se habría alcanzado en Venezuela sin la terrible medida a que Bolívar tuvo que recurrir.

EN TERRENOS DE IGUALDAD

La guerra a muerte creó en América; rivales dignos de la ferocidad de sus contrincantes. Si

los republicanos sufrieron el azote de un Morillo, de un Sámano, de un Monteverde, de un Boves, de un Warletta, de un Tolrá, de un Rosete, de un Zuazola, de un Enrile, entre los principales, el Nuevo Mundo les soltó a un José Antonio Páez, a un Juan Bautista Arismendi, a un Antonio Briceño, a un Hermógenes Maza, a un Manuel Piar, a un Leonardo Infante, a un Negro Primero.... Cabe destacar, como explicación al aserto de que fue la guerra a muerte, la fragua en que se templaron tan recios y temibles enemigos, que casi todos surgieron en Venezuela, escenario principal de aquellos hechos. El Libertador supo valorar sus servicios. En el Diario de Bucaramanga, se lee: "Se podrá decir que Mariño, Arismendi y Páez no son dignos de los empleos que poseen y que no tienen las capacidades necesarias para ellos. Esto es verdad si se les juzga desde 1826 hasta ahora, y si sólo se tienen en cuenta sus talentos y aptitudes; pero son sus servicios contra los españoles los que les han valido sus empleos, y ellos son inmensos; hicieron esfuerzos prodigiosos y obtuvieron grandes resultados. Entonces era lo que se buscaba y lo que se recompensaba".

EL NEGRO PRIMERO

En reciente visita a Venezuela, nos sorprendió el culto que la Hermana República rinde a los héroes de la Independencia, entre ellos al Negro Primero. Su efigie maciza y brava, vive en el bronce y en la piedra, desde el campo glorioso de Carabobo, hasta el suntuoso Paseo de los Próceres, en Caracas. Quién fue este soldado de color, semidesnudo, desarrapado, que comparece a la asamblea de los grandes, ante los fastos de la historia? Pedro Camejo, que tal fue su nombre verdadero, mereció de los patriotas el mote de Negro Primero, por ser el primero que en las a-

rremetidas, mostraba "la cuchara", teñida de sangre enemiga. Solían llamar "cuchara" a una lanza bastante ancha que esgrimían, sujetándola entre las piernas, cuando al loco galopar de las bestias, se flechaban contra el enemigo. Relata el general José Antonio Páez, en su Autobiografía, que Camejo había sido esclavo y se le presentó en los llanos, como voluntario, deseoso de adquirir gloria y fortuna. Ya había luchado a favor de los realistas, pero un día se les había escapado de las filas. Continuó a mi servicio distinguiéndose siempre en todas las batallas. La víspera de la de Carabobo, que él decía que iba a ser la decisiva, arengó a sus compañeros, y para infundirles valor y confianza, les decía, con el fervor de un musulmán, que las puertas del cielo se abrían a los patriotas que morían en el campo, pero que se cerraban ante los que morían huyendo del enemigo.

El Negro Primero rindió su vida en Carabobo. En lo más encarnizado del combate, relata el edecán de Páez, vio éste de pronto, entre la nube de polvo que ocultaba a los combatientes, a un jinete bañado en su propia sangre. Era el Negro Primero. Su caballo galopaba sin concierto hacia el lugar en donde estaba el jefe, pierde en breve la carrera, toma el trote y después paso a paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuerpo, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, que parece sostenerse automáticamente sobre la silla. Páez le sale al encuentro y lo apostrofa: Tienes miedo? Vuelve y házte matar!... El Negro Primero abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por el suelo la poderosa lanza y poniendo al descubierto el pecho donde sangran copiosamente dos heridas exclama: Mi ge-

neral!... vengo a decirle adiós... porque estoy muerto! Sus compañeros grabaron, para siempre, la frase que le habían oído, al comienzo de la batalla: "Delante de mí, solo el pescuezo de mi caballo!"

SANTANDER, EL ORGANIZADOR DE LA VICTORIA

Abandonó los estudios de Jurisprudencia para adherir al movimiento del 20 de julio. Escapó de la cuchilla del Pacificador y en Casanare mantuvo el fuego republicano. En Boyacá, coronó la memorable victoria. Se le ha llamado El Hombre de las Leyes, el Organizador de la Victoria y el Fundador de la Educación colombiana. Funesto rompimiento de relaciones entre el Libertador y él. Proscrito durante cuatro años, como presunto conspirador septembrino. De desterrado a Presidente. El Congreso de 1840 o los umbrales de su sepulcro.

DEL PRECISO LINDERO

En la Villa del Rosario de Cúcuta, a un tiro de piedra de la frontera colombo-venezolana, nació Francisco de Paula Santander, el 2 de abril de 1792. Don Agustín Santander, su padre, fue gobernador de dicha Villa y doña Manuela Omaña, la madre, era hermana del presbítero doctor Nicolás Omaña, bajo cuyos auspicios pasó, cuando contaba 13 años, a cursar jurisprudencia al Colegio de San Bartolomé, en Bogotá. De su ilustre tío, nos dice el mismo Santander, recibió las primeras lecciones de libertad y de justicia. En el benemérito claustro, tuvo como profesores, entre

otros, a los próceres Emigdio Benítez y Frutos Joaquín Gutiérrez, nimbados ambos con el martirio, en el aciago régimen del terror.

Al grito del 20 de julio, abandonó sus estudios para filar al lado de los insurgentes y librar con ellos, las jornadas de la Patria. Por esta época, apunta el doctor Fabio Lozano y Lozano, ya era dueño de una base de cultura y de un acervo de principios que, acendrados por la meditación, la investigación incansable y la experiencia de la vida, le permitieron brillar entre todos los hombres egregios de su época. Lánzase el entusiasta estudiante de leyes, agrega don Miguel Antonio Caro, con otros jóvenes de su tiempo, en los azares de la guerra, hácese militar, sin estudios previos, en la escuela de los combates, en medio de las penalidades de larga y porfiada campaña. Años más tarde evocando aquel capítulo, escribiría Santander: "presté aquella colaboración que cabía en mi edad de 18 años".

EN CASANARE

Como todos los hombres de su época, Santander se dejó arrastrar por la borrasca partidista, que casi sofoca el candil de la libertad. Luchó con ardencia al lado de los federalistas, con el grado de subteniente, hasta caer prisionero de Nariño en 1812. Al emprender Bolívar la campaña de los años 13 y 14, lo dejó encargado de las tropas, con el grado de Sargento Mayor. A la ruina de la República, en 1816, se retiró a Casanare en compañía del general francés Manuel Serviez, servidor insigne de nuestra causa, y fue nombrado jefe del ejército patriota. Refiere Páez que en septiembre de dicho año 16, los jefes, oficiales y muchos paisanos, lo proclamaron a él, jefe nato de las fuerzas llaneras. Páez rehusó, pero fue llamado a presencia del ejército, para su reconocimien-

to. Santander averiguó lo que ocurría y se le dijo la verdad. Estuvo dispuesto a ceder el cargo, siempre que se le admitiese la renuncia. Observósele que era inútil porque estaba desconocida su autoridad. Insistía Santander, resistían los de la junta, “hasta que clavando él su espada en tierra, dijo con mucha energía que prefería le quitasen con ella la vida antes que consentir en el ultraje que se tenía en mientes”. Accedieron, y Páez fue reconocido jefe y Santander pasó al comando de uno de los escuadrones.

EN BOYACA, CORONO LA VICTORIA

Bajo la comprometedora encomienda del Libertador, Santander contribuyó poderosamente, al lado del León de Apure, al adiestramiento del ejército que en Boyacá selló nuestra independencia. Acrecidas con los llaneros las tropas que desde Venezuela comandaba Bolívar, domados los lomos vertiginosos de los Andes, se abrieron las primeras páginas de aquella singular gesta. La primera, a 25 de julio de 1819, tuvo lugar en el Pantano de Vargas. La segunda, en Boyacá, a 7 de agosto. El parte que entonces suscribió, el día siguiente, desde Ventaquemada, el general Carlos Soublette, es prueba irrefutable, que honra de modo singular al jefe neogranadino: “No son calculables las ventajas que ha conseguido la República con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido contra tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas. Nada es comparable a la intrepidez con que el señor general Anzoátegui a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria... El señor general Santander que dirigía las operaciones de

la izquierda, y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que sólo le había opuesto sus Cazadores, cargó con unas Compañías del Batallón de Línea, y los Guías de Retaguardia, pasó el Puente y completó la victoria". "No fue Vuestra Excelencia, le escribe Bolívar, el primero en abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? No fue Vuestra Excelencia el primero en derramar su sangre en Gámeza y el primero en Vargas y Boyacá en prodigar su vida?

GENERAL Y VICEPRESIDENTE

A 21 agosto de 1819 ascendió Bolívar a Santander al grado de General de División y en septiembre lo designó Vicepresidente de la Nueva Granada; con el compromiso de gobernar las provincias libres, mientras él proseguía hacia Venezuela, y el sur, la lucha contra los españoles. Organizó entonces la administración, colaboró con auxilios y tropas, para que el Libertador pudiese coronar su empresa. La administración de Santander, en el corto período que le cupo en 1819, fue acertada, en opinión de don José Manuel Groot, vigorosa y activa cual lo demandaban las circunstancias. Dio perfecto cumplimiento a la organización pública, civil y militar, que dejó establecida el Libertador. Crearlo todo! Esa fue la obra de Santander; anota su sereno biógrafo, Manuel José Forero. Hacienda y guerra, instrucción pública y gobierno, tales fueron los grandes renglones a que le tocó atender en corto plazo; no era posible en aquella hora de problemas extraordinarios para la República, hacer obra perfecta ni exenta de errores; tampoco era dable atender a uno solo de los intereses de la Patria descuidando los restantes; a todo era preciso hacer frente con varonil entereza, sin detenerse en obstáculos, sin a-

guardar el premio de la alabanza, ni temer el azote del vituperio.

FUSILAMIENTO DE BARREIRO Y DE 38 COMPAÑEROS

Camino de Venezuela, en Pamplona, el Libertador recibió un oficio de Santander: "Al fin fue preciso salir de Barreiro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco, el pueblo estaba resfriado, y yo no esperaba nada favorable de mantenerlos arrestados". Esta ejecución verificada "a vista de un inmenso pueblo", ha sido motivo de agria controversia, no sólo en su época, sino por parte de historiadores posteriores. "He sabido, le respondió Bolívar, con sentimiento, la pÉrfida conducta de los prisioneros de guerra, que ha obligado a V. E. a pasarlos por las armas, en circunstancias en que estaba pendiente una negociación de canje, que tanto honor hace al Gobierno de la República. Nuestros enemigos no creerán la verdad, o por lo menos supondrán artificiosamente que nuestra severidad no es un acto de forzosa justicia, sino una represalia, o una venganza gratuita. Pero sea lo que fuere, yo doy las gracias a V. E. por el celo y actividad con que ha procurado salvar la República con esta dolorosa medida. Nuestra reputación sin duda padecerá". El Vicepresidente Santander, de otro lado, explicó que los oficiales realistas prisioneros preparaban una reacción, que trataban de seducir al pueblo y que Barreiro había hecho la guerra a muerte, pues 34 soldados que tomó en Gámeza, aparecieron tendidos en el camino, atados espalda a espalda y lanceados con crueldad. "Yo jamás cesaré de darle enhorabuenas y congratularme con usted, le escribió Páez, por esa sabrosa ejecución de Barreiro y sus socios. Ojalá que mañana pudiera alegrarme de otro espectáculo igual.

Ojalá que usted pudiera vengar de algún modo la sangre de los ilustres granadinos cuyos gritos resuenan desde los sepulcros”.

LA TAREA ADMINISTRATIVA

La Ley de Angostura que creó la Gran Colombia, dispuso que el Congreso se reuniese en la ciudad de Cúcuta. Así se hizo, el 6 de mayo de 1821. Bolívar fue elegido presidente y Santander alcanzó la vicepresidencia, en competencia con el general Nariño. Aún resonaban las palabras del Padre de la Patria, al tomar posesión, el 3 de octubre, cuando le fue recibido el juramento al vicepresidente: “Jamás pensé, dije, tener la honra de presentarme en este augusto lugar como segundo Magistrado de Colombia... Señor, vuestra confianza es más grande que mi esperanza; me habéis encargado del timón de una nave que, aunque al abrigo de las tempestades civiles, está aun fluctuando entre los escollos de la guerra y de la política... Dichoso yo, si al dar cuenta a la representación nacional en el próximo Congreso, puedo decirle: la nación ha sido libre bajo el imperio de la Constitución, y tan sólo yo he sido esclavo de Colombia”.

El Congreso autorizó a Bolívar “para mandar lar armas en persona todo el tiempo que estime conveniente, quedando el vicepresidente encargado de las funciones del Poder Ejecutivo”.

Santander enfocó su acción, preferentemente, hacia la instrucción pública. Nadie ha mostrado, dice don Salvador Camacho Roldán, el vigor, la perseverancia y los esfuerzos de Santander, para poner este ramo esencial de la República en la altura que le corresponde. Santander es, sin disputa, el fundador de la educación en Colombia”. Por Decreto de 1820 creó escuelas públicas en las ciudades, villas y lugares de cierta importancia,

dispuso que cada convento sostuviese una y abogó ante los Gobernadores, los Jueces y los Párrocos, por la educación de los indígenas "para que puedan salir del embrutecimiento y condición servil a que tantos años estuvieron sujetos". En cumplimiento de la ley del Congreso de Cúcuta que dispuso destinar para colegios los edificios y rentas de los conventos que no tuvieran siquiera 8 religiosos, decretó la fundación del Colegio Académico de Antioquia, hoy Universidad de Antioquia, sobre las bases que desde 1803 habían sentado los padres franciscanos. Así surgieron, además, el colegio de San Simón, en Ibagué; el Santa Librada, de Cali; el Boyacá, de Tunja; el colegio de Neiva, entre otros. En virtud del plan de estudios de 1826 se introdujeron en la enseñanza los principios utilitaristas y sensualistas de Jeremías Bentham y de Destut de Tracy y aunque defensores del Jefe del Ejecutivo trataron de demostrar la ninguna culpabilidad suya en la importación de textos de los citados autores, los enemigos le enrostraron duramente ese error.

EL HOMBRE DE LAS LEYES

"Santander, ha dicho Alirio Gómez Picón, era un hombre hecho para la ley, para servirla, para interpretarla, para hacerla respetar, en forma intransigente, con un fiero celo apostólico". Y basta repasar la monumental publicación, en 24 volúmenes, que se titula "Archivo Santander" o los 10 tomos de "Cartas y mensajes del general Santander", para entresacar, de aquí y de allá, vehementes invocaciones a su imperio y respeto: "Si las armas nos dieron la independencia, sólo las leyes nos darán la libertad"; "Yo soy amigo de las leyes por convencimiento y las sostendré como ciudadano; soy militar y debo sostenerlas en calidad de tal"; "Fiel a mis principios y leal

a mis deberes, sostendré la Constitución a todo trance”; “O hay leyes, o no las hay: para qué estamos engañando a los pueblos con fantasmas”. El primero en reconocer esta condición de Santander, fue el mismo Bolívar: Es una gloria, le escribe en 1824, que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre, son inmensas. Si yo conociese la envidia, los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades; usted el hombre de las leyes, y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote, y Colombia con los tres”. Este título se lo aplicó el Libertador, sostiene don Marco Fidel Suárez, no en significado despreciativo, como suponen algunos, sino para reconocer, encarecer y exaltar la sabiduría del grande hombre, como legislador, como estadista y también como gran publicista y escritor. Todo esto fue el general Santander, organizador de la victoria, militar sobresaliente y una de las primeras figuras de Colombia como administrador y gobernante”.

BOLIVARIANOS Y SANTANDERISTAS

La buena armonía entre Bolívar y Santander, se rompió hacia 1827. Es evidente, anota Julio César García, que los dos representaban temperamentos y tendencias distintos: Bolívar el de los venezolanos, militares valientes, en los que predominaba la índole del hombre de los Llanos, para quienes los méritos de la espada alcanzan a sobreponerse a las leyes. Santander el granadino, hombre civil y serrano, de los que pensaban que la libertad sólo podía basarse en el culto a la ley. Estas dos fuerzas equilibradas habrían llevado a la República a un alto grado de prosperidad; enfrentadas, produjeron males sin cuenta, pues los colombianos se vieron divididos en los dos ban-

dos de Santanderistas y Bolivarianos, partidos de extrema "que ni se comprendieron, ni se perdonaron". Los Bolivarianos querían la reforma de la constitución de Cúcuta, para introducirle algunas disposiciones de las que había elaborado el Libertador para Bolivia; los Santanderistas sostenían la integridad de aquella Carta.

LA NEFANDA NOCHE SEPTENBRINA

A los gritos de "Viva el general Santander, viva la Constitución de Cúcuta, abajo el tirano", los conjurados del 25 de septiembre de 1828, irrumpieron al Palacio de San Carlos, en donde dormía el Libertador. El general Santander negó de manera perentoria su participación en el fracasado golpe, en tanto que el Libertador creyó, firmemente, que había sido uno de sus principales, o el principal instigador. Un Consejo de Guerra, en principio, decretó para Santander la pena de muerte. Conocida la sentencia por Bolívar, dispuso que pasara al Consejo de Ministros y éste opinó que se le conmutara por el destierro del país. El Libertador acató la sugerencia y en efecto, el general fue condenado a abandonar el territorio patrio, luego de purgar durante 7 meses, en las hórridas bóvedas de Cartagena. Siguió luego a Europa, pasó después a los Estados Unidos y muerto el Libertador y triunfantes sus adeptos, regresó investido de la Presidencia.

DE DESTERRADO A PRESIDENTE

Por Decreto del 10 de junio de 1831, se restableció a Santander en el goce de los grados y distinciones de que había gozado y se le invitaba a regresar al país. La Convención del Estado, a 9 de marzo de 1832, lo eligió para el desempeño de la Primera Magistratura. Santander volvió al

gobierno, anota el historiador Forero, con un mensaje de fraternidad, necesario, más que nunca, en tan angustiosos momentos. Los vencidos en la contienda ideológica temían la reacción y los vencedores aguardaban la presencia de su jefe para determinar la conducta que debían seguir. Espanto en unos y ansiedad en los otros, debió ser el balance de los granadinos de 1832. Reelegido para el período de 1833 a 1837, gobernó hasta el 31 de marzo de este último. En 1833 el Presidente descubrió una conspiración tramada por el general español José Sardá, notable patriota, durante las luchas de independencia. Fueron fusilados 17 y Sardá logró esconderse durante un año, en una residencia de la capital. Al cabo de ese tiempo fue descubierto y asesinado en la misma habitación que le servía de guarida.

EL CONGRESO DEL 40

Santander asistió al Congreso de 1840. Allí debió resistir las más violentas embestidas de sus adversarios y detractores. A las virtudes de Santander, dijo el profesor López de Mesa, las ha sometido la opinión pública de Colombia a ordañas que recuerdan el episodio bíblico de Sidrach y compañeros, según el himnario de Daniel: nuestro Nabucodonosor les condena a ser quemados vivos y en el horno ya, como quiera que las llamas les respetan, más y más fuego atizan sus verdugos.

El más delirante y apasionado de sus opositores fue el general Eusebio Borrero. En una de las sesiones de marzo, respondiendo a los cargos que se le acumulaban, expresó: "se me echa en cara haber fusilado a 39 españoles... pues sólo me queda el sentimiento de que no hubieran sido 39.000". Se retiró del salón visiblemente conmovido, relata un biógrafo y no volvió más a la Cá-

mara. Padecía una enfermedad crónica del hígado, que se agravó y le causó la muerte en la tarde del 6 de mayo de ese año 40.

Rodearon a Santander en su lecho, el Ilustrísimo señor Manuel José Mosquera, sus familiares y amigos. Había contraído matrimonio durante su último período presidencial, con una dama medellinense, doña Sixta Pontón. En el Cementerio Central de Bogotá, una losa de grandes dimensiones, señala al visitante, en el seno mismo de la tierra, el sitio en donde reposan sus despojos.

ZEA, PADRE DE LA GRAN COLOMBIA

De agricultor en las vegas del Aburrá, a Director del Jardín Botánico de Madrid. Profesor de los hijos del Virrey y Subdirector de la Expedición Botánica. Desterrado de la Patria por "travesura de su genio". Perteneció a cuarenta academias de reputación mundial. Confidente y compañero de Bolívar. No esgrimió la espada pero en la cátedra, el periodismo y la tribuna, libró batallas descomunales. Zea es el Vicepresidente de Colombia y el padre de esta República, escribió el Libertador. Una misión diplomática y financiera, entre tempestades. La tumba in-nominada, en la lejana Inglaterra.

EL CINCEL PLASMADOR

Cuando el Gobierno de la República encomendó al escultor santarrosano Marco Tobón Mejía, residente y triunfante en París, la ejecución de una estatua de Francisco Antonio Zea, para la ciudad de Medellín, dióse el artista a febril búsqueda. Quería sorprenderlo, tallarlo en el mármol eterno, en su hora genial, en el supremo trance, en el momento estelar de su larga y zarandea-da existencia. Plasmaría acaso al sabio profesor, al naturalista, al académico, al orador, al periodista, al político ostentoso de la corte de José Bonaparte, al compañero de Bolívar, al presidente del Congreso de Angostura, al vicepresidente de

Colombia la grande, al debatido financista y diplomático, al amargado soñador de los últimos días? Ciertamente, nó. En el instante de votar la ley de creación de la Gran Colombia, el 17 de diciembre de 1819, Zea se irguió solemnemente, oprimió contra el pecho los pliegos y pronunció estas palabras, modelo de austera majestad: "La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!". Y Tobón Mejía lo representó así. Vestido de rigurosa etiqueta, un abrigo desabrochado que le llega hasta las rodillas, cubre su heroica complexión. Ondulada y fértil la melena, el rostro anguloso y magro, hondos y vivaces los ojos, el perfil de aguilucho en acecho. Apoya la mano izquierda sobre firme basamento, mientras la diestra, en flexión sella aquellas palabras que repiten y repetirán los siglos.

DE LA VILLA DE LA CANDELARIA A POPAYAN

En la Villa incipiente de la Candelaria de Medellín, que no alcanzaba al millar de habitantes; que contaba con humilde escuela de enseñanza elemental, de techo pajizo; que carecía de los mínimos recursos económicos y de salubridad apetecibles, nació en 1766 el prócer Zea. Sus padres, de rancio tronco familiar, don Pedro Rodríguez de Zea y doña Rosalía Díaz, descargaron sobre el inocente, en la pila bautismal, tan largo y rebuscado nombre, que venía a decir: Juan Francisco Antonio Hilarión Rodríguez Díaz. Sabe Dios por qué, un hombre que estaba destinado como dice don Marco Fidel Suárez a "ser una de las más altas glorias de la Patria", descartó tan embarazosa denominación, suprimió el apellido Rodríguez y se llamó simplemente Francisco Anto-

nio Zea, o Zea a secas, según se desprende de numerosos autógrafos suyos.

A la edad de 16 años, seguramente en la misma comitiva en que viajaba su ilustre pariente y eximio profesor, doctor José Félix de Restrepo, pasó al Real Colegio Seminario de Popayán, reputado como el alma mater de la cultura en el sur, rectorado entonces por el doctor Mariano Grijalba, ecuatoriano benemérito que con Mutis y los demás que aquí esparcieron luces, figura en la nómina de los fautores de nuestra libertad. A la vez que siguió cursos de Latín, Teología Dogmática, Gramática y Ciencias Naturales y Exactas, tuvo ocasión de alternar con quienes, años más tarde, fueron varones consulares de la Patria: Torres, Caldas, Ulloa, Joaquín Cayzedo y Cuero, Miguel y José María Cabal, entre otros.

DE LA PENURIA AL ESPLENDOR

En 1786 decidió cursar Derecho y se trasladó al Colegio de San Bartolomé, de la capital. Debió soportar tan angustiosa penuria que careció del lecho para dormir y fue despedido por insolvente, para sufragar las pensiones de estudio. A esto se agregaron las agrias reprimendas paternas, no tanto por la conducta disipada, que le decía observar, sino por el empeño en esquivar la carrera sacerdotal que la familia intentaba imponerle. Un generoso medellinense, don Gabriel Muñoz, le sirvió de mecenas. Dedicóse entonces, con el respiro económico suficiente, a las más recias y constantes disciplinas del espíritu. Con el vestido de sencillez franciscana, desarreglada y rebelde la melena, solía pasearse complacido, recuerdan sus condiscípulos, recitando versos de clásicos latinos o suyos. Y veían dibujarse la sonrisa en sus delgados y comprimidos labios, cuando decía el último dístico. Aprobados con éxito

los dos primeros años de jurisprudencia, hizo triunfal oposición a la cátedra de gramática y tal fue el concepto que adquirió como profesor sabio y eficaz, que el Virrey Ezpeleta le confió la educación de sus hijos y lo nombró Subdirector de la Expedición Botánica, en reemplazo del presbítero Eloy Valenzuela, por autorizada recomendación del mismo Mutis.

LAS TRAVESURAS DE SU GENIO

En el Papel Periódico de Santafé de Bogotá, fundado por don Manuel del Socorro Rodríguez, bajo el título de "Los avisos de Hebéfilo", el señor Zea lanzó una formidable requisitoria contra los desuetos métodos didácticos, la anticuada orientación pedagógica vigente y la falta de tacto en la selección de los educadores. Calificaba de "pueriles sutilezas, de antiguallas", cuanto se presentaba a las mentes estudiosas y abogaba por el aprendizaje de las artes, la economía y la industria, la agricultura, la política, las ciencias naturales y exactas, y la filosofía a la que llamaba "madre de cuanto bueno hay en la tierra". Todas estas intranquilidades e inquietudes en el estado social y cultural del virreinato, concluye Botero Saldarriaga, preludiaban la aproximación de un nuevo clima histórico, el que encontraba a Zea entre los máximos agitadores del pensamiento y de la acción culturales más avanzados en tan solemne momento transformador.

Por contera, Zea figuraba entre los primeros, en la lista de los contertulios del Casino Literario, pillada a su animador don Antonio Nariño, a raíz del sonado proceso de Los Derechos del Hombre y de la Guerra de los Pasquines. En la causa abierta por pesquisa de sublevación, se dispuso que "se asegurase inmediatamente la persona de don Francisco Antonio Zea, quien se ha-

llaba en Fusagasugá (Centro de Investigaciones de la Expedición Botánica), reconociéndose sus papeles y libros, embargándole sus bienes y remitiéndolo a la capital". Del sumario se siguió que "el quinto reo es don Francisco Antonio Zea, natural de Medellín, que ha sido enviado no tanto por lo que resulta contra él, cuanto por la travesura de su genio y considerar que no era conveniente su residencia allí". Optaron las autoridades santafereñas, por remitir a los procesados a la Corte. Y azoradas por nuevos pasquines que pedían su libertad, aliñados esta vez con amenazas de muerte, aceleraron la partida hacia Cartagena, rumbo a la lejana Península.

DE PRESIDARIO A HOMBRE FAMOSO

Cuál sería la sorpresa de Zea y de sus nueve compañeros de exilio, confinados precisamente por su adhesión a los principios de libertad promulgados por Francia, cuando al llegar al puerto de Cádiz vieron lucir sobre las casacas de sus habitantes, en sombreros y escarapelas, portados por las damas, las insignias y los colores de la Revolución. Sin embargo, se les retuvo por tres años y luego se les dio la ciudad por prisión. Trasladada la causa al Ministerio de Estado, en 1799, con el visto bueno del Rey, obtuvieron la libertad. Zea se trasladó a Madrid y gestionó su regreso al país. No se le permitió, pero en cambio fue enviado a una misión científica a París, con cartas de entrada a los más avanzados focos de la cultura. En la capital francesa, al lado de una intensa tarea mental, Zea atizó su fuego republicano, al calor de la amistad con don Francisco de Miranda, el precursor de los precursores, de prestigio avasallador, aureolado por aquellos días de estela legendaria.

De regreso a Madrid, de nuevo intentó, sin resultados, su repatriación. Pasó a Cádiz, antesala de los viajeros que llegaban de América y por lo tanto, el tablado más propicio para sus relaciones y maquinaciones subversivas. En 1803 contrajo matrimonio con doña Felipa Meilhon, de la flor y nata gaditana, descendiente de padres franceses. De las dos hijas de Zea, sobrevivió una, del mismo nombre, de la madre, a quien el prócer quiso casar con el general Santander. Zea llevó a la tumba esa ilusión y más tarde aquella hija "prodigio de hermosura y habilidad", fue la Vizcondesa de Rigny, esposa del Vizconde del mismo título.

En 1804, a la muerte del sabio profesor Antonio José Cavanillas, Director del Jardín Botánico de Madrid, Zea fue nombrado para sucederlo. Al inaugurar la cátedra de Botánica, adscrita a tan honroso cargo, el ilustre antioqueño pronunció su memorable discurso sobre "El mérito y la utilidad de la Botánica", tildado por Suárez de "la más perfecta acaso de sus obras literarias".

EN LA CORTE DE JOSE BONAPARTE

El matrero golpe de Napoleón contra España, en 1808, interrumpió las tareas científicas de Zea. Su reputación y su índole de americano, fueron pasaporte para ingresar a la junta de notables, de los llamados "afrancesados", que en Bayona firmaron la constitución de la monarquía, a favor de José Bonaparte. Zea, afirma el venezolano, doctor Andrés Level Goda, "llegó a creer que Bonaparte dominaría a España, por cuya razón se dedicó a servirle con esmero en favor de la nueva monarquía. Pero ese fue un error en que cayeron casi todos los hombres más grandes de su Nación". El desastre del ejército francés, ante el

empuje del pueblo hispánico que anhelaba reconquistar sus fueros, obligó a Zea a ocultarse en un paraje español, durante varios días. Condenado a muerte como traidor a la causa de Fernando VII y confiscados sus bienes y los de su padre, por las autoridades de la Provincia de Antioquia, salvó la frontera y se refugió en París, con su esposa y su hija. Acogidas éstas en el humanitario hogar del sabio Bonpland, huyó a Inglaterra. En Londres, centro predilecto de los sediciosos de América, jugó la carta definitiva, la que lo encumbró a la órbita gloriosa de los héroes: embarcarse hacia su Patria y servirle, con la mente y el brazo, en las propias arenas del combate.

CONFIDENTE Y COMPAÑERO DE BOLIVAR

En 1815, Zea se dirigió a Las Antillas. De Santo Domingo pasó a Haití en donde se hallaba Bolívar, luego de su voluntario destierro en Jamaica. Fue allí en donde se conocieron y cuando ambos, según Botero Saldarriaga, "se empeñaron en un común esfuerzo por la emancipación de sus pueblos, impulsados por un mismo sentimiento de libertad humana". Con los auxilios proporcionados por el magnánimo presidente de la isla, Alejandro Petión, Bolívar inició la Expedición de los Cayos. La realidad era abrumadoramente grave: Cartagena había caído bajo la coyunda de Morillo y las columnas invasoras, en fatal cerco, sujetaban la expirante República, a sangre y a fuego. Bolívar nombró a Zea, en febrero del 16, Intendente de Hacienda de los Estados de la Confederación de Nueva Granada y Venezuela, con orden de abordar una de las embarcaciones. He aquí, dice el biógrafo, al Intendente del ejército revolucionario, don Francisco Antonio Zea, en

constante movimiento y acción guerrera, navegando en los gloriosos buques libertadores, recorriendo el litoral venezolano en busca de mayores y más peligrosas aventuras bélicas. Pero el plan de Bolívar era más audaz: se proponía conducir sus tropas hasta la entraña misma de su Patria. Caracas!, fue entonces su grito de combate y continuó siéndolo por mucho tiempo después. A Caracas! A Caracas! Pero la desgracia perseguía al Libertador en este trance, apunta el historiador José Manuel Restrepo. Acometía sus empresas sin medios ni recursos necesarios, en la obsesión de ocupar a Caracas.

LA GRAN COLOMBIA

Tras la lucha infructuosa en las Antillas, Bolívar concretó así, el nuevo plan de acción: 1º Reunión de un Congreso Nacional en la Guayana, provincia que estaba en poder de los patriotas y que era su base de operaciones; 2º Constitución de la Gran Colombia y expedición de su Carta fundamental. Para llevarlo a cabo, requería de un órgano de publicidad que llevase a las conciencias tan ambiciosos prospectos. A mediados de 1818, empezó a circular El Correo del Orinoco, bajo la dirección de Zea. Aquel periódico, con palabras de Suárez, alcanzó su objeto, avivando el patriotismo, dando la crónica de la revolución de las demás colonias hispánicas, y defendiendo, como doctrinario, las ideas que luego fueron leyes o proyectos en el Congreso de Angostura.

El 14 de febrero de 1819 se instaló el Congreso de Angostura, bajo la presidencia de Zea. Tanto Bolívar como Zea, "rehusaron aceptar el bastón de la primera magistratura que cada uno quería depositar en manos del otro". Finalmente, la corporación los designó, presidente y vicepresi-

dente, en su orden. A lo largo de aquel año, pródigo en intrigas, en pequñeces, en ruines pedruscos contra Zea, sesionó el Congreso. Consolidada la libertad de la Nueva Granada en el campo glorioso de Boyacá, Bolívar partió hacia Venezuela. Llegó a Angostura a comienzos de diciembre y se entregó, en asocio de Zea y de otros miembros de la representación, a los preparativos de la sesión magna. Esta tuvo lugar el día 17. La República de Colombia, saludada por Zea con la sentencia lapidaria que citamos atrás, quedó constituida por tres departamentos: Venezuela, capital Caracas, Cundinamarca, capital Bogotá, sin el Santafé tradicional, y Quito, capital Quito. Bolívar fue aclamado presidente de la República y Zea Vicepresidente. Cada departamento estaría gobernado por un Vicepresidente, así: Cundinamarca, por Santander; Venezuela, por Juan Germán Roscio. Para Quito no se escogió, por estar aún en garras de los realistas. A Bolívar se le llamaría, desde esé día, para siempre: "Libertador de Colombia, Padre de la Patria, terror de los tiranos". En el fondo, apunta Rafael Maya, Zea fue el verdadero cantor de esa realidad portentosa. Ninguno de los poemas de entonces supera en fuego y arrebató a los discursos del ilustre botánico y diplomático. Zea comprendió claramente la grandeza de la hora que alcanzaba; sintió a Bolívar como ninguno, y llevó en el alma el orgullo de la joven nacionalidad, mitológicamente arrebatada a la noche de la esclavitud.

LA MISION DIPLOMATICA

Seguidamente, Bolívar nombró a Zea, Agente-Extraordinario de Colombia ante los Estados Unidos y Europa, con el fin de procurar el reconocimiento de la República, a la vez que de contratar un empréstito para el cual le dio tan am-

plias atribuciones, que le entregó varios pliegos en blanco, con su firma autógrafa y el escudo de la Nación y que bien podía llenar cuando y como a bien lo tuviera.

Antes de la misión de Zea, la deuda externa de Colombia pasaba de los dos millones y medio y su crédito andaba por el suelo. Como consecuencia de las largas y costosas guerras europeas, los capitales habían caído, casi totalmente, en manos de judíos de Londres, París y Hamburgo. Levantar finanzas, de tales fuentes, necesariamente debería resultar oneroso. Al conocerse en Colombia el convenio de 1820, celebrado en Londres entre los acreedores y nuestro Ministro, empezaron contra éste las más punzantes críticas en la prensa y las más torcidas y malévolas especies, lanzadas por hombres públicos, entre viejos amigos y enemigos. Zea se defendía de sus acreedores, diciéndoles frases de esperanza, en lenguaje deslumbrador: "Colombia pagará cuanto debe, cualesquiera que sean su origen o su importancia. Tiene el poder y la voluntad. Con nosotros la justicia y la riqueza, andan siempre juntas".

Zea había nacido, anota Gómez Restrepo, para ser uno de aquellos príncipes de la India, que dejan desdeñosamente a su paso reguero de diamantes; y era, en cambio, el improvisado diplomático de una nación recién nacida y desolada por la guerra. Nadie dudó nunca de su patriotismo, que lo llevaba a ver a Colombia más grande y rica de lo que era en realidad, ni de su desinterés, pues murió pobre, después de haber tenido millones en sus manos. Cuando se trataba, remata el señor Suárez, de asegurar la vida de la Patria, todo lo demás se miraba como accidental, a la manera que el buen hijo que trata de salvar la vida de su padre no vacila en emplear para

conseguirlo cualquier medio, echando mano aún del sacrificio.

EL VIAJE SIN RETORNO

Por orden del mismo Libertador, fueron revocados los poderes de Zea, en abril de 1821. El Congreso de Cúcuta le notificó, además, que no debería seguir ostentando el título de Vicepresidente de la República, por haber cesado el cargo, desde el día de su instalación. Se encontraba, a la postre, delicado de salud. Y las humillaciones y los desengaños, acabaron de minar su flaca constitución. Jamás pudo venir a defenderse. Debajo de un retrato suyo, que se conserva en el Museo de Zea, en Medellín, se lee esta respuesta, tan amarga, como dolorosa: "Miserables! Olvidan que Colombia era un cadáver y que yo lo cubrí con un manto de oro".

La duquesa de Somerset, de la alta aristocracia inglesa, invitó a Zea a su residencia de Bath, ciudad cercana a Londres y famosa por sus baños termales. Avanzado el año 22, en compañía de su esposa y de su hija, se trasladó a ella. El 28 de noviembre, en su alojamiento del Royal York House Hotel, murió.

Una modesta lápida señaló, hasta cincuenta años después de muerto, el sitio de su reposo definitivo, en la Abadía de San Pedro y San Pablo de la ciudad de Bath. La Patria no intentó, en tanto tiempo, devolver a su tierra las cenizas. Quizá no podrá hacerlo nunca: recubierta la Abadía en pulida losa, desapareció toda huella de identificación. Es el sepulcro innominado de quien un día salió de Colombia, aureolado de grandeza, para morir en el escarnio y descansar lejos de su cielo.

COLOMBIA, HIJA DILECTA DE BOLIVAR

En rica e hidalga cuna nació Bolívar en Caracas el 24 de julio de 1783. Como héroe de la historia de América, dice López de Mesa, nació en Cartagena del Caribe en 1812. Si en las playas colombianas surgió como Libertador, en ellas rindió su última jornada. La inmensa Nación que soñó "se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio". "Colombia, dijo Bolívar, es la palabra sagrada y la palabra mágica de todos los ciudadanos virtuosos". Unamuno lo llamó "hermano de don Quijote". 12 años reposaron los restos en Santa Marta.

LA CASA NATAL

Originariamente el nombre de nuestro Libertador y Padre, sería: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Ochoa de la Rentería de Bolívar y Palacios Blanco. Desde su arribo a América, los opulentos descendientes se apellidaron Bolívar, gentilicio de la puebla de Vizcaya, de donde eran oriundos. Algún devoto genealogista le encontró por su lado de Vasco, de castellano y de andaluz, hasta el abuelo número 36. Y en el remate de tan noble caudal, Bolívar resulta emparentado con don Pelayo, don Alfonso el Sabio y el Rey San Fernando. Por la vena de Palacios y Blanco, le corría el más auténtico criollismo.

Revélase lo vizcaíno suyo, apunta López de Mesa, en algunos rasgos fundamentales de su fisonomía, nariz, cejas y ojos, por ejemplo, y en esa su conformación maciza de la órbita en general, sobre una cara alargada y enjuta. Y lo mestizo en él, lo mezclado, en el rizado de sus cabellos, en la boca, un tanto, en el matiz trigueño del rostro, y más aún, en la dolicocefalia peculiar y pronunciada...

Me permitiréis, benévolos lectores, escribe don Miguel de Unamuno en estupendo ensayo titulado "Don Quijote y Bolívar", "que como vasco que soy por todos treinta y dos costados, me detenga en la vasconía del Libertador. Cuántas veces no me he detenido a contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!... Bolívar fué uno de los más fieles adeptos del quijotismo... Y cuando vuelva yo a hacer otra edición de mi Vida de Don Quijote y Sancho, no os quede duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador... Poesía, sí; ésta es la palabra, poesía, poesía es la que resume de la vida de Bolívar...

Basta recorrer, con la unción que inspira, la Casa Natal del Libertador, en la Plaza de San Jacinto, en Caracas, para advertir la prestancia de aquella estirpe. Desde las paredes, en ricos y envejecidos marcos, miran al espectador los claros varones de su linaje: Caballeros, guerreros, clérigos, escritores, políticos, negociantes, hombres de empresa... Y ese orgullo de criollo aristocrático, dice un panegirista, fue otro de los grandes pilares de su carrera pública... Evidentemente él no podía, por vanidad y temperamento, seguir a otro, obedecer a otro, adjetivar en nadie la gloria capital de sus empresas...

EL HEROE NACIO EN CARTAGENA

Simón Bolívar, en cuanto héroe de la historia de América, dice el profesor López de Mesa, nació en Cartagena del Caribe en 1812. No son la combatividad y el valor los que hacen al héroe, que tales vense en seres inferiores... Es la decisión moral para el sacrificio consciente, maridada a una empresa eximiamente noble. Y esto es lo que ya surge evidente en el Bolívar de 1812, cuando redacta su Manifiesto de Cartagena, en que asume la misión libertadora con meridiana lucidez de estratego y de sociólogo. Allí nace el héroe infrangible, indisminuible, invicto, sin posible descuento de errores ni fracasos. Luego vendrá el guerrero de la incierta fortuna, vencido casi siempre en los rudos campos de batalla, vencedor siempre en la tenacidad y en el espíritu, "Libertador" al fin y "Padre" de naciones..

En oportunidades diferentes, Bolívar se refirió al comienzo de su carrera, a sus triunfos, iniciados en nuestra Patria, hacia el año 12. Al recibir en 1814 el título de Hijo Benemérito del Estado de Cartagena, con cálida emoción, respondió: "Nada puede serme más lisonjero que verme colocado entre los hijos beneméritos del Estado de Cartagena. Yo recibí de aquel Estado los auxilios que me pusieron en aptitud de libertar a mi Patria. Yo combatí con los bravos cartagineses, cuyo denuedo ayudó constantemente mis esfuerzos. Si he tenido la gloria de romper las cadenas de mi país esclavizado, lo debo principalmente al acogimiento favorable y a los generosos sacrificios que merecí del Estado de Cartagena. Estos jamás se borrarán de mi memoria..."

Pero las frases más elocuentes, fueron pronunciadas por el Libertador a 28 de julio de 1827, desde el Cuartel General en Turbaco. Con inmen-

so sentido histórico, el heroico pueblo de Cartagena las recogió, para perpetuarlas al pie de la estatua que se alza en el parque de Bolívar, frente al adusto edificio de la Inquisición. “Cartageneros: La recepción que me habéis hecho ha colmado mi corazón de gozo. Vuestras benevolencias se han excedido en demostraciones del más puro amor para conmigo: yo no esperaba tanto porque no me debéis nada, cuando por el contrario os debo todo. Si Caracas me dio vida, vosotros me disteis gloria: con vosotros comencé la libertad de Colombia; el valor de Cartagena y Mompox me abrió las puertas de Venezuela el año de 12... Vuestra fuerte ciudad ha salvado la Patria; vosotros sois sus libertadores; algún día Colombia os dirá: Salve Cartagena Redentora!

COLOMBIA, EL SUEÑO DE BOLIVAR

Se ha atribuído al Precursor de los Precursores, don Francisco de Miranda, el haber ideado no solamente el tricolor flamante que desde los días de la Independencia es símbolo de los países libertados por Bolívar, sino la eufónica palabra “Colombia”. En todo caso, cancelada la deuda de gratitud con el insigne compatriota de Bolívar, lo cierto es que este vocablo cobró fuerza, sonó con inmortales acentos, se afianzó en la conciencia de las naciones, por boca del Libertador. En la Carta de Jamaica de 1815, llamada también Carta Profética y tenida por la mejor, entre sus obras escritas, Bolívar, al decir de Fernando González, “soñó para diez siglos”. Luego de trazar el cuadro general de los países americanos con sus posibilidades, sus proyecciones en el futuro, sus luchas y esperanzas; después de penetrar en el arcano de las edades para predecir, con genial intuición, los rumbos y destinos, anotó: “La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a con-

venirse en formar una república central... Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio... Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará un estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso por sus grandes recursos de todo género...

Arrebatado de entusiasmo, al inaugurar el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, Bolívar volvió sobre Colombia, y dijo: "Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio de la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de oro y plata; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el Trono de la Libertad, empuñando el cetro de la Justicia, coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno...

Abundan en la extensa literatura bolivariana, las citas, las alusiones, los elogios a Colombia, su hija dilecta. En carta de 1826 a don Cristóbal Mendoza, escribe: "Tenemos un pabellón que ha sido testigo de nuestras glorias y de nuestras calamidades. Colombia es la palabra sagrada y la palabra mágica de todos los ciudadanos virtuosos". Al doctor José Manuel Restrepo, en carta de 1820, le anota: "Usted quiere distinguirme y manifestarme el gozo que ha sentido con la creación de Colombia. A la verdad nada es más justo que celebrar una obra que nos honrará perpetuamente". "La existencia de Colombia, notificaba al rey Fernando VII en 1821, es necesaria, señor, al reposo de V. M. y a la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda Patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria, no vendrán a arrancar los de la fuerza". A don Pablo Morillo, luego de su repatriación, le solicita que abogue por los intereses de la Nación, así "He sabido con mucha satisfacción que usted ha logrado al fin volver a su querida Patria a gozar del placer vivo y puro de ver otra vez el suelo nativo y la familia querida... le ruego acoja con indulgencia los clamores de Colombia por su existencia política. S.M. el Rey debe ver en la expresión de mis sentimientos el fondo de mi corazón".

LOS NOMBRES DE LA PATRIA

Constituye para nuestro país un positivo orgullo, llamarse con el claro y sonoro nombre de Colombia. El nos acerca, más que a ninguno otro, a la vida y la obra del Genio de América. Su implantación definitiva, por mandato de la Cons-

titución de 1886, debió seguir largo curso, de obligado y elemental conocimiento: Jiménez de Quesada, el Conquistador-fundador, llamó a nuestra Patria Nuevo Reino de Granada. Este nombre subsistió, con algunas variaciones, hasta 1863, con excepción del período de 1819 a 1831, en que el territorio se denominó Cundinamarca y fue uno de los tres Departamentos integrantes de la Gran Colombia, creada en el Congreso de Angostura en 1819. Muerto el Libertador, se desvaneció su magno sueño grancolombiano y separados los antiguos Departamentos, el nuestro recogió, entre 1832 y 1858, el viejo rótulo de Nueva Granada. En 1858, bajo el gobierno de don Mariano Ospina Rodríguez, tomó el de Confederación Granadina. Al entrar triunfante a Bogotá el General Tomás Cipriano de Mosquera, en 1861, se declaró presidente provisorio de la Nación, con el nombre de Estados Unidos de Nueva Granada. La Constitución de 1863, sancionada en Rionegro, lo cambió por el de Estados Unidos de Colombia. Finalmente, en el año 86, se dispuso que la Patria se llama se simplemente, República de Colombia.

EL ULTIMO ASILO

Arruinado económicamente, quebrantada su salud, desengañado, el Libertador pensaba dirigirse a Europa. Los ingleses, había dicho, no nos dejarán morir de hambre. Póngame usted bueno, le pedía al doctor Reverend, y nos iremos a París. La mañana del 8 de mayo de 1830, escribe Bernardo Arias Trujillo, fue singularmente glacial. Caía sobre Bogotá una garúa tenaz que calaba los huesos de los transeúntes que se atrevían a cruzar las calles. Gasas de neblina gris amortajaban los tejados lívidos. Bolívar, a eso de las siete, salió con no más de cuatro amigos de su casa, y con este pobre séquito cruzó la Pla-

za de la Constitución, que hoy lleva su nombre vasco y sonoro. Iba don Simón Bolívar montado en una mula orejona de la sabana, cubría su cabeza con una corroasca pastusa de anchas alas, y su cuerpo enfermizo y apesadumbrado, con una bella ruana del país, leal, tibia, acogedora, criollita, y sobre todo grata, como ninguno de los cinco millones de mestizos que su sable libertarra. Yo no sé si esas gotas que caen por los canales agudos de su faz angulosa son lágrimas o residuos de la lluvia pequeñita que está cayendo, solo sé que él lleva fiebre, que va triste y derrotado, que llora interiormente el fracaso de su obra, y que va camino del destierro voluntario, antes que otros puñales asesinos fulguren sobre sus sienes tempranamente platinadas por el tedio....

A fines de junio, llegó a Cartagena. Fue necesario llevarlo a Barranquilla en donde pasó los meses de octubre y noviembre. Y de allí a Santa Marta, el asilo final. Encontrábase tan desfallecido y postrado, que fue menester conducirlo a tierra en una silla de brazos. Un castizo español, agrega Arias Trujillo, don Joaquín de Mier, súbdito del país que Bolívar combatió veinte años, le ofreció una quinta cercana, con clima aparente para curar sus males. Irrisión esta y congoja grande, recibir dones de quien fue adversario, y paradoja de dolor saberse acogido con cariño por un caballero hijo de enemigo país, cuando sus compatriotas le cerraban sus casas con estrépito y le pagaban con denarios de infamia sus hazañas libertadoras...

Cabe a nuestra Patria el grato honor de haber rodeado los últimos días de Bolívar, de vivas expresiones de respeto y de reconocimiento. A su salida de Bogotá, se le presentó una manifestación firmada por el vicepresidente Domin-

go Caicedo, el Arzobispo, Ilustrísimo señor Fernando Caicedo y Flórez, los Ministros del Despacho y otras personas importantes de la capital. Luego de detallar los eminentes servicios prestados a la Patria, prometían dar siempre pruebas inequívocas de adhesión y de enseñar a sus hijos "a pronunciar vuestro nombre con tiernas emociones de admiración y de agradecimiento". Pocas cosas sacuden el ánimo, tan fuertemente, en la Quinta de San Pedro Alejandrino, como la lectura, en bellos caracteres plasmados en el mármol, del Decreto firmado por el Congreso a 9 de mayo de 1830: "El Congreso Constituyente, considerando: Que el Libertador Simón Bolívar, no sólo ha dado existencia y vida a Colombia con sus incesantes e inauditos esfuerzos, sino que ha excitado la admiración del universo por sus proezas y eminentes servicios a la causa americana... Decreta: En cualquier lugar de la República que habite el Libertador Simón Bolívar, será tratado siempre con el respeto y la consideración debidos al primero y mejor ciudadano de Colombia....

12 años estuvo sepultado Bolívar en la Catedral de Santa Marta. En noviembre de 1842, los restos zarparon hacia Venezuela, en cumplimiento de una inviolable disposición de su testamento. Por gesto fraternal de la comisión repatriadora, quedaron en una urna, en la misma Catedral, el corazón y las entrañas de Bolívar. El incomparable escultor Pietro Tenerani labró un monumento similar al del Panteón de Caracas, destinado a venerar las inapreciables reliquias. Lamentablemente, aquella urna desapareció, en tanto que el monumento corría igual suerte: el barco Cuaspud que lo traía a Colombia, naufragó frente a las costas venezolanas. Al lamentar la pérdida del corazón y de las entrañas del Libertador, Arias Trujillo concluye: "Desde estas pla-

yas pacíficas, sólo cabe a cada colombiano, mordido por el remordimiento, suplicar al océano lágrimas suficientes para lamentar nuestra conducta, con los versos serenos de Góngora:

Dexadme llorar,
orillas del mar...”

PAEZ, EL CENTAURO DE LOS LLANOS

Páez fue el héroe americano más fabuloso de cuantos surgieron en la guerra de Independencia. Si no se conservasen tantos documentos, sus hazañas y ardidés, andando el tiempo, parecerían leyendas mitológicas. A vengar mi caballo!, gritó en la Mata de la Miel y se trajo 3.345, luego de derribar a sus jinetes a lanzazos. De Las Queseras del Medio dijo el Libertador que era "la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones". A vengar mi Negro Primero, rugió en Carabobo, y con sus 600 llaneros, rompió el ejército español.

UNA DILATADA FAMA

En prosa sonora y rica, que sirvió de prólogo a la Autobiografía del general Páez, el prócer y mártir de la independencia cubana, José Martí, nos ha relatado el cálido homenaje que el pueblo de los Estados Unidos rindió a las cenizas del León de Apure, camino de su patria venezolana. Fue un homenaje, dice, digno del que, sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejércitos que sus llaneros, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria. En parada solemne fue escoltado el cadáver por las calles más nobles de Nueva York, desde el cuartel del regi-

miento de Milicias al muelle donde, al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe. Abría la parada la policía a caballo: la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a un lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria; la milicia con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos, con las mangas vacías prendidas al pecho. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galoneados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del salvaje para ganar, en defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas": Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de 20 años en Nueva York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero.

83 AÑOS A CUESTAS

Parece increíble que este hombre, envuelto desde la más temprana mocedad en líos de espada y de bala, protagonista de lances temerarios,

peleador de incontables batallas, hubiese llegado a serena ancianidad, en sus cabales físicos y mentales. Nací el 13 de junio de 1790, nos refiere en su Autobiografía, escrita en Nueva York, en una muy modesta casita, a orillas del riachuelo Curpa, cerca del pueblo de Acarigua, Cantón de Araure, provincia de Barinas, en Venezuela. En la iglesia parroquial de aquel pueblo recibí las aguas del bautismo. Juan Victorio Páez y María Violante Herrera fueron mis padres, habiéndome tocado ser el penúltimo de sus hijos y el sólo que vive de los ocho hermanos que éramos. Nuestra fortuna era escasisísima. Mi padre servía de empleado al Gobierno Colonial, en el ramo del estanco del tabaco. Tenía yo ocho años cuando mi madre me mandó a la escuela de la señora Gregoria Díaz, en el pueblo de Guama, y allí aprendí los rudimentos de una enseñanza demasiado circunscrita. Enseñaba a leer mal, la doctrina cristiana, que a fuerza de azotes se les hacía aprender a los muchachos, y cuando más a formar palotes según el método del profesor Palomares. Mi cuñado Bernardo Fernández me sacó de la escuela para llevarme a su tienda de mercería o bodega, en donde me enseñó a detallar víveres, ocupando las horas de la mañana y de la tarde en sembrar cacao.

A los 17 años, Páez sirvió como peón en un hato de los Llanos. Unos salteadores le salieron, cuando portaba una suma de dinero. El que parecía jefe, nos dice, se adelantaba hacia mí, en una mano un machete y en la otra el garrote. Sin titubear disparé el tiro. Creyendo haber errado, y que el mal hombre se me vendría luego a las manos, desenvainé la espada y me arrojé sobre él para ponerle fuera de combate. Ciego de cólera, y no pensando sino en mi propia salvación, corrí entonces con la espada desnuda sobre los demás

ladrones; mas estos no aguardaron y echaron a huir....

Este género de vida le dio bravura extraordinaria, dice uno de sus biógrafos, audacia incomparable, cariño extremado por sus pampas y decisión a la aventura de peligros y de azar. Todo ello le granjeó el dominio absoluto que ejerció después sobre los llaneros. En 1810 empezó a servir en las filas republicanas y dos años más tarde dejó el servicio, a causa de la reconquista de Venezuela; en 1814 comenzó en los llanos de Apure la serie de combates y triunfos, hasta Carabobo en donde obtuvo el grado de General en Jefe. Disuelta la Gran Colombia, a la muerte del Libertador, Páez dirigió varias veces los destinos de Venezuela. Fatigado, perseguido, desengañado, buscó asilo en los Estados Unidos y murió en Nueva York, en 1873.

En 1888 sus huesos fueron repatriados y depositados en el Panteón Nacional de Caracas. Desde hace años, el Gobierno de aquel país dispuso la erección de un monumento, digno de quien quiso llamarse "el más amante de sus hijos". No se ha cumplido. No podemos olvidar, al recorrer aquel santuario de la libertad, el doloroso contraste entre los mausoleos de Miranda, de Sucre, de Urdaneta, entre otros, verdaderas obras maestras, de clásica y serena majestad, con la pequeña lápida, endosada al suelo y que dice: "General José Antonio Páez".

A VENGAR MI CABALLO!

En la batalla de La Mata de la Miel, en los Llanos, a comienzos de 1816, se reveló el genio estratégico e invencible de Páez. Alarmado con la noticia de que por allí andaba el enemigo, nos dice, apuré el andar, dí orden de redoblar la mar-

cha y me adelanté hasta encontrar la descubierta que estaba detenida, observando una gran nube de polvo que se alzaba en el sitio llamado La Mata de la Miel. Tal era la primera noticia que tenía de los españoles. Muy en breve me persuadí de que era un ejército que se dirigía contra nosotros y resolví acercármele, para imponerme de su calidad y número. Como a 600 varas del ejército estaba formada la descubierta enemiga, compuesta de 30 hombres. El oficial que la mandaba y yo principiamos desafortadamente a decirnos baladronadas, desafiándole yo a un combate singular, eso con tal ardor, que sin advertirlo me fuí acercando más de lo que convenía a mi seguridad personal; él mandó hacer fuego, y una bala acertó a herir mi caballo mortalmente, entrándole por un ojo. Cayó el hermoso animal, cogiéndome una pierna debajo de su cuerpo, y con gran dificultad pude desembarazarme. Tomando entonces el caballo de uno de mis dragones, me reuní con mis tropas, a quienes les dirigí la más estupenda proclama que jamás ocurrió a general alguno: Compañeros, les dije, me han matado mi caballo y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré sólo a perecer entre las filas enemigas. Todos contestaron: Sí; lo vengaremos!

Caía la noche, cuando se libró la lucha. Tal fue la batalla de La Mata de la Miel en que los españoles tuvieron 400 muertos, 500 prisioneros, fuera de 3.345 caballos y gran número de lanzas y fusiles, que cayeron en poder de Páez.

LAS QUESERAS DEL MEDIO

Todos los historiadores ponderan la acción de Las Queseras del Medio como el episodio magno, en la vida militar de Páez. Se libró el 3 de abril

de 1819, en presencia, de un lado, de don Pablo Morillo y del otro, del Libertador Bolívar. En verdad, constituyó el primer peldaño de la campaña que nos dio la libertad. El 1º de abril, salió Páez con 19 compañeros, al encuentro de Morillo quien, al divisarlo, lanzó sobre su pelotón, toda la caballería. Yo dividí mi gente, dice el jefe llanero, en dos pequeñas secciones e hice que Aramendi, encargado de una de ellas; diera frente, avanzara, se retirara, y sin cesar le hostigase, apoyándolo yo al mismo tiempo con el resto de mi gente. Suspendieron los realistas el ataque, con pérdida de algunos jinetes. Bien se comprenderá, recuerda Páez con aguda ironía, que el general español no me perdonara aquella mala pasada que yo le había jugado en sus mismas barbas y que estuviera deseoso de hacérmela pagar con usura. No era yo mala presa para él.

Envalentonado el general Páez y sabedor de las intenciones de Morillo, solicitó a Bolívar licencia para cruzar el río con algunos soldados, con el fin de atraer a los realistas a sus propios terrenos. Mientras tanto, el Libertador emboscaría en las orillas las compañías de granaderos y cazadores, con toda su artillería, de modo que cuando tuviesen al enemigo en el punto citado, Páez cargaría de frente, al mismo tiempo que las fuerzas emboscadas, entrarían a la refriega. Accedió Bolívar y Páez, con 150 llaneros, pasó el río y llegó a los campamentos del adversario. Con frecuentes cargas y retiradas, lo fueron entreteniéndolo hasta situarlo en el escenario convenido. Desatado el combate, Rondón con 20 hombres cargó a viva lanza "con la rapidez del rayo". Al ver que las dos secciones de caballería no formaban más que una masa, mandé a mi gente, cuenta Páez, volver riendas y acometer con el brío y coraje con que sabían hacerlo en los momentos

más desesperados. Entonces la lanza, arma de los héroes de la antigüedad, en manos de mis 150 hombres, hizo no menos estragos de los que produjera en aquellos tiempos que cantó Homero.

Allí está Páez, escribe Martí, de cuerpo entero, en las Queseras del Medio, con sus 150 héroes, rebanando enemigos, cerrándolos como en el rodeo, aguijoneando con la lanza, como a ganado perezoso, a las hordas fatídicas de Morales. Pasa el río, se les va encima; los llama a pelear, les pica el belfo de los caballos; finge que huye; se trae a las ancas toda la caballería. "Vuelvan caras", dice, y con poco más de cien, a la luz del sol, que volvió a parar su curso para ver la maravilla, clavó contra la selva a 6.000 mercenarios, revueltos en el polvo, arrastrados por sus cabalgaduras, aplastados por sus cañones, caídos sobre sus propios hierros, muertos antes por el pavor que por la lanza.

"Soldados! —escribió Bolívar en aquella fecha—. Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que pueda celebrar la historia militar de las naciones. 150 hombres, mejor diré 150 héroes, guiados por el impertérito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los 150 compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a este ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción. Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y con-

tad con la victoria, que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas”.

“Cuartel General en los Potreritos Marrareños, a 3 de abril de 1819”.

A VENGAR AL NEGRO PRIMERO!

A vengar a mi negro Camejo!, dijo en Carabobo, recuerda Martí; carga con sus 600, gana la rienda y rompe al enemigo, vuelve con todas “las lanzas coloradas” y es libre la América.

En la pampa de Carabobo, a poca distancia de Valencia, a 24 de junio de 1821, se libró la batalla del mismo nombre, que selló la libertad de Venezuela. El ejército patriota a órdenes de Bolívar y de Páez, contaba con 4.000 infantes y 2.500 soldados de caballería; el español, comandado por don Miguel Latorre, sumaba 2.500 soldados de infantería y 1.500 de caballería. En esta ocasión estuve yo a pique de no sobrevivir a la victoria, recuerda Páez en su citada Autobiografía, pues habiendo sido acometido repentinamente de aquel terrible ataque que me privaba del sentido (Páez sufría epilepsia), me quedé en el ardor de la carga entre un tropel de enemigos, y tal vez hubiera sido muerto, si el comandante Antonio Martínez, de la caballería de Morales, no me hubiera sacado de aquel lugar. Al tiempo que yo recobraba el sentido se me reunió Bolívar, y en medio de vítores me ofreció en nombre del Congreso, el grado de General en Jefe. “Solamente la división de Páez, compuesta de dos batallones de infantería y 1.500 jinetes, aseguró el Libertador, de los cuales pudieron combatir muy pocos, bastaron para derrotar el ejército español en tres cuartos de hora. Si todo el ejército independiente hubiera podido obrar en aquella célebre jornada, apenas abrían escapado algunos enemi-

gos. Sellóse en Carabobo la independencia de Colombia. El valor indomable, la actividad e intrepidez del general Páez, contribuyeron sobre manera a la consumación del triunfo espléndido”.

PROEZAS QUE PARECEN FABULAS

Numerosos incidentes de la vida guerrera del general Páez, relatados por él o por sus contemporáneos, pasan al campo de lo fabuloso. Los siguientes son muestras, dentro de aquel rimero descomunal:

El Pacificador Morillo, aprovechando las nieblas de la noche, se dispone a cercarlo. Páez ata cueros secos a la cola de cuatro caballos, y a la vez que echa al aire un tiroteo, lanza a los brutos sobre el campo español, que presa del pánico ante unas fuerzas que adivina invencibles; levanta tiendas.

Extenuada la caballería patriota, sobrevino la noche. Páez y los suyos, para evitar ser sorprendidos en la oscuridad, se hundieron en un estero, hasta la cabeza. A no haber ejecutado aquella operación, recuerda el general, nos habrían caído encima los mil hombres de Torrellas que anduvieron buscándonos toda la noche. Quién habría de pensar que estábamos metidos en el agua?

A Puerto Cabello lo asalta de noche a caballo por el mar, y lo toma.

Es sorprendente la fuerza que la naturaleza ha concedido al general Páez, anota un oficial de la Legión Británica. En cualquier ocasión y por mero pasatiempo, mientras sus tropas están cogiendo ganado salvaje con el lazo, él señala un toro entre toda la manada, y persiguiéndolo en su caballo a carrera tendida, le coge por el rabo, y dando a este una vuelta repentina, derriba al animal sobre uno de sus costados. Si en sus excur-

siones tropieza con un tigre o puerco montés, inmediatamente lo atraviesa con la lanza. Se sabe que ha hecho morder el polvo con su brazo a 30 o a 40 hombres en un solo encuentro, y él es, sin disputa, la primera lanza del mundo.

Jamás podrán nuestros hijos, recordaba el general Páez en su apacible retiro de Nueva York, ni aún imaginar tan sólo a qué precio se compró la independencia. Pero aquellos tiempos trajeron a aquellos hombres, que si tenían cuerpo de hierro, no llevaban el alma menos templada. Nada nos quedaba entonces, sino la esperanza y una resolución indomable, superior a todas las calamidades y desgracias reunidas. La esperanza nos alimentaba; nuestra resolución sirvió de base para levantar de nuevo el altar santo de la Patria.

EL PASO DE LOS ANDES

El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad, anunció Bolívar a los granadinos. Entre cinco caminos para llegar a Santafé, el Libertador escogió a Pisba. Por donde pasa una cabra, puede pasar un ejército, se dijo. El paso de la formidable barrera de los Andes, es el episodio más sorprendente de la historia militar del mundo, expresó el general francés Mangin. Fue cuando ese hombre (Bolívar), se hizo superior a todos los hombres, exclamó Santander.

UN AMBIENTE DE ANGUSTIA HEROICA

En el elegante Comedor de la Quinta de Bolívar en Bogotá, se conserva un óleo de dimensiones heroicas, ejecutado por el pintor y escultor yarumaleño Francisco Antonio Cano: "El Páramo de Pisba". En lo más cerril de los Andes, mientras la vanguardia sigue la marcha, pesadamente, dos soldados acuden a auxiliar a un compañero, abatido por los rigores del clima y por la dureza de aquel tránsito insufrible. Tendido en la tierra, apagada la pupila, los pantalones a la rodilla, liviana y ceñida la camisa, se lleva la diestra al bajo vientre, mientras la izquierda se tiende, firme y tiesa. El Libertador se aproxima. En los ojos espantados del que trata de reincorporarlo, se adivina la cortante verdad: está muer-

to! En primer plano, se roba el ojo del observador, la estampa de Bolívar, arrebujado en abrigo oscuro, en altas botas de cuero, la cabeza descubierta y azotada por la vestisca, solemne y fuerte, rindiendo los honores postreros a aquel héroe anónimo. Esta pintura hizo decir al profesor López de Mesa: "En El Páramo de Pisba, de F.A. Cano, la epopeya de la emancipación surge evocada en un ambiente de angustia heroica, donde el frío escarchado de la nublosa cordillera parece barrer la última esperanza de las huestes libertadoras del Continente americano entre los yerros riscos de la serranía oriental".

UNA CERTERA ESTRATEGIA

Desde el Cuartel General de Angostura, a 15 de agosto de 1818, el Libertador tomó la resolución de libertar a la Nueva Granada. En proclama de esta fecha, publicada en El Correo del Orinoco, dijo, entre otras cosas: "Granadinos: Ya no existe el ejército de Morillo: nuevas expediciones vinieron a reforzarlo, tampoco existen. Más de 20.000 españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. Centenares de combates gloriosos para las armas libertadoras, han probado a la España, que la América tiene tan justos vengadores, como magnánimos defensores... La España que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca a su término... Granadinos! El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas provincias de vuestro territo-

rio, y esta misma vanguardia poderosamente auxiliada, ahogará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad”.

En realidad, la operación estaba calculada con admirable estrategia y garantizaba éxitos cumplidos. Así se lo hizo saber al general José Antonio Páez, en oficio que le dirigió, cuatro días después. Se trataba de la ocasión más propicia para invadir a la Nueva Granada, conforme a los siguientes planes y pronósticos: el General Santander, fuertemente equipado, saldría hacia Casanare a asumir el mando de los escuadrones llaneros y a prepararlos para la lucha; el Pacificador Morillo tenía concentradas sus fuerzas en Venezuela y Sámano en el Nuevo Reino; una marcha sigilosa del ejército republicano, engrosado luego en Los Llanos, destruiría a los realistas en el Virreinato y Morillo quedaría en la alternativa, o de abandonar a Venezuela y acudir a la defensa del Nuevo Reino, o de recogerse en los cuarteles de invierno y dejar perder, en manos de Sámano, tan vastas posesiones.

USTED SOLO, SOLO DEBE SABERLO

Bastaron a Santander pocos meses, para adiestrar una división de 2.000 hombres, entre infantes y caballeros. En estas se presentó el coronel José María Barreiro, Jefe del ejército realista, con numerosas y bien provistas tropas. El prócer cucuteño se propuso hostilizarlo, sin presentarle combate frontal, en el empeño de hacerlo internar en la llanura, terreno inexorablemente fatal para él y los suyos. El español no cayó en estas redes y resolvió tomar posiciones defensivas, en diferentes lugares de la cordillera. Esto ocurría a abril de 1819.

Sabedor Bolívar de esta situación y de cuanto ocurría en el interior del país, resolvió abrir la memorable campaña. Desde el río Apure, a 20 de mayo, le notificó a Santander: "Para ejecutar una operación que medito sobre la Nueva Granada, conviene que reuna usted todas las fuerzas en el punto más cómodo y favorable para entrar al interior inmediatamente que reciba usted las órdenes que le comunicaré, luego que haya formado el plan y combinado los movimientos entre ese cuerpo y los demás que deben cooperar a la empresa... Me limito a indicar a usted el movimiento para que se prepare, y a encargarle con el último encarecimiento el secreto, sin el cual nada podrá hacerse. Usted sólo, sólo debe saberlo".

Tres días después, en una choza arruinada de la Aldea de Setenta, a orillas del Apure, sentados sobre calaveras de reses, Bolívar y los altos jefes, Santander, Anzoátegui, Soublette, Briceño Méndez, Jaime Rooke, echaban las bases definitivas. Oídas las exposiciones del Libertador, el bravo Irlandés, Jaime Rooke se puso en pie y exclamó: "Sir, os seguiré con toda mi voluntad aún hasta el Cabo de Hornos". Faltaba, sin embargo, el paso capital: superar la barrera de los Andes, que se alzaban a sus pies. No faltaron voces que pidieran la interrupción de aquella aventura. Quiso el Libertador que el asunto fuese tratado en Consejo de Oficiales y en efecto, los convocó en el Llano de Miguel. La respuesta de Santander y de los granadinos, fue categórica: preferían una muerte segura en la proyectada operación, antes que retroceder a los Llanos.

UNO ENTRE CINCO

Era menester decidirse por uno de los cinco caminos posibles, hacia Santafé: el de la salina

de Chita, por Purare y Muneque; el de Támara para dar en Soatá; el de Labranzagrande a Monagua; el de Labranzagrande a Sogamoso, y, por último, el más inhospitalario, arriscado y solitario, el que por Paya y el Páramo de Pisba, casi a 4.000 metros de altura, cae sobre Corrales de Bonza o Soatá. La táctica de Bolívar, ya lo vimos, era la sorpresa. Su afán consistía en caerle al enemigo, de sopetón. Y “contra toda esperanza”, Bolívar escogió a Pisba. “Este es el momento, dice José Enrique Rodó, en prosa de finísimos metales, este es el momento en que su constancia inquebrantable va a subyugar y volver en adhesión firmísima las desigualdades de la suerte. La iluminación de su genio le muestra asegurados los destinos de la revolución con la reconquista de Nueva Granada. Para reconquistar la Nueva Granada es menester escalar los Andes, luego de pasar ciénagas extensas, ríos caudalosos; y es la estación de invierno, y tamaña empresa se acomete con un ejército punto menos que desnudo. Otros pasos de montaña puede haber más hábiles y de más ejemplar estrategia; ninguno tan audaz, ninguno tan heroico y legendario. Dos mil quinientos hombres suben por las pendientes orientales de la Cordillera, y bajan por las de occidente menor número de espectros, y estos espectros son de los que eran fuertes del cuerpo y del ánimo, porque los débiles quedaron en la nieve, en los torrentes, en la altura donde falta el aire para el pecho. Y con los espectros de los fuertes se gana a Boyacá, que abre el camino de la altiplanicie donde Colombia ha de fijar su centro, y de vuelta de la altiplanicie se gana Carabobo, que franjea hacia el oriente el paso de Caracas, y desde ese instante el dominio español ha perecido en cuanto va de las bocas del Orinoco hasta el istmo de Panamá.”

ASI VIO BOLIVAR A PISBA

En mensaje al Gobierno de Angostura, el Libertador describe así, la marcha de sus escuadrones: "Un mes entero hemos marchado por la Provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos que parece se redoblaban al paso que nos adelantábamos en ella... Esta, creí que fuese la principal dificultad y, ya vencida, nada me parecía lo demás, cuando he tropezado con obstáculos que sólo la constancia a toda prueba puede allanar. La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa. Para formar una idea de ella basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y perdido casi todo el ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuído a hacer más pesado el camino; apenas hay día o noche que no llueva".

LAS MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY

El edecán de Bolívar, general Daniel Florencio O'Leary, testigo de aquel infernal trasiego por los Andes, dejó en sus Memorias la más gráfica narración: "Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente al suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban, crecía más y más su sorpresa; por que lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban

ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña. Sin esperanza de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadíanse de que solamente locos pudieran perseverar en el intento; por climas cuya temperatura embargaba sus sentidos y helaba su cuerpo, de que resultó que muchos desertasen. Las acémilas que conducían las municiones y armas caían bajo el peso de su carga; pocos caballos sobrevivieron a los cinco días de marcha, y los que quedaban muertos de la división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente, y el frío aumentaba en proporción del ascenso. El agua fría, a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea. Un cúmulo de incidentes parecía conjurarse para destruir las esperanzas de Bolívar, que era el único a quien se veía firme, en medio de contratiempos tales que el menor de ellos habría bastado para desanimar un corazón menos grande. Reanimaba las tropas con su presencia y con su ejemplo, hablábales de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país que marchaban a libertar. Los soldados le oían con placer y redoblaban sus esfuerzos”.

“Tarde en la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella, pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante, acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer, tan pronto como se encendían. Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el pára-

mo mismo, lúgubre e inhospitalario, desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de la altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los "emparamados" y así logró salvarse a un coronel de caballería".

EL EJERCITO ERA UN CUERPO MORIBUNDO

Tiemblo todavía, escribe el general Santander, de acordarme del lastimoso estado en que yo he visto ese ejército que nos ha restituído la vida. Un número considerable de soldados quedaron muertos al rigor del frío en el Páramo de Pisba; un número mayor había llenado los hospitales y el resto de la tropa no podía hacer la más pequeña marcha. Los cuerpos de caballería en cuya audacia estaba librada una gran parte de nuestra confianza, venían sin caballos y sin monturas; las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, porque no hubo caballería que pudiese salir, ni hombre que se detuviese a conducir las. En la alternativa de morir víctimas del frío, preferían encontrarse con el enemigo en cualquier estado. El ejército era un cuerpo moribundo".

Cornelio Hispano y el doctor Fabio Lozano y Lozano, citan el caso de Mr. Hyran Bingham, profesor de la Universidad de Yale y personalidad por muchos motivos destacada en los Estados Unidos de América, quien quiso estudiar sobre el terreno lo que él consideraba fantástica leyenda. En efecto recorrió exactamente, pero en verano, la ruta del ejército libertador a través de las lla-

nuras y de la cordillera, y publicó en 1909 un libro titulado "El Diario de una Expedición a través de Venezuela y Colombia 1906-1907". Y concluye: Siempre había considerado que las dificultades de esta marcha, que ha sido comparada con las de Aníbal y Napoleón, habían sido, grandemente exageradas. Pero al conocer por mí mismo las dificultades de la famosa marcha de Bolívar, he llegado a la convicción de que todavía no se ha dicho a tal respecto la mitad de lo que puede decirse".

ABIERTO EL CAMINO

El ascenso de los Andes había comenzado el 22 de junio. El 27, la vanguardia republicana dispersó un destacamento realista, en el desfiladero de Paya, que el Libertador bautizó con el nombre legendario de "Las Termópilas de Paya". Desde este sitio, dirigió a los Granadinos otra proclama confortante: "Granadinos, dijo: Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare a las órdenes del general Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores, han pensado en haceros participar de su libertad. De más remotos climas una Legión Británica ha dejado la patria de la gloria por adquirirse el renombre de salvadores de América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras... No temáis pues nada de los que vienen a derramar la sangre de los tiranos, para constituirnos en una nación libre e independiente. Los Granadinos son inocentes a los ojos del e-

jército libertador, del Congreso y del Presidente de la República. Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aún estos perecerán sino es en el campo de batalla”.

El camino estaba abierto. Las batallas de Bolívar, escribió Rodó, son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas que alternan, en ritmo desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables... Y entonces la victoria persiste, y crece, y se propaga, como las aguas de la inundación, y de nudo en nudo de los Andes, cada montaña es un jalón de victoria...

CORDOBA EL BRAVO ENTRE LOS BRAVOS

No contaba 16 años cuando midió sus armas contra los españoles en el combate de El Palo. Una bala le atravesó el sombrero y en el parte de la victoria lo dieron por muerto. No me corte Ud. mi carrera, le respondió a su angustiado padre. Este bravo oficial debe obrar donde sea más urgente y más importante, dijo Bolívar. Tomó parte en más de 45 batallas. Su insólita voz de mando en Ayacucho. El miserable y trágico fin.

EL SOLDADO NIÑO

Córdoba vio la luz en Concepción, al oriente del departamento de Antioquia. En su partida de bautismo fechada a 13 de septiembre consta que nació el día 8 y que fueron sus padres don Crisanto de Córdoba y doña Pascuala Muñoz. Inicialmente su apellido fue Fernández de Córdoba y su limpia genealogía lo entronca, nada menos, que con don Gonzalo Fernández de Córdoba, apellidado el Gran Capitán, famoso guerrero en los fastos de España, como defensor invicto contra los morcs. Sangre castellana vieja, sangre aventurera, sangre generosa. sangre de soldado, dice Roberto Botero Saldarriaga en su insuperable biografía, corría por las venas de quien un día ciñó sobre su joven pe-

cho de 25 años la faja de General de División de los Ejércitos de la Gran Colombia, el Perú y Bolivia.

En 1808 la familia se trasladó a la ilustre ciudad de Rionegro de donde era oriundo don Crisanto y a la que el General José María Córdoba quiso como a su propia patria chica, hasta el extremo afectuoso de cederle la corona de oro y de piedras preciosas que el Libertador le ciñese, en prenda de sus servicios a la libertad. Supo la noble ciudad resarcir al héroe con culto perenne y sobre la leve colina del Camposanto, blanquea el mausoleo que la República alzó, en su honor y memoria:

En Rionegro siguió Córdoba sus estudios primarios. En el año 12, impulsado por intereses comerciales, su padre viajó a la costa Atlántica y llevó como compañero de la que entonces era arriesgada expedición, al futuro mártir de El Santuario. De regreso en 1814, Córdoba tuvo la fortuna de obtener una beca como estudiante de cadete en la Academia de Ingenieros Militares, la primera escuela militar y primer instituto de ingeniería que funcionó en el país, bajo el dócto comando del Sabio Caldas. Asistía Córdoba al surgimiento espiritual y cultural de Antioquia, impulsado por hombres como don Juan del Corral, Caldas, su paisano Francisco Antonio Ulloa, José Manuel Restrepo, el presidente Dionisio Tejada y otros, y justo es reconocer, concluye el historiador citado, que en ese medio y con sus talentos naturales, no podía menos que adquirir la mejor educación de su tiempo. Colaboró con Caldas el benemérito General francés Manuel Serviez quien en Antioquia, según el mensaje de Del Corral "estaba empleado como instructor de los Oficiales y soldados del Cuerpo Auxiliar que

se destinaba para abrir operaciones en el Sur de la República de la Nueva Granada contra los realistas". Al ver entre las filas a aquel adolescente, dice un relato, el General Serviez le preguntó: "Y su nodriza, dónde está?". El soldado, acariciando el filo de su espada, contestó: "mi nodriza es ésta, mi General".

LAS PRIMERAS ARMAS

Entre los militares que el gobierno envió al Cauca, luego de la prisión de Nariño en Pasto, se contó al General Serviez. Tanto éste como una columna de infantería llamada de los Conscriptos de Antioquia, se unieron a las fuerzas del General José María Cabal. Uno de los Conscriptos de Antioquia era José María Córdoba, quien apenas frisaba en los 16 años de edad. Al reconocerlo el General Serviez, su gran maestro y amigo, lo escogió como edecán, reconociéndole su grado de Subteniente como cadete de la Escuela Militar de Ingenieros. A 5 de julio de 1815, a orillas del río Palo, al lado de su valiente contrarráneo, Liborio Mejía, Córdoba midió sus armas contra el español Aparicio Vidaurrázaga. El triunfo republicano fue completo. Y constituyó para nuestro héroe lujoso estreno, bautismo memorable: una bala le atravesó el sombrero y en el parte de la victoria, se le enumeró entre los muertos. Aquel día, en el mismo escenario de su valor, fue ascendido a Teniente efectivo.

EN CASANARE

A la ruina de la República en 1816, Santander y Serviez, contra el querer del presidente Fernández Madrid, se replegaron hacia los

Llanos, en busca de un último destello de esperanza. Y hacia allá siguió Córdoba. En vano intentó su atribulado padre de disuadirlo de persistir sobre las armas. "Entró a esa desgraciada carrera contra mi voluntad...", escribía. Pero Córdoba sabía, mejor que nadie, el crítico momento que vivía la Patria. Ya no podía retroceder. "No me corte usted mi carrera", le contestó con tono respetuoso y firme. Al llegar a Pore, los defensores de la República sumaban 56. Empezaban duras jornadas de sacrificio, de privación, de lucha contra tantos factores que amenazaban con sepultar, con sofocar, la menguada luz de la libertad.

Un recio golpe moral, una prueba agobiadora, esperaban en Casanare al valeroso Teniente: el General Serviez, agotado, enfermo, solicitó licencia para retirarse unos días a descansar y a reponerse. Unos bandidos, quizá con la intención de robarle, saquearon sus baúles y luego le dieron muerte feroz, a machetazos. La frialdad del jefe llanero José Antonio Páez, inclusive las graves sospechas que recayeron sobre él, como presunto cómplice, incitaron a Córdoba a escapar de sus filas, sin pasaporte, a las sombras de la noche. Sorprendido, el General Páez lo hizo atar a un árbol para alancearlo, mientras Córdoba, desde la picota, le seguía enrostrando el crimen. Solamente valieron las intervenciones de sus admiradores el presbítero y Coronel Trinidad Travieso, el gobernador de Casanare, Coronel Juan N. Moreno y sobre todo del Negro Primero, para que el León de Apure le perdonase. Páez, dice el biógrafo no deseaba la separación de Córdoba de sus filas porque aquella figura gallarda y valerosa le venía bien entre sus oficiales; al perdonarle la vida le incorporó en el cuadro Primero de Páez.

EN LA CAMPAÑA LIBERTADORA DE 1819.

En Guayana vieja, por junio de 1817, Córdoba conoció al Libertador y éste lo incorporó al Estado Mayor General y luego lo ascendió a Capitán de caballería. Desde el primer momento, tuvo del héroe antioqueño el más elevado concepto: "Pienso mandar el grado de Coronel a Córdoba, le escribía a Santander, luego que haya obtenido algún suceso para que mande en jefe todas las fuerzas del Cauca y Magdalena. Me parece que lo ha de hacer muy bien y me llevaré un gran chasco si este joven no sale un excelente oficial". Y al coronel Mariano Montilla, le agregaba: "Este bravo oficial debe obrar donde sea más urgente y más importante... Córdoba debe mandar donde haya más enemigos, o donde haya más que hacer".

En el último día del año 17, Córdoba se embarcó en el Orinoco, resuelto a participar en las campañas venideras. La escuela de guerra venezolana, en que hiciera su aprendizaje, dejó en su alma y en su vida profunda huella; siempre se proclamó, anota Botero Saldarriaga, discípulo de aquellos valientes y heredero de sus méritos.

Al abrir el Libertador la campaña del 19, que nos dió la libertad, Córdoba marchó entre los primeros. En la reorganización del ejército, realizada en el Llano de Miguel, en el momento de iniciar el ascenso de los Andes, asumió la Jefatura del Estado Mayor de la División de Retaguardia. Y como tal, cuando no había cumplido 20 años, actuó en El Pantano de Vargas y en Boyacá. Una tradición, firmemente mantenida, sostiene que Córdoba peleó en Boyacá con extraordinarios arrojo y valor, hasta merecer

en el campo mismo una felicitación personal del Libertador y un abrazo de Anzoátegui. Existen además, serios documentos y pruebas de su presencia en la magna acción: "Hoy me siento, decía Córdoba años más tarde, con más gloria que cuando vencía en los campos de Boyacá, Tenerife y Ayacucho". Y a Santander, en el año 20, le escribía: "En el momento traté de marchar, aunque muy débil, a los dos días, para ponerme a la cabeza de las tropas y entenderme con esos caballeros, al estilo de Boyacá".

LIBERACION DE ANTIOQUIA

Después de Boyacá, Bolívar encomendó a Córdoba la delicada misión de libertar su Provincia de Antioquia, entonces en manos de Carlos Tolrá. "Importa que usted obre con rapidez, se le decía, para aprovechar de los momentos de sorpresa y antes que el comandante de aquella Provincia tome algunas medidas para su defensa". En Chorrosblancos, en los límites entre Yaurumal y Campamento, a 12 de febrero de 1820, el bravo militar derrotó al fuerte realista, dando así fin a las aspiraciones de dominio sobre esta sección de la Patria. Dicho fuerte estaba comandado por el subalterno de Tolrá, Francisco Warleta, el mismo que había ejecutado la invasión realista por Antioquia en 1816, luego de la caída de Cartagena. Esta acción fue de positivos alcances porque cortó la posible línea de operaciones que, tomando como base a Cartagena, vendría a cubrir hacia el sur, con el acceso al Cauca, al Magdalena, al Atrato, a Quito y a los puertos del Atlántico y del Pacífico.

PICHINCHA Y AYACUCHO

Desde fines de 1821 el Libertador resolvió completar la libertad de Colombia y solicitó li-

cencia al Congreso para dirigir personalmente la guerra. En febrero del 22, Córdoba escribió a su padre: "Hoy ha venido un edecán del Libertador con orden para que yo con una división de 1600 hombres marche hacia Esmeraldas o Guayaquil a cooperar a la completa libertad del sur de Colombia". A órdenes de Antonio José de Sucre, el futuro Mariscal de Ayacucho, a 24 de mayo de 1822, tomó parte decisiva en la batalla de Pichincha, que dió libertad al Ecuador. La lucha se verificó en las faldas de un volcán apagado, el Pichincha, a la vista de los habitantes de Quito. En el parte oficial suscrito por Sucre, se lee: "Entretanto el señor Coronel Córdoba, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenado el enemigo y derrotado, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad".

Las dos batallas que decidieron la libertad del Perú fueron: la de Junín, comandada directamente por Bolívar, a 6 de agosto de 1824 y la de Ayacucho, el 9 de diciembre del mismo año, capitaneada por Sucre. En esta última, al frente de 5780 hombres, Sucre y Córdoba lucharon contra 9310 realistas, dirigidos por el propio virrey don José de La Serna. Al pie del cerro de Cundurcunca, "erizado de bayonetas y en donde flameaban los más hermosos estandartes de Castilla", Córdoba dió la orden de ataque con esta voz, jamás escuchada en campo de batalla: "División, armas a discreción, de frente, paso de vencedores". La columna, dice un historiador, se estremece de entusiasmo y de coraje y a lo largo de la llanura, como una serpiente de aceró desarticula sus anillos, arrogante, consciente de su deber para con la Patria y la libertad de América. El bambuco colombiano (por orden de Córdoba) deja oír sus notas íntimas y

quejumbrosas. Imagínese, dice un testigo, la belleza de aquel General de 25 años en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de jipijapa y rigiendo con la izquierda el favorito castaño claro, habituado por él a cabriolar y saltar, su rostro encendido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraron como rayos por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos a envolvernos".

Sucre ascendió a Córdoba, en el campo de batalla, a General de División. He creído, le escribió a Bolívar al día siguiente, una justicia nombrar al General Córdoba sobre el campo de batalla... Córdoba se ha portado divinamente: él decidió la batalla".

En poder de los vencedores quedaron el Virrey La Serna, los generales José Canterac, José Carratalá, Jerónimo Valdés, Juan Antonio Monet y Alejandro González, 10 generales de brigada, 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 284 oficiales y más de 2.000 soldados. Ayacucho fue el sello, el broche de oro, en la cruenta lucha por la libertad. Confirmó la existencia de las llamadas repúblicas bolivarianas, inclusive Bolivia, creada al año siguiente, en homenaje al Libertador.

Córdoba se presenta en Ayacucho, comenta el señor Suárez, como si el genio del valor y de la victoria se hubiera apoderado de su ánimo; aquel joven privilegiado acomete aquí, vence allá, vuelve a dondequiera, discurre por el llano, sube a la altura como en alas del denuedo y como conducido por el hado que acompañaba a los guerreros de los tiempos heroicos.

El meridiano de Dios, dice el profesor López de Mesa, pasó por el alma del joven guerrero

americano y le hizo decir palabras de triunfo nunca antes oídas de labios de hombre: no urjáis las armas, "paso de vencedores". Y desapareció el monte y los guerreros que estaban en él desaparecieron. Y donde estaban los guerreros enemigos y estuvo el monte, surgió enalbarda de gloria la libertad de América.

EL SEÑOR MINISTRO

Durante el proceso seguido a los conspiradores de septiembre, Córdoba figuró como ministro de Guerra. Derrumbado el poderío español y cuando aún crecían las amenazas en el Sur, fue llamado a la cartera de Marina. Era la frustración de su carrera militar. "Allí ni mando de hombres, ni armas", se quejó. Bajo el decreto de nombramiento, adivinó la desconfianza del Libertador hacia él. Se separaba, dice Posada Gutiérrez, al bravo de los bravos de Colombia de un servicio activo en campaña, para emplearlo en un cargo que absolutamente no podía desempeñar. Córdoba, agrega, bramó como un toro furioso con semejante ultraje. Un cáncer roedor se le formó en el corazón, se quejó amargamente del Libertador y desdeñado por el hombre de su admiración se separó de él y de sus compañeros, con la furia de la desesperación. En los hombres del temple de Córdoba no se sale de estos paroxismos sino para precipitarse en la venganza. Y Córdoba se cegó, se precipitó y Colombia perdió a uno de sus hijos más excel-sos.

Bolívar se hallaba en Guayaquil y allá conoció el estado de ánimo de Córdoba. "Córdoba, le escribe a Rafael Urdaneta, parece que está desesperado y cree que yo lo he mandado matar. Iba yo a hacerlo contra un hombre benemérito

de quien nunca he tenido que quejarme de la menor falta? Esto es injusto y la sospecha abominable". Al mismo héroe de Ayacucho le dice, por igual época: "Mucho hemos debido haber cambiado usted o yo, para que tales sospechas hayan entrado en nuestros corazones. Yo he sido confiado siempre y usted siempre leal... Sea lo que fuere de los sentimientos que en usted queden, no creo que nunca dejaré de amarlo, como lo he hecho hasta ahora con la más pura sinceridad".

EL GRITO DE REBELDIA

Habiendo aceptado en apariencia el ministerio de Marina y bajo el pretexto de saludar a sus parientes, llegó a Rionegro el 7 de septiembre de 1829. Ardía la ciudad en homenaje a su Patrona, la Santísima Virgen de Arma. Por la noche asistió a una fiesta, en casa de su amigo don Sinforoso García. El genuino champaña, los vinos generosos, la embriaguez de la danza, el calor afectuoso de sus paisanos, vibraron en su boca, hirvieron en su testa altiva, explotaron en su verbo vehemente e insumiso. Con altanera apostura se plantó en medio de los asistentes y a los gritos de "Viva la Constitución de Cúcuta, viva Colombia libre!", brindó su suerte contra la del Padre y Libertador de la República.

El comandante de las tropas en Medellín, coronel Francisco Urdaneta, se dispuso a sujetarlo. Esta medida exacerbó más a Córdoba quien, desde Santa Helena, le notificó: "Si no me entrega la plaza, esta misma tarde lo fusilaré". A Bolívar, entre tanto, le escribió: "No es mi ánimo atacar a V. E.; pero yo sostendré la libertad de estos pueblos con la última gota de mi sangre, aunque me sea muy doloroso dirigir

las armas contra V. E.". En una encendida proclama a los antioqueños, afirmaba: "Bien sabéis que sé vencer y no os perderé sino entre un bosque de laureles. La historia dirá que el General Córdoba ha hecho el sacrificio de su vida, antes que faltar a sus juramentos, antes que faltar a su firmeza".

El Consejo de Ministros envió al general Daniel Florencio O'Leary, a la cabeza de 900 veteranos, en el empeño de someter a los insurrectos. En misión de paz fue enviado ante Córdoba el Coronel José Manuel Montoya, nativo de la provincia y muy vinculado a la familia del General. "No evité, dice éste, medio alguno para inclinar a Córdoba a un avenimiento pacífico. Le solicité una entrevista en la Ceja de Guatapé...". Córdoba no estaba en tónica de convenios. Había logrado reunir a 400 voluntarios y ante ellos se creía firme, para responder: "Que continúe el señor Comandante en jefe de quien usted depende, ufano de su triunfo, que el campo de batalla lo decidirá". General, le dijo Montoya, en El Peñol, a 15 de octubre, "es imposible vencer en esta ocasión". "Pero no es imposible morir", respondió súbitamente el envalentonado General.

Sabedor de la ruta que traía O'Leary, Córdoba ordenó marchar hacia El Santuario.

EL SANTUARIO

En vísperas del sangriento combate, apunta Antonio María Restrepo, el pensamiento de Córdoba se fijaba en las escenas de la vida conyugal: estaba enamorado de una hermosa señorita, Fanny Henderson, hija del cónsul británico. Inflamándose a medida que hablaba, decía: "Mañana empeño el combate, triunfo y me voy a Bogotá. Oh, qué alegría para Fanny cuan-

do me vea entrar vencedor a la capital en medio de las más calurosas manifestaciones de la multitud. La gloria sin el amor nada vale: yo tengo a ambos y por eso me creo feliz". Agobiado luego por fatales premoniciones, decía al amanecer del 17, fecha de su martirio: "Dentro de poco tiempo gozaré de mi luna de miel en estos bellos parajes o esta tarde, aquí mismo, estaremos todos mordiendo la tierra".

O' Leary afirma en su parte que al avistarse las dos tropas, Córdoba le propuso la paz bajo condiciones indecorosas para él. Arango sostiene que fue O'Leary quien llamó a Córdoba y le dijo: "Entrégate, no sacrifiques a esos pocos reclutas". A lo que el General respondió: "Córdoba no se entrega a un vil extranjero, mercenario, asalariado, primero sucumbe".

Rompióse un fuego graneado, persistente. No podía dudarse de los resultados, si se enfrentaban 400 bisonños a 900 veteranos. Tres cuartos de hora bastaron para deshacer las filas del jefe rebelde. Herido gravemente de dos balazos, Córdoba fue conducido a la casa vecina, por sobre 250 cadáveres y recostado en un rústico cajón-granero. Energúmero, ebrio de venganza, penetró el irlandés Ruperto Hand. "Quién es Córdoba aquí?", preguntó. "Que me quieres", alcanzó a balbucir el General. Un bárbaro sablazo le abrió la cabeza y un segundo le tronchó los dedos cuando alzó la mano para defenderse. Un tercero lo dejó exánime. Por el suelo terroso y desigual dice el citado José María Arango, lleno de charcas de sangre, estaba tendido el General ya agonizante, con los ojos empañados; el cabello hecho mechones sangrientos, y cruzado por ríos de sangre medió congelada, aquel rostro tan hermoso y tan fresco como el de una niña de 15 años...

El Libertador calificó de "miserable y de trágico", el final de Córdoba. Al recibir la fatal noticia, profundamente conmovido, exclamó: "Córdoba, mi valeroso Ney. Córdoba, valiente de los valientes. Una sola gota de tu sangre valía por un ejército!".

Melancólico sin duda, afirma un panegirista, entrever por imaginación aquella hermosa cabeza desgajada contra el borde del arcón granero en la humilde alquería de El Santuario. Por qué no se la reventó una bala redonda y lealmente enemiga en la enhiesta cumbre de Ayacucho, con el sol de los Incas en la frente y el corazón trepidando de victoria?

Cayó como Héctor y como Aquiles, remata el general y doctor Marceliano Vélez, haciendo resonar la tierra con el inmenso peso de su gloria. Murió envuelto en la bandera constitucional y republicana, y ese ejemplo de fortaleza ante la victoria imposible y de sacrificio por la República, que fue su fe política y que será la de toda la América, no será menos grande que su grito de victoria en Ayacucho.

EL PANTANO DE VARGAS

Me da vergüenza vérmelas con esa monotonera de pordioseros, dijo Barreiro. Ni Dios me quita la victoria! En el Pantano de Vargas casi se va a pique la independencia nacional. Coronel Rondón, gritó Bolívar, cuando todo parecía perdido: Salve usted la Patria! Lanceros! Los que sean valientes, síganme. Jaime Rook el héroe de la batalla. Viva la Patria!, exclamó al levantar en alto su brazo amputado. Cuál Patria? La que me ha de dar la sepultura, respondió. Desde aquel 25 de julio las tropas realistas sólo pensaron en escapar y pudo vaticinarse el resultado final de la campaña.

UNA MONTONERA DE PORDIOSEROS

Tan desarrapados y maltrechos llegaron nuestros libertadores al pueblo de Socha, de la Provincia de Tunja, luego de montar la barrera vertiginosa de los Andes, que es tradición que el buen Cura de la parroquia tocó las campanas a rebato y después de congregar en el templo a sus feligreses, hizo despojar a cada uno de parte de sus prendas para cubrir, con tan heterogéneo vestuario, sus carnes laceradas y friolentas. Era “el ejército moribundo” de que habló Santander. Los “espectros fuertes de ánimo y de cuerpo”, que pintó Rodó. En el risueño valle circundante de

Sogamoso, tenía el General José María Barreiro, jefe de las fuerzas realistas, su Cuartel General. Y tan estrafalario y desmirriado le pareció aquel conjunto, que dijo que le daba vergüenza verse-las con semejante montonera de pordioseros.

Bolívar, secundado por los Generales Santander, Soublette y Anzoátegui, se propuso hostilizar al enemigo, enviando partidas a levantar el ánimo de los vecinos. Como pólvora, repercutió por todos los confines su proclama del 30 de junio: "Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela... En vuestro seno, granadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras..." La aparición repentina del ejército republicano, apunta José Manuel Restrepo, fue un golpe eléctrico que puso en agitación a todos los patriotas. Sin embargo de que no conocían las fuerzas invasoras, el nombre mágico de Bolívar, su fama y la de los otros jefes que le acompañaban, se las hicieron suponer muy superiores en número a lo que eran efectivamente. Conmovidos, algunos corrieron a alistarse en sus filas, y en breve se unieron muchos hombres, todos dispuestos a proporcionar caballos, víveres, bagajes, vi-tuallas y cuanto era menester.

Dedicábanse los republicanos a los preparativos, cuando el enemigo se presentó con más de 1.800 hombres, sobre Corrales y Gámeza. Barreiro logró pasar el río Gámeza y dispersó los principales efectivos patriotas. Comenzaba por aquellos primeros días de julio del 19, una lucha de va y viene, en zig-zag, que debería rematar con el estupendo triunfo de los patriotas en el Pantano de Vargas, el 25, al anochecer.

ESCARAMUZAS EN ZIG-ZAG

Al amanecer del día 11, Santander y Anzoátegui salieron al encuentro de los enemigos que ya había cruzado el Gámeza, como queda dicho. Los españoles repasaron el río y se situaron en la peña de Tópaga desde donde, a fuego graneado, trataron de impedir todo movimiento de los contrarios. Pese a esto, el batallón Cazadores y tres compañías de los escuadrones Rifles, Bravos de Páez y Barcelona, lograron alcanzar el lado opuesto. Viéndose atacado, el enemigo abandonó aquellas posiciones para situarse en las de Molinos de Tópaga, mucho más ventajosas. Aquí se libró un combate de ocho horas, con notables pérdidas de parte y parte y Bolívar se replegó hacia Gámeza, a la espera de la Legión Británica y de la columna del Coronel Nonato Pérez, que se habían quedado retrasadas. Desistió del empeño de invadir el valle de Sogamoso en donde de nuevo se hallaba Barreiro y mediante una marcha rápida, levantó toldas en el valle de Cerinza. Los españoles abandonaron sus cuarteles y se situaron de modo que cubrían el camino que de Tunja conducía a la capital del Virreinato. Frente a frente los dos ejércitos, el Libertador trató, por todos los medios, de comprometer a su contrincente a un encuentro. Lo veía como necesidad imperiosa, antes que Barreiro reuniera mayor número de soldados o que se pusiese en contacto con Morillo quien habría de mandarle auxilios de Venezuela. Este temor, comenta Groot, le hizo mover el ejército por el camino del Salitre de Paipa para atacar al enemigo por la espalda, obligándolo a salir de sus fuertes posiciones. Apenas se había pasado el río Sogamoso el día 25 de julio, cuando se presentó el ejército español en el Pantano de Vargas.

EL PANTANO DE VARGAS

A poco más de cinco kilómetros hacia el oriente del pueblo de Paipa, se encuentra este histórico lugar. Tiene cerca de cuatro kilómetros de longitud de sur a norte, y de anchura, de este a oeste, uno y medio. Por el centro lo recorre la quebrada de Vargas que al derramar formaba, a la época de la reñida jornada, ciénagas pequeñas y hondos tremedales, y de ahí el nombre del lugar. Las aguas aposentadas, lo ha descrito un historiador, se recostaban contra los cerros que cierran la encenada del lago Duitama por el norte, dejando en seco las faldas de otros cerros que la cercan por el lado sur; el espacio transitable quedaba reducido y dominado por lomas pedregosas y cubiertas de escasa vegetación. En aquella estrechura quiso Barreiro con todo su ejército aniquilar a sus enemigos.

EL PARTE DE LA VICTORIA

El parte de la batalla del Pantano de Vargas, suscrito por el coronel M. Manrique, al día siguiente, es el más vivo testimonio de aquella sangrienta acción: "A las cinco de la mañana del día 25 marchó el ejército por el camino del Salitre de Paipa, con el objeto de atacar al enemigo por su espalda o forzarlo a abandonar sus posiciones. A las diez del día acabó de pasar el río Sogamoso y a las doce se encontró con el enemigo, que se había movido sobre nosotros. Las circunstancias nos obligaron a tomar una posición notablemente desventajosa, y fuimos atacados con denuedo por todo el ejército español de Nueva Granada.

El batallón 1º del Rey con otras Compañías del 2º se dirigió por nuestra izquierda a ocupar las alturas, que nos dominaban, y se les opusie-

ron los dos batallones de vanguardia. Luego movió el enemigo por nuestro frente los batallones 2º y 3º de Numancia, los restos del Tambo, y el regimiento de Dragones de Granada, y fueron atacados por una columna de retaguardia, a cuya cabeza estaban unas Compañías de la Legión Británica, la cual cargó con tanta intrepidez sobre el enemigo, que al momento fue batido y dispersado. Por una reacción vigorosa que hizo, empeñó el combate de nuevo con desesperación; se apoderó de las alturas, y nuestro ejército, casi envuelto, sufría un fuego horroroso por todas partes. Otras tropas que no hubieran sido las de la República, hubieran dejado escapar una victoria tan brillante como la que han obtenido. Una columna de caballería, llevando al frente al bizarro Comandante Rondón, ha destruído una parte de la infantería enemiga, a tiempo que la nuestra hacía otro tanto en las alturas a nuestra espalda, y otra parte de la caballería, conducida por el Teniente Carvajal, cargaba sobre la del enemigo por el camino principal. El ejército español fue desalojado de todos los puntos que ocupaba y si su destrucción no fue total, lo debió sólo a la aproximación de la noche y a la buena posición a que se acogió el resto de su caballería. El combate duró hasta la noche, sostenido con una tenacidad y con un encarnizamiento de que no hay idea. El enemigo perdió, entre muertos y heridos 500 hombres de sus mejores tropas, y dejó en nuestro poder multitud de prisioneros, fusiles, lanzas, cajones de municiones, cajas de guerra, cornetas y dos estandartes del regimiento de Dragones de Granada, sin que podamos calcular el número cierto de sus dispersos. Nuestra pérdida ha consistido en 140 hombres entre muertos y heridos.... Somos dueños de toda la Provincia de Tunja, a excepción de la capital, y las del Soc-

rro y Pamplona están enteramente libres. Todos los pueblos de Nueva Granada han recibido al ejército libertador con el más extraordinario entusiasmo, todos se presentan determinados a ser libres, y nada falta al ejército rodeado de pueblos tan patriotas y decididos...”

CORONEL, SALVE USTED LA PATRIA!

El gigante de aquella jornada fue el Coronel Juan José Rondón. No en vano había peleado bajo las banderas arrolladoras del León de Apure. Y conquistado fama de invencible, nada menos que en el combate de Las Queseras del Medio. Rondón, dice Páez en su Autobiografía, uno de aquellos jefes en quienes el valor era costumbre, con 20 hombres cargó con la rapidez del rayo... Cuando ví a éste comandante recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos que exclamar: bravo, bravísimo, comandante. General, me contestó él, así se baten los hijos del Alto Llano!

Tan seguro se sentía Barreiro de fulminar a los patriotas en la fangosa angostura de Vargas, que soltó esta presuntuosa y blasfema expresión: ni Dios me quita la victoria! Por un momento, explica Santander, ví terminadas las esperanzas de libertad de la Nueva Granada, y en otro momento las ví recuperadas. Este “momento de la recuperación” a que se refiere el prócer cucuteño, fue el que protagonizaron Rondón y 14 tremendos lanceros. Mientras el Libertador asistía desde una eminencia al hundimiento de todas las esperanzas, se presentó el bizarro jefe llanero y le solicitó licencia para intervenir con su escuadrón. “Coronel, le gritó Bolívar, ante el desastre inminente, salve usted la Patria!” Rondón se volvió a sus compañeros, y ordenó: “Los que sean valientes, síganme, que en este momento triun-

famos". De un momento a otro, concluye Groot, cambió la suerte, pasando los realistas de vencedores a vencidos, pero de una manera formidable, porque nunca la caballería llanera había hecho destrozo igual.

Años más tarde, en la Acción de Cerro de Carabobo (agosto de 1822), el Coronel Rondón fue herido a bala en un tobillo. Días después, recuerda Páez, le sobrevino al herido el tétanos y terminó su gloriosa carrera.

VIVA LA PATRIA!

El héroe del Pantano de Vargas fue el valiente Coronel Jaime Rook, jefe de la Legión Británica. Había dejado la cuna de la gloria, dijo de él Bolívar, y vino a encontrar su tumba combatiendo por la libertad americana. El día feliz que la República cuente ya por suyo el triunfo, no se olvidará la memoria del bravo Coronel Rook.

El capellán del ejército patriota, doctor Andrés M. Gallo, dejó para la historia un impresionante relato de la muerte del estoico caudillo: "Oímos, dice, entre el matorral unos bramidos, y aunque estaba muy oscuro y llovía recio, nos acercamos y dimos con un jefe inglés, a quien se llevó como se pudo a la casa de la hacienda. Era el Coronel Jaime Rook, y parecía una estatua de mármol blanco, por el desangre que había sufrido. Le ofrecí los auxilios espirituales y los aceptó agradecido, porque era irlandés y católico. La bala que lo hirió le volvió pedazos el brazo izquierdo, del codo para arriba, y le desgarró arterias y venas. No se le pudo hacer amputación inmediata, porque no apareció el cirujano, y hasta el día siguiente muy de mañana no se le hizo, y debo contar cómo pasó. El herido entregó el brazo al cirujano, que era también inglés, y este

se lo cortó por cerca del hombro, sin que el paciente hiciera ni un gesto ni una contracción; pareció como si hubieran aserrado el brazo a una estatua de madera. Al desprenderse el brazo lo tomó con la mano derecha, lo levantó en alto y gritó en castellano: Viva la Patria! El cirujano le preguntó en inglés, cuál Patria, Irlanda o Inglaterra? Meneó negativamente la cabeza y contestó en inglés: La que me ha de dar sepultura. El cirujano nos tradujo lo dicho y quedamos todos maravillados del valor y entereza de aquel hombre, que murió al día siguiente”.

SOLO PENSARON EN ESCAPAR

Desde aquel día 25 de julio de 1819, asienta el historiador Restrepo, las tropas reales perdieron toda su confianza, y se pudo vaticinar cuál sería el éxito final de la campaña. Diez llaneros se creían capaces de acometer a cien soldados de Barreiro y de obtener siempre ventajas, a pesar de la disciplina y de la moral que este jefe había inspirado a sus tropas.

Considerada desde el punto de vista militar la acción de Vargas decidió la libertad de la Nueva Granada. No fue un combate decisivo, anota L. Duarte, en el sentido material de la lucha, pero cambió la situación de los combatientes y obligó al español a estar a la defensiva que era lo peor que pudo haber hecho en aquellas circunstancias..

De este momento en adelante, escribe Liévano Aguirre, la estrategia de los dos adversarios se precisa en líneas definidas y las vacilaciones y tanteos, notorios en la primera fase de la campaña, desaparecen. Seguro Barreiro, después de la batalla del Pantano de Vargas, de la insuficiencia de sus efectivos en aquellas regiones, re-

duce su táctica a retirarse hacia Santafé para reunirse con el Virrey Sámano y librar en mejores condiciones una batalla decisiva. Para Bolívar, en cambio, su objetivo se circunscribe a evitar a Barreiro escaparse de aquel campo de operaciones, en el cual todo favorece a los patriotas. Los papeles se han cambiado fundamentalmente. Ya no es Barreiro quien trata de oponerse a la marcha de Bolívar sobre Santafé, sino el Libertador quien se propone impedir a Barreiro retirarse a la capital.

Al día siguiente, los patriotas provocaron a los españoles a un nuevo combate, pero no hallaron respuesta. Barreiro se situó en Paipa y Bolívar y los suyos siguieron a los Corrales de Bonza. Desde allí dictó una ley marcial que obligaba, bajo amenaza de muerte, a todos los hombres entre los quince y los cuarenta años, a presentarse al servicio de la Patria. Tal medida no fue necesaria. Según refiere Santander, los pueblos se presentaron espontáneamente. "Era espectáculo muy singular, que mientras unas tropas tiroteaban al enemigo, lo divertían, y otras descansaban haciendo su rancho, los reclutas en continua instrucción, aprendían a manejar el fusil, a formarse en columnas, a desplegarse en batalla, y a todo lo demás que era indispensable. Al ruido de la bala y a la vista del enemigo, estos nuevos soldados se preparaban para concurrir a la más brillante jornada que presenta nuestra historia militar".

Faltaban 13 días. Al cabo de ellos debería brillar el sol de Boyacá.

LA HEROINA ANTONIA SANTOS

Firme y serena marchó al patíbulo hace ciento cincuenta años. Tres días después del Pantano de Vargas y diez antes de Boyacá. Se le inculpó de insurgente, promotora y sostenedora de la guerrilla de Coromoro. - Ejemplares muestras de patriotismo, de arrojo y pudor, en los momentos supremos.

EN TIERRA DE COMUNEROS

El 28 de julio de 1819, tres días después de la sangrienta acción del Pantano de Vargas y diez antes de Boyacá, subió al patíbulo, firme y serena, la heroína Antonia Santos. Una tarde, al desembarcar en la plaza de El Socorro, escenario de su sacrificio, vimos flotar en el aire, dominadores de los tejados, los brazos triunfales de aquella mujer, en la escultura maestra de Oscar Rodríguez Naranjo. El derecho apunta hacia la luz y el dedo índice señala una meta que sus ojos de bronce, abiertos y escrutadores, persiguen fijamente. El izquierdo remata en la bandera de la República que flamea sobre la cabeza y desciende en ondas, sobre la espalda. El torso erguido, el cuerpo juvenil, van arrojados en largo traje, que la cubre hasta los pies. Al borde del pedestal marca un paso de victoria, seguro y decidido.

No pudieron el Virrey Sámano ni el Comandante político y militar de El Socorro, don Lucas González, buscar una plaza más apropiada para

descargar el peso de sus venganzas. Aquí mismo, el 16 de marzo de 1781, resonó por primera vez aquel grito, precursor de la liberación: “Viva el rey y abajo el mal gobierno”. Gritan más las mujeres que los hombres, escribe Germán Arciniegas. Piensa el esclavo en su libertad. El indio sueña librarse del pago de la alcabala. Por primera vez se levantan garrotes y machetes. Manuela Beltrán hace de cabeza a la chusma y llega hasta las puertas del Cabildo. En una tabla está fijado el edicto en donde se anuncian los nuevos impuestos. Las armas reales ampáran el papel. Las armas reales son sagradas. Manuela arranca la tabla y pisotea el edicto. Un clamor de alegría rebota contra las paredes de las casas principales. Todo El Socorro es de piedra. La ciudad edificada sobre una sola roca, en plano inclinado. . . El Socorro es el nudo de piedra en donde se cruzan todos los caminos. Esos caminos llevan al trapiche que llora miel, al rancho en donde se apaga el hambre a sorbos de silencio, el tabacal que los guardas rondan, arrancan y exterminan. . . El nombre de El Socorro se propaga como palabra mágica de libertad a todos los confines del Nuevo Reino. Por los caminos de herradura, a galope tendido, van los precursores llevando el grito. Por los deshechos, los chasquis pasan de pueblo en pueblo la voz. En un instante se encienden con banderas rojas las plazas de los pueblos. Los cohetes queman al aire truenos de pólvora y anuncian de valle en valle, de monte en monte, la buena nueva. . .

LA GUERRILLA DE COROMORO

La valerosa heroína santandereana Antonia Santos Plata nació en la parroquia de Cincelada y recibió las aguas bautismales en la viceparroquia de Pinchote, en abril de 1782. De un interesante

estudio de don Luis M. Cuervo se desprende que creció al lado de sus padres, don Pedro Santos y doña María Petronila Plata, consagrada a las faenas domésticas ya en el poblado, ya en el sitio de El Hatillo, vecindario de Cincelada y hoy de la aldea de Coromoro.

A comienzos de 1819 los vecinos ardían de entusiasmo patriótico, no sólo por las noticias halagüeñas que les llegaban desde Casanare en donde los patriotas se disponían a librar, bajo las banderas de Bolívar, una campaña definitiva contra España, sino exasperados contra los abusos de las autoridades regionales y en la esperanza de sacudir, de una vez por todas, su pesado yugo. Antonia Santos, miembro de familia acaudalada e influyente, entroncada además con la espuma de Charalá, organizó por su cuenta una guerrilla, capitaneada por don Fernando Santos y sus dos cuñados don Gabriel Uribe y don Tadeo Rojas. La guerrilla quedó integrada por cuarenta hombres que tomaron como base de operaciones la casa de su protectora y animadora y bien pronto iniciaron una labor de proselitismo que cundió por toda la comarca e inflamó de espíritu republicano a las resignadas gentes. Las autoridades españolas empezaron a inquietarse ante el avance de la guerrilla de Coromoro y de su acción subversiva que trascendió, principalmente, en Charalá. En julio del año citado, tomó posesión como Comandante político y militar del Socorro, don Lucas González, quien se propuso exterminar a “esos diminutos pero inquietos enemigos”, como solía llamarlos. La cabeza de los guerrilleros de Coromoro y de Charalá, debería rodar, en señal de escarmiento. Se ofrecieron premios en dinero a quienes los delatasen o los capturasen. Cundió la alarma y sobre aquel escuadrón de rebeldes, se perfiló la dura garra realista.

LA PRISION EN EL HATILLO

En los primeros días de julio, cuando la guerrilla vivaqueaba en el sitio de Los Arrayanes, a legua y media de la hacienda de El Hatillo, llegó el comandante socorrano Pedro Agustín Vargas y con una partida de soldados puso sitio a la casa e intimó rendición a sus habitantes. Solamente encontró a Antonia Santos, a su hermano Santiago y a su sobrina Helena Santos Rosillo. Los demás lograron escapar con buena fortuna, guiados seguramente por uno de sus suspicaces espías, y más tarde se unieron al ejército libertador y hombro a hombro con él, a partir del campo de Bonza, escribieron páginas inmortales en el Pantano de Vargas y en Boyacá. Entre tanto los prisioneros de El Hatillo, fueron conducidos a Charalá. El doctor Oswaldo Díaz Díaz no comparte la opinión de José Dolores Monsalve en su libro "Mujeres de la Independencia", y según la cual fueron obligados a marchar a pie hasta El Socorro. Creemos que cuando más hasta Cincelada y Charalá se pudo ejercer con ellos esta innecesaria crueldad. Eran personas pudientes, en su hacienda debía haber numerosas caballerías y los acompañaba una escolta. De todos modos, al caer prisionera Antonia Santos, su suerte había quedado jugada y perdida. Para el tremendo ejemplo que González necesitaba dar, no le podía venir mejor: una señora distinguida, vinculada con las familias más sonadas de Charalá y comprometida innegablemente en actividades bien definidas como delitos de traición e infidencia. Privada de toda comunicación, severamente custodiada, Antonia Santos vivió sus últimos días entre las cuatro paredes de la prisión de El Socorro.

VIVA ESTAMPA DE ANTONIA SANTOS

La familia Santos Plata figura en los anales de la Patria desde el año de 1809, anterior al grito de independencia. Estaba emparentada con el revoltoso canónigo doctor Andrés Rosillo y de él recibió, sin duda, vivo y ardoroso ejemplo de libertad.

Don Luis M. Cuervo recogió de "los viejos de Charalá y del Socorro", la siguiente estampa física de Antonia Santos: "Era de 30 a 35 años de edad, cuerpo alto y esbelto, tez blanca hermosa-mente sonrosada, faz ovalada, ojos grandes y negros, pestañas largas y crespas, cejas muy delineadas, boca graciosa, labios gruesos, nariz aguileña, pelo abundante, crespo y del color de los ojos y las cejas, y cabeza bien modelada. Revelábase en el conjunto de su fisonomía la gracia, la inteligencia, y cierto aire burlesco que la hacía sumamente simpática y agradable. Su voz era armoniosa, su jovialidad la hacía reír con frecuencia, y con tal gracia y expresión, que era el encanto de toda sociedad. Al sonreír dejaba ver dos filas de dientes blancos e iguales que aumentaban sus encantos y atractivos".

LA ULTIMA FLOR

Se ha dicho de Antonia Santos, que fue la última flor segada por la mano implacable del despotismo. Cuando rindió su vida, ya González sabía de los triunfos de los patriotas en las Termópilas de Paya y seguramente habían llegado a sus oídos, los clarines del Pantano de Vargas. Consta en la partida de defunción que "En el cementerio de El Socorro, en 28 de julio de 1819, se dio sepultura eclesiástica a los cadáveres de Isidro Bravo, casado, Pascual Becerra, y Antonia Santos, soltera, na-

turales de la parroquia de Cincelada. Se administraron en la cárcel, antes de ser ajusticiados”.

El citado don Luis M. Cuervo, ha dejado para la historia el relato de su sacrificio: “El 28 de julio se consumó el sacrificio de la señorita Santos: a las diez y media de la mañana fue fusilada en la plaza del Socorro, en medio de sus dos compañeros no diremos de infortunio sino de glorioso martirio, y en medio de numeroso concurso de gente que con lágrimas de rabia imploraba la justicia divina para castigar a los monstruos que derramaban la inocente sangre de la doncella. Los pormenores de la ejecución se conservan con orgulloso respeto entre los miembros de la familia Santos; y en el corazón de los descendientes de los primeros patriotas del Socorro. De ellos tomamos lo siguiente: Con humildad cristiana, pero sin abatimiento, y con frente serena, marchó al patíbulo, entre filas de soldados; al llegar al banquillo entregó a su hermano don Santiago las alhajas de oro con que iba ataviada, y su testamento, dándole sus últimos adioses e instrucciones para su entierro; y dirigiéndose al oficial que mandaba la escolta le suplicó que aceptase el anillo que llevaba puesto, y quitándosele de la mano se lo entregó, rogándole que dispusiera que no se le apuntara sino al pecho, a fin de no padecer tanto. En seguida se sentó, sacó un pañuelo que llevaba en el seno, y con la serenidad del que sabe lo que va a hacer, se arregla el vestido, y con un pañuelo ciñe el traje al rededor de los pies contra el palo del banquillo, encargando a uno de sus sirvientes que si al morir se descubre algo de su cuerpo, lo cubra al momento. Un sargento la ata, la venda, se da un redoble, la escolta hace fuego y se consuma la inicua obra de cruel venganza en una mujer. Este episodio es el conjunto del más grande y sublime sentimiento del pudor: él sólo basta para

consagrar un reverente homenaje de respeto y admiración a la que supo tan dignamente morir por la Patria”.

Rodríguez Plata, entusiasta cantor de las glorias de su tierra santandereana, sostiene que una vez cumplida la ejecución de Antonia Santos y de sus compañeros, gran parte de la martirizada ciudad del Socorro se movilizó hacia las campiñas y veredas, jurando continuar la guerra contra las autoridades realistas. Había llegado el momento de jugar el todo por el todo y de cobrar con sangre las víctimas de aquel día. Armados con palos, lanzas, cuchillos domésticos, herramientas de labranza, escopetas y cuantos instrumentos encontraron a la mano, se propusieron vengar a la heroína. El movimiento se propagó a todos los pueblos circunvecinos con tal rapidez que el coronel González se vio obligado a acuartelarse en Oiba. Con cerca de 800 soldados, trató de acudir en auxilio de Barreiro. Cuando intentaba cruzar el puente sobre el río Pienta, a la entrada de Charalá, lo esperaban más de 2.000 hombres que juraban vengar la muerte de una mujer de su tierra, de una mujer que había simbolizado todos los anhelos de su propia redención. Al cabo de tres días de lucha feroz, acabadas las municiones, los patriotas tuvieron que replegarse hacia la ciudad. Eran humildes campesinos, no contaban con conocimientos militares, peleaban “con palos, piedras, y aún con los puños”. Si fueron derrotados y la ciudad de Charalá fue sometida al saqueo, al incendio y al degüello, al menos se logró que González perdiese un tiempo precioso. En el empeño de unirse a Barreiro, abandonó el campo precipitadamente, pero ya era tarde. Una terrible noticia, concluye Rodríguez Plata, lo esperaba en las proximidades de Tunja: el día anterior Barreiro había sido destrozado, en la gloriosa jornada de Boyacá.

LOS MONUMENTOS DEL CAMPO DE BOYACA

El obelisco se proyectó en 1825 y su ejecución tardó 67 años. Von Miller debió esperar casi medio siglo para que su preciosa maqueta del monumento a Bolívar, se convirtiese en realidad. Y como si algo faltase, las colosales figuras de bronce durmieron largos años en los depósitos de Bogotá, antes de ser erigidas en el memorable campo.

DE AYER A HOY

Las gentes que en esta fecha fausta del festival del sesquicentenario lleguen hasta el campo de Boyacá, lo hallarán como "acabado de hacer". Ciertamente, el Gobierno ha puesto su mayor empeño en la refacción de las históricas instalaciones, en el traslado de los monumentos a sitios más destacados y en la construcción de nuevas obras que como el anunciado Ciclorama, harán del lugar uno de los máximos atractivos turísticos del país y un santuario digno a la Libertad.

Este proceso se ha cumplido, en buena parte, al cabo de unas jornadas. Y las pesadas máquinas que desmontaron las figuras descomunales del conjunto escultórico de Von Miller, debieron izarlas de nuevo, en el término de minutos, como si fuesen piezas livianas. Otra cosa es medir, así sea con la imaginación, el siglo lar-

go que las aguas del río Boyacá corrieron bajo el célebre puente, a la espera de ver alzados, a la vera de su cuenca gloriosa, los símbolos del 7 de agosto.

EL OBELISCO

El acucioso historiador Nicolás García Samudio logró compilar los documentos fundamentales relacionados con los monumentos del campo de Boyacá, cuyo proceso demoró, entre el proyecto de un obelisco, en 1825 y la erección del grupo artístico de Von Miller, en 1940, o sea un siglo y quince años más. El proyecto primitivo de un obelisco fue dado a conocer durante el gobierno del General Santander, en aquel año. En 1826 el Intendente de Boyacá, doctor José Ignacio de Márquez, dispuso que no podía llevarse a efecto, "por falta de fondos y de artífices". La verdad es que, hacia 1850, no existía en el campo de la victoria, ningún símbolo recordatorio. Cuando avisté la casa de teja de Boyacá, escribe don Manuel Ancizar en su Peregrinación de Alpha, me pareció que renacía para el mundo. Un golpe de sol iluminaba el teatro del acontecimiento que abrió a la Nueva Granada el porvenir de nación libre, y las verdes praderas en donde los mil veteranos españoles doblaron la rodilla ante los pendones colombianos, brillaban matizadas de menudas flores. La casa en donde 31 años antes había resonado las presurosas voces de Bolívar, de Santander, de Anzoátegui y de Soubllette, el estruendo de la batalla y de las aclamaciones de los republicanos victoriosos, ahora silenciosa y envejecida, ofrece al viajero descanso y posada ciertamente modesta pero llena de recuerdos interesantes y, por decirlo así, santificada desde el 7 de agosto de 1819. Ningún monumento, ni una piedra siquie-

ra conmemora esta grande y benéfica función de armas; el antiguo puente, centro del conflicto, ha desaparecido, y el nuevo, en cuyas pilastras se tenía la idea de inscribir los nombres de los libertadores, permanece raso y sin concluir...

En 1878 el Presidente del Estado Soberano de Boyacá, doctor Eusebio Otálora, dictó el Decreto 313 "que manda levantar un monumento en conmemoración de la batalla de Boyacá". Conforme a las especificaciones, se construiría un monumento de mampostería, sillería y ladrillo en memoria de la gran batalla, y en honor de los egregios ciudadanos Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Carlos Soublette y J. Antonio Anzoátegui y de sus dignos compañeros de armas. Iría levantado sobre un gran zócalo cúbico, en forma piramidal o de obelisco, hasta de 25 metros de elevación. En las cuatro faces principales del zócalo se construirían columnas de relieve, coronadas por cornisamentos... En los cuatro ángulos se colocarían los bustos, de cinc o de bronce, de Bolívar, Santander, Soublette y Anzoátegui, los cuales tendrían las dimensiones adecuadas a la magnitud del monumento; éste sería coronado con la estatua de la libertad, de bronce o de cinc. El monumento, que es nacional, dice el artículo 4º, puesto que está destinado a conmemorar el hecho más grande de la guerra de independencia, debería costearse con los auxilios de toda la Nación. Entretanto, el gobierno de Boyacá destinó la suma de \$ 2.000.00 para dar principio a la obra, estimada en \$ 32.000.00. El 7 de agosto del mismo año, se colocó la primera piedra, en acto de severa imponencia. En 1881 fueron apropiados \$ 10.000.00 para adelantar la construcción. Cuando iba en los dos primeros cuerpos, los trabajos

fueron suspendidos por largos años hasta que en 1896 el Gobernador, General Salvador Franco, determinó reanudarlos. Empero, cuando se trató de seguir, nadie pudo hallar los planos primitivos. En lugar de la columna inicial, se ape-
ló por un obelisco según la arquitectura faraónica. Finalmente, el 7 de agosto de 1896, 71 años después de haberse proyectado por el General Santander, se inauguró, sin los bustos estipulados y sin la estatua de la Libertad, por corona, el tan tardío como infortunado obelisco.

EL PRESIDENTE SUAREZ Y EL CENTENARIO

En 1919 correspondió al Presidente don Marco Fidel Suárez, celebrar el centenario de la batalla de Boyacá. Para esa fecha fueron descubiertos en los cuatro ángulos del obelisco, los bustos en mármol de Bolívar, Santander, Soubllette y O'Leary. A propósito de aquella efeméride, hemos leído una sabrosa crónica de Miguel Roberto Forero, publicada recientemente en El Correo de Medellín. El Presidente, acompañado de sus Ministros Jorge Roa, de Guerra, Esteban Jaramillo, del Tesoro y Pomponio Guzmán, de Instrucción Pública, viajó a la capital de Boyacá a bordo de un automóvil, de los primeros traídos al país. Arribó a Tunja después de arriesgado viaje por una carretera intransitable y peligrosa en época de fuertes lluvias. A su paso los campesinos huían espantados por el ruido infernal y el humo que despedía el auto en su marcha a la increíble velocidad de 30 kilómetros por hora, circunstancia que había obligado a los alcaldes sabaneros a promulgar con anticipación un curioso bando en donde se prohibía bajo pena de cárcel dejar en la vía pú-

blica animales en estado de soltura para evitar percances a su Excelencia y a su rauda comitiva". Al arribo de las altas autoridades, las gentes de Tunja comentaban con enojo una medida del alcalde municipal que fijaba la tarifa de tres pesos diarios para hoteles y el "despilfarrero" de mil pesos oro destinados para pagar el alojamiento y la comida del Presidente y sus acompañantes.

El 7 de agosto, ante una multitud conmovida, Suárez dirigió su alocución a los colombianos. Se dolía de no haber tenido con qué realizar obras materiales para conmemorar el Centenario, a cambio de las cuales "dejaba su corazón en homenaje a los próceres". El simulacro de la batalla fue tan real y dramático que hasta sangre corrió... La del doctor Carlos Reyes Arcila médico del batallón Bolívar de Tunja que al recibir, en el rostro una leve herida, obligó a dar por finalizado el ejercicio militar, entre la conmoción de los presentes. Para concluir las ceremonias, sólo faltaba que apareciera en el cielo de Boyacá el intrépido Knox Martín en su avión, quien por cortesía de los señores Di Doménico, sus empresarios, arrojaría sobre el puente una corona de laurel, hazaña que se quedaron esperando porque los espesos nubarrones sabaneros impidieron alzar el vuelo al "Velivolo", desde unos potreros en Fontibón.

El "número" del avión, constituía para el Presidente Suárez, positivo orgullo. Realmente, bajo su gobierno, se fundó tan avanzado medio de transporte en Colombia. En mi tiempo, dice en El Sueño del Fracaso, se fundó la aviación militar, como es notorio y como lo permitió este cielo de Bogotá, por cierto no muy sereno para esa arma, importantísima hoy en el mundo... Cuanto a la aviación postal y comercial,

contratada en mi tiempo con la compañía alemana, basta decir que ella es una bendición y que corresponde a la pericia y reputación de esa privilegiada gente.

EL MONUMENTO DE VON MILLER

Como complemento a la celebración del centenario del natalicio del Libertador, el General Antonio Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela, lanzó en 1887 la iniciativa de erigir, por cuenta de las cinco repúblicas bolivarianas, un grandioso monumento en el Istmo de Panamá. Sugería la constitución de una junta que se trasladase a Londres o a Munich, con el objeto de entrar en transacciones con reputados escultores. El costo total se calculaba en "cuando más en dos millones de bolívares o francos, que entre las cinco repúblicas les tocaría de a cien mil pesos a cada una". El monumento debería tener una altura total de 18 metros, dando al Libertador de 3 a 4 metros. Bolívar debería aparecer llevado sobre un broquel dorado, en hombros de las 5 repúblicas. Llevaría uniforme de General con capa colgando, como está en la estatua de Tenerani. Empuñaría el pabellón tricolor con la mano derecha y apretándolo contra el corazón. En la mano izquierda un cartel con las palabras "Unión, unión o la anarquía os devorará". Las figuras de las 5 repúblicas reposarían en zócalo de granito pulido. Cada figura llevaría los símbolos que le corresponden. Al pie de cada figura se colocaría el escudo respectivo dorado. Los cinco escudos serían enlazados con guirnaldas. En el zócalo se colocaría la figura de la Historia, señalando a la posteridad el nombre de Bolívar. Sobre un segundo zócalo, también de granito pulido, se colocarían cuatro fi-

guras aladas, sonando a los cuatro lados el clarín de la Fama”.

Se confió el proyecto al artista Ferdinand Von Miller de la Fundación Real de Munich y a solicitud de las partes, fundió cinco maquetas en pequeño como muestra de su creación y para obtener las referidas contribuciones. Colombia aceptó de buen grado pero propuso que el monumento fuese levantado en su territorio y para el efecto destinó la cantidad de \$ 200.000.00. Quizá por las graves agitaciones políticas que sobrevinieron, Venezuela no pudo realizar el sueño de Guzmán Blanco. Para 1929 el Gobierno y el pueblo de Colombia se dispusieron a recordar, con la mayor solemnidad posible, el centenario de la muerte de Bolívar. El Ministro de Obras Públicas, doctor Rafael Escallón hizo fijar la atención sobre la maqueta de Von Miller, celosamente conservada en el Palacio Presidencial. El primer Mandatario, Dr. Miguel Abadía Méndez dió su aprobación y se procedió a localizar al ya envejecido maestro alemán. Von Miller aceptó con viva complacencia y se firmó el contrato por las 11 estatuas del grupo (la de Bolívar, las de las cinco repúblicas, la de la Historia y los cuatro ángeles de la Fama), en la cantidad de 43.8000.00 dólares, puestas en Hamburgo. Indicó además, el mismo escultor, las características que debería tener el pedestal en granito, el cual se contrató con el italiano Tito Ricci, con la obligación de instalarlo en el Parque de la Independencia, por la suma de \$ 50.000.00.

NUEVA ODISEA

Desde antes de llegar a Colombia el monumento, se perfiló una fuerte oposición por parte de “críticos” que opinaban que su estilo era an-

ticuado y su tamaño desproporcionado para un parque de la Capital. Recibidas en 1931 las inmensas cajas, sin abrir siquiera, fueron a dar hasta 1940 a los depósitos oficiales.

Mediante gestiones de la Sociedad Bolivariana, se logró en 1937, la instalación del grupo escultórico, en el sitio de la batalla libertadora. La Ley 56, firmada por el Presidente Alfonso López, ordenó "Levantar en el campo de Boyacá el monumento al Libertador, del cual es autor el artista Von Miller, obra que existe hoy en Bogotá como propiedad del Gobierno Nacional".

Y el 11 de mayo de 1940, después de un siglo y quince años de haberse pensado en perpetuar la memoria de nuestros libertadores en el mismo escenario de la victoria, el Presidente doctor Eduardo Santos, descubrió en imponente ceremonia, el monumento de Von Miller. Quienes hoy se congreguen ante él, al clarín sonoro de la República, no recordarán la penosa odisea que lo alzó a la admiración pública. Y seguramente lo hallarán digno, muy digno del gran Capitán y del campo que sirvió de marco a su hazaña que aplaudirán los siglos.

I N D I C E

PAG.

La estrella implacable de don Antonio Nariño.....	3
De clara y holgada estirpe	3
La universidad de los libros	4
El enorme delito	5
De la opulencia a la miseria	6
Una cadena de cadenas	7
Como el Profeta Bíblico	9
El señor Presidente	10
El encuentro con Bolívar	10
El canto del cisne	11
A la espera de la muerte	12
Camilo Torres, verbo, profeta y mártir	13
Las letanías del maestro Valencia	13
De la fecunda Popayán	14
La guerra de los pasquines	15
El memorial de agravios	16
Un presagio infalible	17
Los dos gobiernos	18
Profeta y sostén del Libertador	19
La ruina de la república	20
La atroz ejecución	21
El 20 de julio de 1.810. Revolución o independencia?	23
Lo cuenta quien lo vió	26
La junta de Gobierno y sus alcances	28
Pensadores y actores del 20 de Julio	30
Caldas o las fronteras de la genialidad	33
Una tenaz aplicación	34
Ni Abogado ni Comerciante	35
Un precioso arsenal	36

Con Humboldt y Bonapland	37
En el observatorio astronómico	38
El semanario del Nuevo Reino de Granada	38
Los amores Platónicos	39
Salta la chispa	40
Caldas en Antioquia	41
Por los caminos del terror	42
Liborio Mejía, el Presidente mártir	45
Los presidentes antioqueños	45
De la Hidalga Rionegro	46
El Combate del Río Palo	46
La patria agonizante	47
Una decisión contra todo	48
La cuchilla del Tambo	50
En La Plata	50
Serenos y valerosos	51
Girardot, un enamorado de la gloria	53
Doblemente inmortal	53
Más de 2.000 antioqueños	54
Una Pléyade insigne	55
Una familia de Héroes	56
La cuna de Girardot	58
De las aulas al campo de batalla	58
Contra el Presidente Nariño	60
En la cima del Bárbula	61
La guerra a muerte	65
Se obedece, pero no se cumple	65
Tupac Amaru y José Antonio Galán	66
Un martirologio incontable	68
Nombres Monstruosos	69
Un nuevo Atila	70
La proclama de Trujillo	72
En terrenos de igualdad	73
El negro primero	74
Santander, el organizador de la victoria	77
Del preciso lindero	77
En Casanare	78
En Boyacá coronó la victoria	79

General y vicepresidente	80
Fusilamiento de Barreiro y de 38 compañeros....	81
La tarea administrativa	82
El Hombre de las Leyes	83
Bolivarianos y Santanderistas	84
La nefanda noche septembrina	85
De desterrado a Presidente	85
El Congreso del 40	86
Zea, Padre de la Gran Colombia	89
El cincel plasmador	89
De la Villa de La Candelaria a Popayán	90
De la penuria al esplendor	91
Las travesuras de su genio	92
De presidiario a hombre famoso	93
En la Corte de José Bonaparte	94
Confidente y compañero de Bolívar	95
La Gran Colombia	96
La misión diplomática	97
El viaje sin retorno	99
Colombia, hija dilecta de Bolívar	101
La casa natal	101
El Héroe nació en Cartagena	103
Colombia, el sueño de Bolívar	104
Los nombres de la patria	106
El último asilo	107
Páez, el centauro de los llanos	111
Una dilatada fama	111
83 años a costas	112
A vengar mi caballo!.....	114
Las Queseras del Medio	115
A vengar al negro primero!	118
Proezas que parecen fábulas	119
El paso de los Andes	121
Un ambiente de angustia heróica	121
Una certera estrategia	122
Usted sólo, solo debe saberlo	123
Uno entre cinco	124
Así vió Bolívar a Pisba	126

Las memorias del General O'Leary	126
El ejército era un cuerpo moribundo	128
Abierto el camino	129
Córdoba, el bravo entre los bravos	131
El soldado niño	131
Las primeras armas	133
En Casanare	133
En la campaña libertadora de 1.819	135
Liberación de Antioquia	136
Pichincha y Ayacucho	136
El señor ministro	139
El grito de rebeldía	140
El Santuario	141
El pantano de Vargas	145
Una montonera de pordioseros	145
Escaramuzas en zig-zag	147
El pantano de Vargas	148
El parte de la Victoria	148
Coronel, salve usted la Patria!	150
Viva la Patria!	151
Solo pensaron en escapar	152
La Heroína Antonia Santos	155
En tierra de comuneros	155
La guerrilla de Coromoro	156
La prisión en el Hatillo	158
Viva estampa de Antonia Santos	159
La última flor	159
Los monumentos del campo de Boyacá	163
De ayer a hoy	163
El Obelisco	164
El Presidente Suárez y el Centenario	166
El monumento de Von Miller	168
Nueva Odisea	169